

CIUDAD ESPECTRAL

Alfredo Germignani



Ciudad Espectral

Alfredo Germys
como
Fernando Funes

Germignani, Alfredo

Ciudad espectral / Alfredo Germignani. - 2a
ed. - Barranqueras

: Agustina Bartoli, 2023.

262 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-631-00-0566-9

1. Ciencia Ficción. 2. Novelas. 3. Chaco . I. Título.

CDD A863

Dirección Editorial: Literatura Tropical Equipo

Arte y Diseño de Maquetación: José González [Jota Darq]

Foto de Autor: Laura Aguirre

Corrección: Lucas Ameri



LITERATURA TROPICAL

literaturatropical@gmail.com

www.literaturatropical.com

Este libro nunca se terminó de imprimir.

Editado en #Chaco. Impreso en ARG.

Hecho el depósito de la Ley N°11.723

© Todos los derechos reservados.

Ciudad Espectral



LITERATURA TROPICAL

Entonces profeticé yo como me mandaba, y a mi profetizar se oyó un ruido, y hubo un agitar y un acercarse huesos a huesos. Miré y vi que vinieron nervios sobre ellos, y creció la carne y los cubrió la piel, pero no había en ellos espíritu. Díjome entonces: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así habla el señor, Yavé: Ven, oh espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos huesos muertos, y vivirán. Profeticé yo como se me mandaba, y entró en ellos el espíritu, y revivieron y se pusieron en pie, un ejército grande en extremo.

EZEQUIEL 37, 7 – 10

Ciudad Espectral: Los Moribundos

Somos muerte. Esto que consideramos vida es el sueño de la vida real, la muerte de lo que verdaderamente somos, los muertos nacen, no mueren. Nuestros mundos están invertidos. Cuando consideramos que vivimos, estamos muertos; vamos a empezar a vivir, en cambio, cuando seamos moribundos.

FERNANDO PESSOA

Si a mi vida la tuviera que contar en una noticia de periódico empezaría por lo más importante, y lo primero que diría es que estoy muerto.

Estoy muerto por decisión propia, claro. Porque elegí estarlo. No es que se me haya ocurrido echar manos sobre mí, ni que fuese un esquizoide suicida; si recién acabo de empezar, vamos. Tampoco es que esté muerto por causa natural, de viejo, digo; tengo treinta y cinco años y a pesar que desde mi bisabuelo para abajo la mayoría de mi familia sufre hereditariamente del corazón, algún tipo de taquicardia, nada raro, mi salud es fuerte como podría ser la de algún entrenado maratonista. No tuve ningún aciago accidente de tránsito por ejemplo, ni recibí un fatal disparo durante un atraco de banco. Lo que pretendo decir no es muy difícil de entender: estoy muerto por convicción personal. Faulkner dijo que su padre

dijo que la razón de la vida era prepararse para estar muerto durante mucho tiempo. Pues bien, es hora de que se sepa que estar muerto no es cosa mala, ni mucho menos. No es una idea descabellada la de empezar esta historia con mi muerte, es más, podría subir la apuesta acudiendo a un titular de diario como el de *Ciudad Espectral*, cuyas crónicas reconstruyan los extraños y desafortunados acontecimientos que animaron mi decisión, y que, a la fecha, [xx/xx/xxxx], encuentran su estrambótico desenlace en una inaudita batalla entre vivos y muertos. Sí, entre vivos y muertos, batalla en la que yo, Fernando Funes, ya no es necesario que declare de qué lado estoy.

El desaforado ronroneo de una motoneta atravesando como un rayo la avenida Paraguay y la figura de Romina desapareciendo entre las tinieblas de la noche, sobre la esquina French, bajo la noche abigarrada de tiempo y frío, es la última polaroid que conservaré de ella hasta su regreso y enroalamiento en el bando de los vivos. Hace más o menos una hora, acababa de llegar de Córdoba; la fui a recibir al aero-

puerto y, por alguna razón, terminamos charlando en una plaza.

Me dijo, es decir, volvió a insistir, que lo mejor era que nos fuéramos para siempre, y entonces le pregunté, le pregunté como quien pide explicaciones a un funcionario público a mitad de una conferencia de prensa, qué significaba eso con exactitud, eso de irse para siempre. Se enojó. Me dijo que no la sorprendía para nada que lo tomara así, con esa habitualidad ordinaria que me caracterizaba y que, cuando alguien de verdad quiere marcharse, nunca importan el lugar, el día, la hora ni el momento en que lo hace. Lo hacés y listo, me dijo. La motoneta era una de esas tipo *Lambretta*; tronó a toda velocidad y enseguida la tragó su propio impulso. Cuando volteé la mirada, la vi cruzando la plaza y después la calle y finalmente esfumarse como un fantasma.

Nadie comprendía muy bien si las interminables horas que el diputado pasaba encerrado en su oficina alumbrado sólo por la vaga luz de una lámpara, detrás de sus anteojos haciendo

inacabables anotaciones en su cuaderno, o evaluando con los ojos desorbitados pilas y pilas de proyectos de ley, o el virulento frenesí de sus extensos discursos en el honorable recinto, nadie sabía decía, si todo ello residía en el ahínco de su eficacia política o en la sombra del espíritu de su padre que, según dijo alguna vez, lo perseguía sin cansancio mientras los sueños herían su ambición de vigilia perenne. Si pudiera cercenar mis párpados y permanecer despierto con fuerzas inacabables, dedicaría las edades que me restan vivir a transformar la historia política del presente, sería la única manera de ganarme un lugar en la inmortalidad, junto a mi padre, reflexionó apuntándome con sus ojos negros y saltones. Imaginé que si su mirada fuese un revólver, el disparo ya me habría atravesado la frente. No porque Ferro cultivara alguna clase de rencor, ni mucho menos, si recién lo conocía; es que su mirada poseía una fuerza inaudita, hipnotizante, cuyo poder de convencimiento se alojaba más allá de los parámetros que ordena la razón. Desempolvó una carpetita roja debajo de una destartalada columna de papeles, acomodó sus gafas tirándose levemente hacia atrás, para aposentarse mejor sobre

el respaldo de la butaca, cruzó las piernas y me preguntó si traje algo para anotar. Le dije que sí. Entonces, acorazado detrás de su carpetita, dictó: visto y considerando la harta responsabilidad que me compete con la ciudadanía toda que ha confiado su voto en mi persona, y evaluado con estricto criterio e interés el proyecto de ley número treinta y tres mil cuatrocientos setenta y cinco del diputado Esteban Matarazzi, y concordando con algunos aspectos esenciales de dicha legislación, como los expresados en los artículos ocho, once, catorce, veintiséis y treinta y siete, considero sin embargo que su aprobación requiere un debate y consenso más amplios. Es decir, no estoy de acuerdo aún con su tratamiento en nuestro honorable recinto. Luego, me pidió que le leyera el texto. Destacó su redacción lacónica y contundente y después señaló que resultaba imperioso que lo comunicara a todos los medios. Dijo así: a todos los medios con la mayor premura posible. Dando un aplauso cerró la carpetita, se levantó, estiró su brazo y me estrechó la mano y antes que sus urgencias lo devoraran otra vez, me preguntó si esta vez aceptaría el empleo y le respondí que sí, que esta vez sí lo aceptaba.

Ya había tenido una primera entrevista de trabajo con Ferro, un par de meses atrás, cuando trabajaba en *La Voz de la Verdad*, el diario de la familia Ferro. En aquella ocasión, el diputado me había citado a través de su secretaria a los dos de la madrugada en su oficina, aludiendo que el legislador trabajaba todo el día, de sol a sol, con una agenda intensa. Asistí al encuentro y rechacé su propuesta; quería que fuera su agente de prensa. Argüí, en esa charla que mantuvimos, que me sería imposible debido a mi actual compromiso laboral con el diario de su familia. Ferro aceptó cordialmente mis argumentos. No obstante, me dijo que muy pronto iba a necesitar me, y que cuando llegara ese momento no iba a poder decirle que no a su ofrecimiento. Fue así.

Más tarde, ya en casa, me pregunté si eran ciertas todas las cosas que me habían contado sobre Ferro. Igual no me importaban; necesitaba el dinero. Supuse que me pagaría bien, o más o menos bien. Acababan de despedirme del diario y aunque siempre gané lo suficiente, lo necesario para sobrevivir,

pensé que nadie, ni siquiera Ferro, podría pagarme peor que las redacciones. Las pagas de los diarios eran en verdad malísimas, y además ya no podía contar con los ingresos de mis novelas publicadas, que si bien no eran la gran cosa (siempre fui un escritor de medio pelo, lo sé), cooperaban sin embargo en mantener al día mi economía. Pero, tras la fatídica conferencia de prensa de mi archienemigo Pablo Gamorra, todo se fue al demonio.

Pensé en Romina: un día antes me decía que cuando alguien quiere marcharse, no importan el lugar, el día, la hora ni el momento en que lo hace, lo hace y listo. Así dijo: lo mejor es que nos vayamos para siempre. La primera vez que me lo propuso fue hace algunos meses, después que murió su mamá pero yo no hice caso porque la tragedia viaja igual de rápido que el deseo de huir de ella. Pero después me lo había dicho de otra forma, con otro tono. Como si realmente lo anhelara. Lo cierto es que cualquier camino es probo cuando se quiere mandar todo al diablo. Eso sí que es cierto. Igual de cierto es

que nadie se va porque sí. Aunque, pensándolo bien, ésa sería la mejor de todas las razones.

Soñé con el abuelo Pucho, sentado frente al televisor, chupando su pipa italiana gigante y mirándome de reojo con sus ojos azules que se paseaban por su cara como dos cielos minúsculos. Mirá pibe que este mundial salimos campeones, el Diego escribe las mejores canciones adentro de la cancha, me decía frotándome la cabeza y dibujando una media sonrisa que terminaba en unos je je je raspados, muy particulares, muy de él, muy Pucho, que jamás pude olvidar. Lo miraba desde abajo y me parecía tan grande el abuelo Pucho. Qué grande es el abuelo Pucho, soñé.

Sonó el teléfono. Atendí entre hilitos de sueño. Era Ferro. Me preguntó si había concluido con éxito el encargo. Le respondí que no, que recién despertaba. Lo escuché refunfuñar entre dientes del otro lado y luego suspiró y un quejido se diluyó en el fondo de su garganta. Después me dijo: Fernando querido, es clave que comuniquemos a la prensa mi punto de vista

sobre el proyecto del legislador Matarazzi. Tenemos que ganar presencia con este tema mañana en todos los medios. En fin. Me puse a transcribir en la computadora lo que me había dictado, armé el texto (breve), y lo mandé por correo. Más tarde, hice algunos llamados a colegas conocidos haciendo especial hincapié, endulzándolos, en la trascendencia de las declaraciones del diputado Ferro.

Afuera hacía un domingo innocuo. El cielo encapotado de nubes grisáceas y profundas. Adentro, nada. Preparé unos mates y procuré concentrar mi atención en culminar una nota necrológica que me había encargado un amigo para una revista sobre la muerte de un importante escritor, fallecido el dieciocho de junio pasado, a quien admiraba y cuya obra me conocía de cabo a rabo. En realidad, le debía otra nota también, sobre la obra cinematográfica de Gaspar Noé. Me mantuve varias horas frente al monitor de la computadora y no alcancé más que a garabatear líneas disparatadas e incongruentes. No logré conectar un párrafo con el que me sintiera satisfecho. Al rato abdiqué.

Pensé en llamar a Romina y decirle: no podemos irnos así como así, tenemos que pensarlo mejor, no es tan sencillo, hay gente a la que hay que dar explicaciones, a la gente que nos quiere hay que darle explicaciones, por qué, porque nos quieren, por eso hay que darle explicaciones, no digo que no podamos hacerlo, tal vez podemos, sí, pero no nos aventuremos sin un plan, además qué vamos a hacer si nos vamos, yo ya no me trago eso del escritor mantenido, eso no es para mí, acabo de encontrar un trabajo, con lo que me costó, con lo que nos costó llegar hasta acá, lo que quiero decir es que lo pensemos bien. Al rato abdiqué.

Sin embargo, si se lo hubiese dicho, si la hubiese llamado, no tendría sentido, era seguir dándole vueltas a la misma cosa, la decisión ya estaba tomada. Para ella. Para mí. La decisión no tenía vuelta atrás.

Me dio hambre. Comí pan con picadillo de carne. Al rato me dio sueño. Me recosté en la cama y encendí la tevé (hace rato

que me duermo con el televisor encendido); estaban pasando una película de zombis, un muerto se devoraba a dentelladas las tripas de un vivo en la parte trasera de un coche. Me dormí. Soñé con Romina pero cuando desperté la vigilia se había tragado mi sueño. Lo olvidé. Seguro el sueño fue de muertos vivos; Romina era fanática de las películas de George A. Romero.

Empezó a llover a baldazos. Me desperté. Preparé unos mates y me senté frente a la computadora. Intenté en vano limpiar el caos textual en que me había enredado; palabras perdidas por allá, sintaxis confusas por acá, sinónimos superfluos por abajo y por arriba descripciones latosas y acartonadas, un desastre por donde se mire, el poco texto que tenía sobre el escritor muerto, sobre la obra de Noé, ya no tenía caso, todo me sabía a resaca, a resaca de escritor que alguna vez se embriagó con buenas ideas.

Acudí (como tanteando en la oscuridad el interruptor para encender la luz a ver si esas ideas vencidas, al menos, empe-

zaban a llegar de una vez) a sus novelas más brillantes, que hubo muchas, sí, pero hubo una en especial que me fascinó. Siempre quise escribir una novela así, en la que pase de todo. Demás está decir que nunca pude hacerlo, hay que tener muchos huevos y maestría implacable para construir un relato ambicioso y yo no tuve ni lo primero ni muchos menos lo segundo y hay cosas que la voluntad no puede cambiar. Ya no importa.

Después miré las películas de Noé. Bah, no las miré, empecé a miraras, una, después otra, después otra y otra, pero ninguna superó los quince minutos de hartazgo, de tedio. No había caso, no se me caía una idea ni aunque me pusieran patas arriba.

Las notas para la revista: muy-bien-gracias. Mi cabeza en blanco, mi cabeza era una página en blanco seguido de una línea de puntos, así:

.....
.....

.....
.....

Llamó Ferro. Le informé que varios colegas se mostraron muy interesados en sus declaraciones sobre el proyecto de ley de Matarazzi en el honorable recinto y que mañana existían posibilidades efectivas que marquen presencia en la convulsionada agenda mediática del primer día hábil de la semana. El lunes es siempre un día complicado, comentó Ferro como si hubiese agregado un dato útil. Todo era mentira, sin embargo. Apenas si algún que otro periodista me prestó atención. En realidad tuve bastante suerte: me dijeron que harían lo posible por hacerle un espacio a Ferro en sus ediciones pero que nada era seguro. Lo que sea, hasta un recuadrillo inhallable en los avisos fúnebres me venía bien, era la primera tarea que me encomendó y necesitaba el laburo, se entiende, imploré a cada redactor de cada diario con el que hablé.

Los políticos consideran que sus reflexiones y acciones son dignas de alabanzas, meritorias de aplausos y sonrisas com-

placientes, y yo no soy quién para rebatir la lógica de esa pantomímica cosmogonía que se arman del mundo y tampoco me interesa hacerlo. Por eso le mentí a Ferro. De todas formas no era una mentira tan grande. Estoy seguro que el diputado, versado como era en su función pública y en la irremediable relación que ésta conlleva a entablar un diálogo al menos amable con los medios de comunicación por las razones que recién conté, no ignoraba que al final todo depende del humor del periodista, de la trascendencia que pueda generar un hecho o un testimonio y de su inexcusable quilombo posterior, de los intereses ocultos detrás de esas dos cosas, de la línea editorial de la empresa, de la guita que le pongan encima a esa línea. Hay una serie de reglas y leyes con que se rigen los medios que nunca llegaremos a comprender del todo. Sin embargo al trabajo hay que hacerlo. Muy bien, Fernando querido, dijo Ferro. Otra vez me pareció escuchar su hilito de voz diluyéndose en la garganta. Y concluyó: no olvides que nuestra jornada comienza bien temprano a las seis y treinta. Quiero chequear el tratamiento que le dio la prensa

al comunicado que enviamos y evaluar la estrategia político comunicacional de la semana.

Por la noche cené con Matilda. El abuelo Pucho no está bien, me confesó con los ojos enrojecidos de lágrimas, de recuerdos y tristeza. Tenía ese tartamudeo dolido, como rasgado, que a veces antecede a la explosión de un llanto. Dejó caer el tenedor junto al plato y ahuecó sus manos para secarse las mejillas. Procuré en vano contener a Matilda pero no tenía nada para decir. Qué decir, en realidad. La muerte enmudece.

Mamá me despidió con un abrazo que duró varios minutos. Le dije que mañana visitaríamos juntos al abuelo Pucho, que agonizaba en el hospital hacía días. Me dijo que bueno, que el horario de visita era por la tarde, que la pasara a buscar por su oficina.

El Pucho Reinoso tenía noventa años y siempre supo recalcar me desde que era muy chico que él era peronista hasta las vísceras. Una vez me obsequió un viejo ejemplar del diario

Noticias, ajado y roído y amarillento, que documentaba la muerte de Perón y que conservaba hacía décadas en un costal de cuero enfundado en bolsitas de plástico negro. Al viejo se le hinchaba el corazón cada vez que se acordaba de su Perón. De su Evita. De sus Montoneros.

También recuerdo al abuelo Pucho llevándome un sorbo de sopa con la cuchara a la boca y dándome moneditas a la mañana temprano antes de que Matilda me llevara a la escuela. La imagen que sin embargo se acomodó frente a mí como si estuviera charlando con una persona es aquella en la que el viejo y querido Pucho me decía mientras chupaba su pipa: mirá Fernandito, la muerte no es nada, cuando yo me muera, por ejemplo, van a decir, ah ese señor murió, y otros dirán, sí, ha vivido y ha hecho algunas cuantas cosas, pero nada más, no pasa nada. Es cierto que he hecho algunas cuantas cosas que quedarán guardadas en la memoria, pero te repito que de

ahí no pasará. Lo que realmente importa es que vamos a continuar¹.

De vuelta en casa intenté dedicarle en la cama una hora de lectura a una novela policial que había empezado hace un par de días. Me aburrí y, antes de dormirme, anoté unos garabatos en mi *Cuaderno de Broncas*, la mayoría eran broncas contra periodistas. Siempre registro todo lo que puedo en mi *Cuaderno de Broncas*. No es un diario, pero casi. Los diarios son por lo general un ejercicio regular, metódico, persistente, tenacidades todas de las que carezco. Sin embargo, le agarré el gustito a esa práctica desde muy chico, lo hago para decodificar las incertidumbres que me perturban. A veces creo que pasa al revés: que lo hago para que las incertidumbres del mundo me interpielen a mí. En fin, por cualquiera de las dos cosas lo hago porque me siento bien y punto.

¹ El Pucho Reinoso murió ignorando que había parafraseado al genial escritor portugués José Saramago, quien, antes de pasar a la inmortalidad, sostuvo: La muerte no es nada, lo que realmente importa es que vamos a continuar.

Soñé (soñaba mucho o es que imaginé nomás) que estaba desnudo sobre la nieve pero no tenía frío y había por encima de mí árboles que se erguían robustos hasta el más allá de los cielos y entonces me levanté porque me entraron ganas de trepar uno de ellos y trepé tan alto que al final pude ver el espectáculo del mundo. Era un gran espectáculo y el abuelo Pucho su número central. Me decía: la muerte no es nada. Lo que realmente importa es que vamos a continuar. Y ese mundo, miserable, ruin y grotesco, tronó en carcajadas sucesivas que ni la más perfecta de las tragedias pudo acallar.

Eran poco más de las siete menos cuarto y me resultó extraño que el diputado Ferro no estuviera ya en su despacho. Tenía preparado el informe de prensa hace poco más de cuarenta y cinco minutos. Dos de cuatro diarios publicaron el comunicado de prensa que había enviado ayer, lo cual era bastante bueno teniendo en cuenta que, como expliqué, sus declaraciones no tenían nada de noticiable, como solemos decir en la jerga.

Un rato después llamó a mi celular y me pidió que nos encontráramos en media hora en un café bar del centro de la ciudad, no muy lejos de la oficina. Noté en su voz un tono raro, de fondo, como si estuviese hablándome desde las honduras de algún reducto subterráneo.

Lo esperé dos cafés sentado a una mesa junto a la ventana que daba a la calle. En eso vi cruzar por enfrente a Romina. Iba con prisa y la advertí turbada. Detrás de ella, apareció Andrea Pérez Cristaldo (que acababa de regresar hacía unos días de Buenos Aires de su gira *El corazón es un cazador solitario*), quien alcanzó a tomarla por el hombro y luego se pusieron a discutir. Llegó el diputado Ferro, se sentó y descansó su maletín junto a las patas de la mesa y me saludó y pidió al mozo un café con leche. Cuando miré de nuevo a la vereda de enfrente, Romina y Andrea habían desaparecido de escena.

Fernando querido, me dijo Ferro luego de beberse un sorbo de su café con leche, el señor gobernador en persona me hizo un encargo especialísimo. Observó sobre sus flancos, como si pensara que alguien fuera a oírnos y continuó: resulta que el primer mandatario de nuestra bienquerida y benemérita provincia, afirmó ante un grupo selecto de su más extrema confianza, entre los que por supuesto me encontraba yo, que espectros de antiguos gobernantes de esta jurisdicción se le han manifestado para brindarle en su fantasmagórica sabiduría el asesoramiento político e histórico imprescindibles que todo estadista que se precie de tal envidiaría, a los efectos de proporcionar al pueblo soberano un mandato iluminado. Pensé que el tipo me estaba jodiendo, pero si había algo que Ferro no tenía era sentido del humor. Así que, tal como dice el vulgo se debe hacer con los locos, remé en sentido de la corriente y exclamé para dejar en claro que estaba con él: eso es maravilloso, Doctor Ferro. En efecto, me dijo: en efecto, Fernando querido. Por eso mismo necesito que estés preparado y que asumas el compromiso y la responsabilidad que demandarán estos sucesos históricos.

El legislador se frotó ambas manos y arrugó la pera y elevó la mirada levemente a los techos del café-bar, y tras hacer una pausa casi heroica, como si acabara de leer una biografía de Winston Churchill, agregó: el gobernador también me ha solicitado que, llegado el momento, difundamos estos ponderables acontecimientos a la prensa y a través de su intermedio al pueblo todo. Todo, desde luego, bajo mi tutela y vuestra coordinación en el armado de una eficiente y efectiva estrategia comunicacional. Eso es maravillo, repetí a falta de que se ocurriera otra cosa que decir.

Pasado el mediodía terminé de redactar y preparar los diecisiete comunicados de prensa que me había pedido Ferro sobre sus numerosos proyectos de ley. Los imprimí y fui a su despacho para que los visara personalmente. Ferro hablaba por teléfono. Minutos más tarde se desocupó y pudo atenderme. Leyó los textos uno por uno, corrigió algunos, amplió conceptos de otros y ordenó que redactara otros más. También me pidió que me quedara en la oficina después de horario:

Urge que comencemos a trabajar en el plan de acción comunicacional que requirió el señor gobernador, a los fines que te desarrollé esta mañana, dijo.

Le expliqué que la salud de mi abuelo era muy delicada y que esta tarde necesitaba algunas horas libres para visitarlo. Me dijo: mirá Fernando querido, comprendo perfectamente la situación personal por la que estás pasando, de verdad que sí, pero este es un pedido de nuestro señor gobernador, ya que bien sabe él que el pueblo, el cual nos ha condecorado a través de su sufragio la difícil tarea de administrar esta provincia, tiene puesto los ojos sobre nosotros las veinticuatro horas del día, de lunes a lunes, y no podemos en este sentido demostrar debilidades ni flaquezas, estamos aquí porque las artes políticas son las herramientas irrevocables para transformar la realidad que nos toca vivir como los ciudadanos comprometidos con nuestro presente.

Atiné a explicárselo de otra forma; lo que significaba para mí el Pucho y la tremenda influencia político ciudadana que sig-

nó en mí una huella indeleble de responsabilidad social e histórica, en fin, perogrulladas, a ver si lo convencía. Pero fue inútil. Ferro me dijo que hoy al final de la jornada debía entregarle un borrador de su bendito plan de comunicación.

Llamé por teléfono a Matilda y le dije que haría lo imposible y lo humanamente posible por ausentarme algunas horas de la oficina, pero que primero debía entregar un trabajo y que la veía bastante difícil.

Preparé un boceto del plan comunicacional exigido por el diputado, que, en términos generales, proponía potenciar una figura empírea y providencial del señor gobernador, a través de una agresiva campaña publicitaria que acentúe los innumerables beneficios que la sapiencia de estos espectros ilustrados brindaría por intermedio de su persona, con evidente impacto positivo, a los ojos de la totalidad de los estratos de la comuna, desde abajo y hasta arriba, pobres y ricos por igual, y sobre todo en esa mezcolanza y confusa argamasa de ideas denominada clase media.

Así, pues, sindiqué los puntos a seguir. Uno: transmitir en vivo y en directo por canales de tevé y señales de radios disponibles, estatales y privados, la sesión de hipnosis del señor gobernador. Dos: preparar y ambientar una sesión de espiritismo encabezada por el señor gobernador y su gabinete de gestión completo, a los efectos de que éstos tomen contacto directo con esas ánimas y garantizar que periodistas y reporteros gráficos asistan a la misma, tomando nota y captando las imágenes fotográficas del memorable encuentro. Y tres: asegurar una entrevista exclusiva entre los medios de mayor difusión, el señor gobernador y el espectro de mayor jerarquía.

Ferro objetó algunos aspectos de la estrategia, sobre todo aquellos que tuvieron que ver con un diálogo mano a mano entre la prensa y los espectros, pues, apuntó Ferro, podrían apocopar la figura del señor gobernador. Destacó su probable efectividad, sin embargo. Y, apiadándose de mí, me dejó libre.

Salí disparando a buscar a Matilda a su oficina, pero ya era tarde cuando llegué. Fui hasta el hospital. Le pregunté a la recepcionista en qué habitación se encontraba internado el señor Renato Reinoso. Me respondió que el horario de visita había terminado hacía media hora. Le consulté si existían posibilidades de hacer una excepción y pasar aunque sean sólo unos minutos, usted sabe, a verlo, a saludarlo nomás. Insistió en que el horario de visita había terminado. Procuré persuadirla explicándole las distintas dificultades que tuve que atravesar para llegar hasta ahí, que había sido realmente difícil para mí hacerlo. Fue en vano. La mujer seguía repitiendo: señor, el horario de visita terminó, no insista por favor. Desistí. Llamé a Matilda desde mi teléfono celular pero no atendió. Pensé que estaría en verdad enfadada conmigo.

Volver a casa es siempre reconfortante. Recién entonces pude desenredar de mi cabeza los nudos que Ferro había atado allí con sus desquiciadas ideas y dismantelar algo del mamotreto de culpa que pesaba sobre mí por no haber llegado a tiempo

al hospital. Mañana iría sin falta a visitar al abuelo Pucho, pensé.

Eran cerca de las veintiuna cuando recibí el llamado por teléfono de Romina. Por un lado recordé que me había olvidado por completo de ella, y por el otro, la escena con Andrea enfrente del café bar. Me dijo que no se sentía bien, que no estaba bien, que necesitaba hablar conmigo. Le dije que mañana por la noche podríamos encontrarnos, no sé, a tomar unas cervezas. Me dijo que tenía que ser hoy. Ahora. Le dije que todavía no había probado bocado desde el mediodía y que podría improvisar en la cocina algo para comer y que durante la cena podríamos charlar sobre lo que quisiera. Me dijo que sí y después de hacer un breve silencio agregó que llegaría en media hora. Más o menos.

Preparé unos bifés de carne con arroz. Pero Romina no llegó nunca. En su lugar vino Andrea. Me entregó una carta de Romina y me dijo que hoy por la mañana intentó disuadirla pero que no tuvo éxito. Romina se fue, me anotició desani-

mada, como si fuera una especie de titular amoroso. Ella ya lo sabe, me anotició Andrea, como si fuera ahora un especie de titular truculento, de un choque múltiple de coches o algo por el estilo.

Le pregunté a Andrea si Romina lo sabía porque lo sabía, porque se enteró, porque de alguna forma lo supo, o si lo sabía porque ella se lo había contado todo. Me dijo que ella se lo había dicho todo, que debía hacerlo, que se lo debía porque muy a pesar de todo Romina era su amiga. Le pregunté a Andrea si quería quedarse a cenar y me respondió que sí. Después leímos juntos la carta, era más o menos breve, decía:

Fernando: Me di cuenta que nuestros días no fueron realmente *nuestros días*. Ni lo fueron aquellos otros, ni serán estos que vienen a pesar de los días que pasaron. Ya no hay días para mí en este lugar. Cuando lo supe, entristecí. Abrí mis ojos y allí estaban las imágenes postreras que la memoria retiene entre el tránsito de un ser a otro. De un mundo a otro. Como si estuviera condenada a presenciar en las primeras filas de un cine particular una y otra vez el espectáculo último de mi vida vivida rodando dramáticamente entre las pupilas y los párpados. Esta es la razón por la que

me voy. Esto es lo que quería decirte, aunque conozcas la respuesta, aunque conozcas mi decisión. No podría mirarte a los ojos y decirte que esta es la razón por la que me voy.

Andrea y yo sabíamos que la decisión de Romina no tenía vuelta atrás. Sin embargo, Andrea me dijo que se lo dijo, que todavía no era tiempo de marchar, que debíamos esperar un poco más. Sólo un poco más. Que este infierno, así dijo Andrea, que este infierno por el que andábamos pronto se desvanecería y podríamos cargar sobre nuestras espaldas nada más que la certidumbre de saber que otro lugar, el que fuera, nos esperaba. Pero éste no sería un viaje así nomás, sería un viaje de ida, sin retorno, no le daríamos a la memoria ni un centímetro de tregua si se le ocurriese obligarnos a volver. Allá lejos, dijo Andrea, hay un lugar donde los recuerdos son los espacios y tiempos que vivimos en el presente en que estamos y elegimos vencer, pero no son nuestros, Fernando, no son nuestros tiempos.

Esto fue lo que dijo Andrea. Cerró los ojos, yo estaba a su lado, en la cama, cuando cerró los ojos y se durmió. No son nuestros tiempos, pensé. Pero no pude conciliar el sueño.

Llamó Ferro. Eran casi las cuatro. Funes querido, me dijo, hablé con el señor gobernador, él mismo se comunicó conmigo hace algunos minutos y con muy buenas noticias, el consejo asesor de las comunicaciones gubernamentales aprobó el borrador del plan estratégico comunicacional y quiere entrevistarse con nosotros en un par de horas, para brindarnos algunas sugerencias a fin de evitar posibles fisuras en la redacción definitiva del mismo, y, por añadidura, durante su puesta en práctica; no podemos dejar nada librado al azar, razonó el señor gobernador, ya que en los próximos días, Fernando querido, pondremos en marcha el plan.

Eso es maravillo, Doctor Ferro. Me respondió que sí, que lo era, y, antes de colgar, dijo que esté preparado, que se vienen tiempos históricos apasionantes. Me acordé de lo que me había dicho mi ex jefe de redacción, Arnoldo Céspedes.

Quién era, me preguntó Andrea entreabriendo los ojos. Era Ferro, mi nuevo jefe. Ah, dijo y se dio media vuelta buscando el sueño otra vez.

El diputado Mauricio Ferro llegó a la casa de la gobernación puntualmente a las seis y cuarto, tal como los miembros del consejo asesor de las comunicaciones gubernamentales se lo habían apuntado. Minutos después, yo. Ferro recriminó mi tardanza. Estoy con muy pocas horas de sueño, diputado, dije excusándome pero volvió a embadurnarme por la cara su latoso discurso sobre la magnitud de la responsabilidad política que deben profesar a toda hora y en todo momento y lugar las mujeres y los hombres que se desempeñan en el ámbito de la esfera pública. Después del sermón, ingresamos por la entrada principal al edificio estatal.

Ferro y yo atravesamos intrincados y concurridos pasillos y oficinas estatales lo más ligero que pudimos hasta dar con el despacho de los miembros del consejo asesor de las comunicaciones gubernamentales. La secretaria de éstos, una huraña

y osada gordita culona disfrazada de Barbarella, reprendió nuestra llegada tardía e indicó de mala gana que tomáramos asiento en la sala de espera en tanto ella nos anunciaba. Así hicimos.

Minutos después nos hizo pasar. De inmediato, ni bien ingresamos y apenas acabábamos de acomodarnos en las butacas, se presentaron: buenos días, diputado Ferro, agente Funes, sean bienvenidos, somos los señores Vergas, dijeron desde las profundidades de una mesa rectangular de dimensiones espectaculares por encima de la cual pendulaba una cruz cristiana portando un macilento y raquítico y sangriento Jesús. Hablaban todos al unísono. Tenían un aspecto lóbrego, incierto, y aunque parecían tener no más de cincuenta y pico, daba la escalofriante sensación de que sus edades eran incalculables.

Y así hablaron: Hemos examinado con detenida y entusiasta atención vuestro proyecto de comunicación, tal como nos los ha solicitado nuestro señor gobernador, y aunque objetamos

algunos puntos específicos, detallados en una carpeta que tras la reunión les hará entrega nuestra secretaria para su posterior corrección, lo hemos encontrado, decíamos, muy alentadora y en verdad creemos que tendrá gran impacto entre los habitantes de nuestra provincia. El pecho de Ferro se hinchó de orgullo como el de un bufónido que sale del agua por primera vez. Hemos resuelto, empero, continuaron los señores Vergas, teniendo en cuenta los tiempos históricos a los que como protagonistas distinguidísimos asistiremos en los próximos días, denominar al proyecto Operación Kramer–Sprenger, en memoria a dos heroicos inquisidores dominicos, autores del excepcional tratado de fines del siglo XIII, *Malleus Maleficarum*. Dicho esto, los señores Vergas se despidieron ceremoniosamente. Ferro y yo salimos del despacho y Barbarella nos entregó la carpeta foliada. De mala gana.

Ferro se pasó el resto del día encerrado en su oficina encima del proyecto Operación Kramer–Sprenger, realizando los cambios observados en la carpeta foliada por el consejo asesor de las comunicaciones gubernamentales. No deben haber

fisuras, dijo Ferro y yo afirmé como devolviéndole certidumbre a su preocupación: sí, no se preocupe, Doctor Ferro, todo saldrá maravilloso, tal cual lo planeado, es decir, bueno, eso mismo, maravilloso. Sí, sí, Funes querido, duplicó meditando, maravilloso, maravilloso.

Llamó Ferro. Dejó un mensaje de voz en mi teléfono que rezaba así: Funes querido, el señor gobernador adelantó la fecha de la sesión de hipnosis, me pidió que nos presentemos en la residencia oficial, por favor imprimí y llevá una carpeta con varias copias del proyecto Operación Kramer–Sprenger. Nos vemos allá.

En la sala principal de la residencia oficial se encontraban acompañando al señor gobernador, algunos de sus ministros, Ferro, los inmemoriales señores Vergas, un grupúsculo de colaboradores y asesores, y algunos guardias de seguridad, que custodiaban todas las entradas y salidas de la casa. El gobernador era un hombre raspando los sesenta años, muy culto, reconocido como un estadista de envergadura, pero,

después de la muerte de su adorable y única hija en un accidente de tránsito, tres años atrás, comenzó a inclinarse hacia el ocultismo, buscando una señal de su espíritu en el Más Allá, lo que, según allegados íntimos a su círculo político de confianza, hizo que su capacidad de liderazgo se fuera debilitando.

Algún tiempo atrás, el gobernador había concurrido al chalet Perrando, donde se llevaba a cabo el rodaje de *La casa tenebrosa del Dr. Perrando*, el primer film de terror que se realizaría en Resistencia con capitales estadounidenses, un equipo de producción y actores mixtos (entre argentinos y norteamericanos), además de un prestigioso director de cine a cargo y una joven actriz norteamericana en el papel protagónico. La visita del señor gobernador tenía por motivo simplemente saludar a los realizadores de la película, agasajarlos con un brindis, ya que las encuestas indicaban que su imagen estaba cayendo y los señores Vergas le habían sugerido que su presencia en el set sumaría algunos puntos.

Luego del brindis, el señor gobernador recorrió la vieja casona escoltado por los señores Vergas, y en una de las habitaciones presenciaron la aparición del fantasma del mismísimo Doctor Perrando. El relato y sus detalles fueron descriptos por los miembros del consejo asesor de las políticas de comunicación gubernamentales, en la residencia oficial del gobernador, aquella tarde en que Ferro me citó allí con las copias de las carpetas de la Operación Kramer–Sprenger.

Según los Vergas, el Doctor Perrando hizo su aparición en columna de humo negro, cosa que, afirmaron, puede atestiguarlo este frasco con restos del viscoso ectoplasma rojizo que hallamos en el piso y en las paredes de la casa. Oooohhhh, exclamaron todos los funcionarios públicos, sentados en unos sofás blancos alrededor del gobernador, quien asentía todo el tiempo mientras los Vergas continuaban con el relato.

El espíritu del Doctor Perrando se manifestó ante nuestro señor gobernador y dijo que en el Más Allá mantuvo contacto

con los egregios antepasados que fundaron la provincia de Chaco, y que sus ánimas, a través de la fantasmagórica figura del histórico cirujano, desean brindarnos las sabidurías de sus pasadas gestiones políticas, que, afirmaron, volverán a posicionar el rumbo de nuestro gobierno, lo que, como se sabe, traerá prosperidad y bienestar al pueblo. A cambio, el Doctor Perrando, es decir, su alma, su espíritu o lo que sea, solicitó a nuestro señor gobernador la apertura de un umbral de mundos, que, ya sabemos los presentes, subrayaron los Vergas, concretaremos induciendo hipnóticamente a nuestro gobernador, a efectos de que los espíritus de estos ilustres ascendientes puedan, una vez que hayan ingresado a nuestro universo de vivos, transmitirle sus valiosas erudiciones, que como bien estamos más o menos al tanto todos, nos hace mucha falta.

Los Vergas, culminado el discursito, recorrieron con la mirada a todos los que allí estábamos. El gobernador volvió a asentir, pero esta vez pareció dormirse en el vamos. Yo me encontraba parado, al lado de la puerta, sosteniendo las carpetas de Ferro. Pensé: qué chancletas es todo esto; si el abuelo

Pucho estuviera acá, les reventaría el culo a patadas para despabilarlos. Agente Funes, ordenaron los Vergas, denos las carpetas de la Operación K-S. Me acordé del abuelo Pucho, en el hospital, tenía que deshacerme de esta gente, huir, hacerme invisible. Entregué las carpetas a los Vergas, al gobernador, a sus ministros y asesores directos, incluyendo a Ferro, claro.

Señores, dijeron los miembros del consejo de las comunicaciones del gobierno, que, no está de más recordar, hablaban al unísono como una legión de demonios plúmbeos, señores, decían, mañana será el gran día, mañana asistiremos al renacimiento de nuestro querido y atesorado señor gobernador, y seguro que vosotros estaréis a la altura de los sucesos por venir, designados y elegidos, con la sapiencia que estos acontecimientos históricos demandan, para llevar adelante la operación K-S. En estas carpetas, finalizaron, encontrarán todos los detalles de la estrategia de comunicación que aplicaremos para garantizar el éxito del proyecto. La cita de la sesión, ya saben, es mañana martes a las nueve en esta residencia oficial

que nos congrega, en tanto, nosotros acompañaremos en oración al señor gobernador durante toda la noche.

Antes de desalojar la sala, los Vergas llamaron aparte a Ferro. El diputado me dijo que lo aguardara; no demoraron mucho, fue una charla de cinco o seis minutos que mantuvieron junto con el señor gobernador.

Al final, los guardias de seguridad nos acompañaron hasta la puerta de salida. Ferro dijo que, según las instrucciones que le habían señalado los Vergas, debía ir hasta el aeropuerto a buscar a los parasicólogos ingleses que llevarían a cabo el acto de inducción al gobernador, así como a un filólogo irlandés, también contratado por el gobierno para tales fines. Tenés trabajo que hacer, me dijo el diputado, seguí al pie de la letra la estrategia aprobada por el consejo de las comunicaciones. Luego Ferro subió al automóvil que lo esperaba afuera y marchó con rumbo al aeropuerto de Resistencia.

Ni bien Ferro se fue, llamé a Matilda. Me atendió. Su voz parecía apagada. Le dije que la pasaría a buscar e iríamos a visitar al abuelo Pucho. Está bien, asintió, te espero en la oficina.

El abuelo Pucho estaba de buen humor. Pareció alegrarse al vernos entrar al cuarto. Charlamos un rato, haciéndole compañía junto a la cama. Cómo andan esos diablitos, preguntó a Matilda, por la jauría de perros, gatos y pájaros, las mascotas de la casa. Bien, bien, te extrañan, dijo Matilda, tenés que recuperarte pronto. Yo le conté sobre mi nuevo trabajo y él me dijo que no dejara nunca de escribir, que siempre hay que dar grandes peleas, porque si perdés, la derrota será digna, y si ganás, la victoria mucho más gozosa. También hablamos de política. Pucho refunfuñó contra el gobierno, dijo que era una vergüenza y por el camino en que íbamos todo se iría al demonio muy pronto. Tenía razón. El Pucho también habló de Messi, ese pibe nos va a dar muchas alegrías, acordate, me dijo. Después se durmió y Matilda y yo nos fuimos, tristes. El Pucho estaba en las últimas.

Llegué a casa y lo primero que hice fue buscar mi *Cuaderno de Broncas* y escribir, para no olvidarlas, algunas ideas más que se me vinieron a la cabeza, siempre contra los periodistas, no sé por qué se me vino en ganas putearlos tan hartos, quizá a cuento de todo esto, de los Vergas, de todo este rollo rarísimo en que me vi involucrado de un día al otro. En fin. Más tarde, cerca de la medianoche, llamé a Andrea, le pregunté si había podido dar con Romina y me dijo que no, que ni siquiera valía la pena intentarlo. Entiendo, le dije. Necesito verte. Yo también Funes, yo también.

Al día siguiente, todo se desarrolló con éxito y en forma vertiginosa; todo es, claro, la inducción hipnótica al señor gobernador y la pantomima en torno a ello. El comunicado de prensa que redacté, aprobado por el diputado Ferro y los señores Vergas, dan fe de ello.

La realidad es lo que hagamos parecer de lo que es, lo demás no importa nada, reflexionó Ferro y agregó enseguida: Funes

querido, ya sabés lo que tenés que hacer. Eché dedos al teclado de la computadora y titulé: EL GOBERNADOR RECIBIÓ CONSEJOS POLÍTICOS DE ANTIGUOS ESPECTROS ILUSTRADOS. Después, redacté la nota:

El enigmático hecho ocurrió hace algunos meses atrás, pero fue revelado recién ayer tras una sesión de hipnosis pública practicada por un grupo de prestigiosos parasicólogos ingleses al primer mandatario de nuestra provincia. El diputado Mauricio Ferro, uno de los principales testigos oculares del fenómeno, relató: Nuestro señor gobernador comenzó a sufrir extrañas convulsiones luego de las cuales habló durante varias horas en lenguas inmemoriales y más tarde levitó en círculos concéntricos alrededor de su oficina.

La inducción hipnótica fue realizada en la residencia oficial y transmitida en vivo y en directo por el canal estatal, a través del cual los televidentes pudieron observar a los ministros de gabinete asistiendo al señor gobernador mientras éste giraba alrededor de su despacho profiriendo toda clase de revelaciones en una antiquísima lengua jafética hablada hace miles de años en alguna remota zona al sur de Europa, explicó un filólogo irlandés del vaticano convocado para tales efectos.

Luego de horas de trabajos de traducción, el experto pudo descifrar parte del significado de aquel dialecto ininteligible, que confirmaría que efectivamente el señor gobernador recibió asesoramiento político de espíritus del inframundo político, liderados por el fantasma del Dr. Julio Cecilio Perrando, quien estaba al mando de esas ánimas.

Si bien el primer jefe de gobierno no brindó declaraciones tras el suceso ocultista que conmocionó al pueblo chaqueño, el

legislador Mauricio Ferro adelantó que en los próximos días se preparará un nuevo procedimiento de sugestión, ya que el religioso irlandés ratificó que las ánimas querrían comunicarse con los habitantes de nuestra provincia a través de la figura del señor gobernador.

Al texto noticioso, le anexé imágenes del señor gobernador planeando por las llanuras de su oficina, asistido en forma incondicional por los ministros de su gabinete y, por supuesto, por el diputado Mauricio Ferro, quien me pidió encarecidamente aparecer en las fotografías que brindáramos a la prensa gráfica. Si bien el plan estratégico no pudo ajustarse explícitamente a las líneas de acción previstas con antelación, debido sobre todo a que los espectros, encauzados por el espíritu de Perrando, sólo se apersonaron en forma parcial, Ferro consideró no obstante que la próxima sesión de inducción sería decisiva y lograríamos encarrilar a los fines que buscábamos.

Al otro día bien temprano Mauricio Ferro me pidió que me pusiera en contacto con la consultora que semana a semana nos brindaba un monitoreo sobre la imagen de gestión de

gobierno del señor gobernador, para que realizara un sondeo de urgencia entre los ciudadanos para medir qué impacto había tenido la curiosa sesión de hipnosis. Así hice. Un día después, el equipo de sociólogos oficiales me pasó el informe final y los resultados arrojados indicaban que dos de cada diez habitantes de la provincia consideraban que la inducción espiritista se trató de una pantomima montada por el gobierno para sus fines políticos y, en consecuencia, electorales, ya que se avecinaban las elecciones que renovaban mandato y representantes del pueblo ante la cámara de diputados. No obstante, otros siete juzgaban positivo que nuestra máxima figura política mantuviera contactos con fuerzas del Más Allá. El resto, ese infame y despreciable diez por ciento, o no se daba por aludido o ignoraba lo que sucedía o bien todo le daba lo mismo que, es decir, por las pelotas. Los ojos de Ferro daban vueltas igual que un tragamonedas; la gran mayoría calificó de positivo la posibilidad de un gobernador médium, en conclusión. El diputado saltaba alborozado y exultante y lleno de entusiasmo se puso de inmediato en comunicación con los señores Vergas para darle las buenas noticias.

Además, los portales de noticias de internet, de diarios, de radios y de tevé, salvo alguno que otro análisis periodístico adverso aislado, no paraban de enaltecer la figura del señor gobernador. Incluso se animaron a vaticinar que era éste el momento para lanzar su reelección. Y si bien es verdad que ciertos nichos aislados de la oposición política al gobierno criticaron con dureza la exposición pública que éste hizo del don místico del jefe de Estado, no lo negaban. Lo creían como si hubiesen visto con sus propios ojos la resurrección de Lázaro.

El diputado Ferro logró ubicarse en el centro de la escena política y mediática gracias al papel que había jugado la estrecha relación que forjó con el gobernador y los Vergas, consecuencia todo de los méritos políticos alcanzados tras la estupenda organización de la inducción hipnótica. Recibía personalmente a todos los periodistas en su despacho, brindaba notas y otorgaba jugosas declaraciones con qué llenar los espacios de los medios. Un día de esos, uno de los matutinos

le dedicó la portada a Ferro. Éste aparecía sentado detrás de su escritorio, con las manos abiertas a la altura de sus hombros y con cara de que acababa de prorrumpir con una reflexión de trascendencia capital.

Ninguno de los colaboradores de Ferro sabíamos cómo hacía el tipo, pero siempre se las arreglaba para que su figura estuviese omnipresente entre nosotros. De hecho nadie sabía con exactitud si comía, si meaba, si cagaba, si dormía, si cogía; su existencia toda parecía estar dedicada a la actividad pública. Hay quienes aseguraban haberlo visto en situaciones sociales de las más comunes, como cenando con su mujer e hijos en conocidos y coquetos restaurantes, otros que aseguraban que era un asiduo cliente de un popular boliche gay, al que siempre concurría disfrazado de *drag queen*, y otros que juraban que cada tanto mantenía reuniones secretas con sus amigos y que, en ellas, improvisaban apoteóticas e inolvidables fiestas negras; pero sólo se trataban de versiones de las muchas que referían a su intimidad, que nadie conocía a ciencia cierta.

Un día antes de la segunda inducción hipnótica al señor gobernador, me encontré con una escena espeluznante protagonizada por el diputado Ferro. Entré muy temprano a su despacho para hacer una consulta y lo vi al tipo meneando su pene con una mano y con la otra sosteniendo el diario *La Voz de la Verdad*, que le había dedicado a la tapa. Ferro se ruborizó, se puso todo rojo, exasperado, como si se hubiera despertado atrapado una de las máquinas de tortura de Jigsaw, y enseguida fingió que se le había caído su lapicera al suelo y que la estaba buscando. Yo también me hice el boludo y la cosa quedó ahí.

Por la tarde me hice de un tiempo libre y llamé por teléfono a Andrea, y quedamos en encontrarnos en un barcito de la calle Don Bosco. Le conté de mis periplos con Ferro, con los Vergas, con el señor gobernador. Funes, me dijo, eso no va a terminar en nada bueno. Es cierto, asentí. La miré a los ojos y me sonreí. Qué pasa, dijo ella. Nada, es solo que estamos acá, juntos, y me gusta que sea así. Juntos hasta el final, Funes. Hasta el final.

Ya por la noche, en casa, mientras Andrea componía canciones para su nuevo disco, llamó Ferro. Me anticipó que recibió nuevas instrucciones de los Vergas: mañana se realizaría la segunda sesión de hipnosis al gobernador. Le dije que lo tenía todo preparado, la prensa, los periodistas, todos estarán allí, en la residencia oficial. Muy bien, Funes, me dijo y, antes de presionar la tecla *end* de su celular, comentó que esta noche oraría junto a los Vergas y el gobernador, para que Nuestro Señor acompañe el éxito político de esta campaña. Maravilloso, Doctor Ferro. Maravilloso. Yo siempre le respondía así a Ferro, con un maravilloso, un poco porque era lo que quería escuchar, y otro poco porque no me interesaba mantener una charla extendida con él, por lo cual siempre procuraba acortar nuestros diálogos; sólo lo justo y necesario y en estricto orden laboral, se sabe.

A la mañana bien temprano llegué a la residencia oficial para chequear y corroborar la convocatoria a los medios y garantizar su asistencia. Todo estaba en perfecto orden. Un par de

horas más tarde, la gente comenzó a agolparse en la residencia oficial. Afuera, en la calle, también se juntó gente, tal vez eran unas trescientas o cuatrocientas personas, por lo que sugerí al protocolo de la gobernación instalar en forma inmediata una pantalla gigante, a fin de que la plebe pueda ver, en vivo y en directo, lo que sucedía en la sala principal, durante la inducción hipnótica. Adentro, decía, ya estaban casi todos, ministros, asesores, colaboradores y periodistas, que aguardábamos que el señor gobernador, los Vergas, Ferro y los parasicólogos ingleses, que, según trascendió, rezaron durante toda la noche en la habitación principal del primer piso de la residencia.

Finalmente, aparecieron. Bajaron por las escaleras, los Vergas, adelante, vestidos con atuendos negros tipo sotanas, colgaban de sus cuellos rosarios de oro, portaban y alzaban en lo alto una cruz gigante ornamentada en madera y oro. Detrás, el señor gobernador acompañado de su señora esposa, a quien, vale decir, es la primera vez que la nombro, mas no por descuido, sino porque no tendrá más protagonismo en

esta historia que las líneas que acabo de otorgarle. Y, por último, el diputado Ferro y los parasicólogos ingleses.

En medio de todo esto, Andrea me mandó un mensaje de texto a mi teléfono. Me dijo que estaba afuera, en la calle, observando en la pantalla gigante todo lo que pasaba adentro.

Todo parecía revestido de una solemnidad de santuario. Bueno, ésa era la idea de los Vergas. El acto de inducción se llevaría a cabo en la misma sala principal. Se dispuso allí una mesa redonda, con manteles rojos y una bola de cristal en su centro, adonde se sentó el señor gobernador, los parasicólogos y los religiosos Vergas, de frente a las cámaras de televisión, reporteros gráficos y periodistas. Una docena de muca-mos, ubicados en semicírculo en rededor de la mesa, sostenían candelabros con velas negras. Muy bien, empecemos, dijeron los Vergas. Los espiritistas asintieron y todos se tomaron de las manos.

Esta fue la oración que profirieron los Vergas para convocar al espíritu del Doctor Julio Perrando, tal como lo habían hecho la primera vez:

Te invocamos, Doctor Julio Cecilio Perrando.

Con el poder que nos otorga Dios Padre

y el de Su Hijo, Nuestro Señor, te invocamos.

Hazte presente en esta sagrada reunión.

Te lo rogamos, hazte presente y

bendice a nuestro señor gobernador

con vuestra sabiduría providencial.

Tal como ocurrió en la sesión anterior, el querido estadista comenzó a levitar y a dar vueltas en círculos alrededor de su despacho, empero, pasados unos segundos, abrió su boca e inesperadamente comenzaron a salir de su interior espectros de toda índole que, ante estupefactas y desconcertadas miradas de periodistas, colaboradores, ministros y médiums, volaron alocadamente por encima de las cabezas sin pudor alguno, completamente desnudos, comenzando a realizar sus necesidades, ya no digo fisiológicas, sino etéreas, o ecto-

plásmicas en todo caso, emporcando a todos con una sustancia viscosa y luminosa, que no era otra cosa que caca y orina inframúndica. En eso, el fantasma del Doctor Perrando salió en forma súbita y repentina de dentro de la boca del señor gobernador, que todavía levitaba en círculos, embadurnándolo con la misma sustancia rojiza y viscosa que los Vergas habían exhibido otrora.

Ni bien se constituyó, el Doctor Perrando comenzó a volar en cortina de humo negro alrededor de la mesa circular, y moviéndose de todos los allí presentes dijo: aquí tengo su sabiduría providencial, y, mostrando su fantasmal culo, hizo tronar un pedo apoteótico.

No obstante, lo que más indignó fue la forma estruendosa y rimbombante en que estas ánimas se dieron a conocer al mundo, así, sin siquiera identificarse, faltos de las túnicas apropiadas que todo fantasma debe exhibir y huyendo, al igual que su espectral líder, en columna de humo negro por la ventana de la sala principal y después de chuflarse de la mi-

mesis espiritual convocada por el gobierno para salvar la imagen del señor gobernador. Sin embargo, no todo terminó ahí. Antes de esfumarse, el Doctor Perrando aseguró: Muy pronto tendrán noticias nuestras, bufones.

Llamó Andrea. Qué diablos fue todo eso, preguntó. No sé, no sé, le dije todavía acongojado. Cómo está la cosa afuera, reaccioné pronto tras un silencio de segundos. Mal. Muy mal, dijo, todo es un caos, la gente echó a correr, gritan, dicen que cayó una maldición o algo por el estilo. Demonios, exclamé. Sí, demonios, dijo ella. Y son muchos.

Al señor gobernador, que permaneció flotando, inconsciente, alrededor de la sala, tuvieron que bajarlo sus asesores utilizando unas escaleras. Los señores Vergas y los espiritistas lo asistieron rápidamente y lo condujeron a la habitación principal del primer piso de la residencia. Antes, Ferro había recibido nuevas instrucciones de los Vergas. Tenía que poner la cara ante la prensa y dar explicaciones de los sucesos ocurridos. Así hizo y aunque no le fue bien, valía la versión oficial.

Así y todo, los medios supieron inventar la noticia. ESPECTROS HUYERON DE BOCA DEL GOBERNADOR, SE TEME UNA POSESIÓN DEMONÍACA MASIVA; ESPÍRITUS INVADEN LA CIUDAD, NADIE ESTÁ A SALVO; PLAGA FANTASMAGÓRICA ACECHA A RESISTENCIA, titularon. El impacto fue tremendo y en cuestión de horas comenzaron a producirse corridas por todas partes, las personas acudían despavoridas a iglesias y parroquias de barrio, para refugiarse, decían, del ataque inminente de los demonios; rezaban padrenuestros y avemarías en vigiliass autoconvocadas y nutridas procesiones de feligreses.

Por su parte, las máximas autoridades eclesiásticas no tardaron en criticar la actuación del gobierno, a la que calificaron de irresponsable, por haber permitido que esos belcebúes emigraran de dentro del gobernador, y que además se comunicaran con él so pretexto de transmitirle supuestas facultades políticas acumuladas a lo largo de décadas por nuestros más egregios antecesores, que en paz descansen dicho sea de paso, y aprovechándose de su buena fe y predisposición, que

siempre caracterizó a nuestro primer mandatario, quedaron en evidencia pública al ufanarse de su investidura utilizándola como portal cósmico, expresándolo de alguna manera figurada, por no decir maldito, el umbral que se abrió entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos, a efectos de que éstos últimos ingresen al de los primeros, explicaron en una improvisada conferencia de prensa realizada en las escalinatas de la Iglesia Catedral de Resistencia, un par de horas después de los trágicos eventos paranormales en casa del gobernador.

En la residencia oficial, todo era un caos. Gentes, médicos que iban y venían, subían y bajaban escaleras para asistir al jefe de Estado, cuyo cuadro clínico era el siguiente: las fuertes convulsiones experimentadas por el gobernador tras haber expulsado por su boca al Doctor Perrando y sus demonios le provocaron una crisis catatónica fulminante que lo dejó en estado vegetativo, asistido a través de respiración artificial, en una improvisada sala de auxilios montada en la suite principal, a la cual sólo ingresaban, obviamente, sus médicos

personales, esposa, los Vergas y un estrecho grupo de asesores de máxima confianza, entre los cuales por supuesto se encontraba Ferro.

Ferro estaba sentado tomando agua mineral de una botellita de plástico, recostado sobre una columna, cuando un emisario de los Vergas lo convocó a la habitación. Ferro, que tenía el rostro entumecido, se sacó la corbata y me dijo: Funes, vení conmigo. Dejé de redactar los comunicados de prensa que estaba preparando en mi computadora portátil, en el comedor, y lo acompañé.

Diputado Ferro, dijeron los Vergas, que estaban parados, hasta hace unos momentos rezando, al lado del gobernador, quien yacía boca arriba en la cama. El pronóstico no es nada bueno, nada bueno. Lamentamos comunicarle que nuestro señor gobernador ya no despertará, sostuvieron los religiosos de la comunicación. Por eso hemos resuelto que usted, Doctor Ferro, se haga cargo, en primera instancia, de la conducción interna de transición del gobierno, hasta que resolvamos

un llamado a elecciones anticipadas, y en segunda, y esto sí es menester que lo hagamos cuanto antes, de enviar un representante oficial a dialogar con estos demonios, que, según fuentes de nuestra inteligencia paraestatal, información confidencial desde luego, han establecido como su refugio el panteón de los gobernadores de Chaco, en el cementerio San Francisco Solano. Muy bien, dijo Ferro, convocaré de urgencia a un comité de crisis, plural y diverso, a fin de establecer las pautas y estrategias con que nos regiremos de ahora en más, durante el conflicto. Y agregó por último: nos reuniremos a deliberar aquí, en la residencia oficial, durante toda la noche. Los señores Vergas aprobaron la resolución planteada por Ferro y dijeron por último: en cuanto al representante oficial, sugerimos que a dicha tarea la lleve adelante el agente Funes, creemos que es el más indicado. Así será, dijo el diputado.

Los Vergas y la esposa del señor gobernador se prosternaban para orar junto al moribundo cuando Ferro y yo nos retiramos de la habitación. El diputado me pidió que lo acompañara a la

biblioteca, donde pudiéramos mantener una reunión privada, para ajustar detalles, simplemente, dijo, antes de que partas al cementerio para establecer contacto con el Doctor Perrando. Funes, explicó, este es el plan: buscarás a estas ánimas en el panteón de los gobernadores, intentarás dar, si es posible, con el fantasma del cirujano, o con algún espíritu de jerarquía, y le dirás que vas a reunirte con ellos en nombre del gobierno, para saber cuáles son sus peticiones, sus reclamos, o lo que diantre sea por lo que hayan venido a nuestro mundo, al de los vivos. Maravilloso, diputado Ferro, dije, ya mismo marcharé hacia el cementerio. Suerte, Funes, dijo, tenés en tus manos una gran responsabilidad.

Tras mi partida, el legislador a cargo interinamente del gobierno, organizó y convocó al comité de crisis; congregó de forma inmediata a representantes de la iglesia, a distintas instituciones del culto y la religión, a sectores del gobierno y de la oposición, a diputados, a organizaciones civiles, sociales y de los derechos humanos, a la cúpula del ejército y la policía, a expertos académicos de la actividad paranormal, a

chamanes de los pueblos originarios, a intelectuales e historiadores renombrados, con el objetivo de, explicó cerca de la medianoche, cuando ya se encontraban los recién mencionados reunidos en la sala principal de la residencia oficial, que se había constituido en una suerte de búnker de operaciones, generar el consenso más amplio y plural que jamás haya registrado la historia política y social de nuestra provincia, que permitirá buscar y reunir las propuestas y los recursos imprescindibles para entablar un diálogo respetuoso y racional con estos seres para saber, en definitiva, qué es lo quieren, qué es lo que buscan.

Ni bien atravesé la salida principal y pisé la vereda de la residencia, llamé a Andrea y le conté la diligencia que Ferro me había mandado hacer en el San Francisco Solano. Funes, eso es una locura, me advirtió. Lo sé, por eso necesito verte antes de partir, dónde estás. Acabo de llegar a casa, dijo. Bien, en diez minutos estaré ahí. Antes de cerrar la llamada le pregunté cómo seguían las cosas en la calle y me dijo que igual o peor, que imagine, me dijo que imagine que si la gente de por

sí está loca, ahora, con todo esto de los muertos, es, no sé, como si estuviéramos adentro de una película de los Cazafantasmas.

Le dije a Andrea que si algo salía mal, a pesar de que lo intentaría, si de todos modos algo salía mal, que esté preparada, lista, porque nos marcharíamos juntos. Adónde, Funes, me preguntó. Lejos, dije, nos iremos tan lejos que olvidaremos el camino a casa. El camino a casa ya no existe, sentenció ella y me dio un beso y me abrazó y me dijo que me cuidara. Agarré mi *Cuaderno de Broncas*, que reposaba sobre la mesa de luz junto a la cama, y volví a despedirme de Andrea. El coche que me llevaría hasta el cementerio me aguardaba, era muy tarde, había pasado la medianoche cuando el chofer puso el auto en marcha y vi a través de la ventana los ojos de la mujer parecida a Bárbara Steele y pensé en todo lo que habíamos pasado juntos y en todo lo que había pasado para que tuviera la certeza de que en realidad los espectros, los moribundos, éramos nosotros.

PERSONAJES DE LA NOVELA,
BATIÉNDOSE A DUELO CONTRA POBRES
DIABLOS DELIRANTES

Detrás de los ojos agobiados y distantes del diputado Mauricio Ferro se escondía una extensa y tupida geografía de dramáticos entramados políticos. Lo atestiguan así sus recientes antepasados, adictos todos a los avatares incesantes que demanda la vida pública, rasgo distintivo, casi genealógico podría decir, que el vernáculo apellido Ferro supo suceder a sus generaciones de mujeres y hombres, sobre todo a la de éstos últimos, obnubilados en la búsqueda de un futuro fluctuante que sin embargo no llegaría hasta que su vástago último azuzara la orden: ningún muerto debe atravesar esas murallas. Aunque descaradamente arbitrario, el orden clasificatorio de la familia Ferro, que he resuelto agregar a estas páginas, no sólo contribuirá a una mejor comprensión de los acontecimientos venideros: también esbozarán una introducción al

desasosiego que invade al legislador cada vez que el sueño maldito despedaza a dentelladas su pasión de vigilia perenne, y lo hace sentirse un hombre rutinario, igual que los demás.

EDMUNDO FERRO. Es el primer ascendiente que merece la pena mencionar. Llegó a vicegobernador durante un período de tiempo de cuatro o cinco meses en que el gobernador de aquel entonces, que recorría un paraje ignoto del Chaco más profundo, inaugurando una salita de primeros auxilios fue mordido en su antebrazo derecho por un viejo aborigen local, herida estomatológica por la cual, según atestiguan los diarios de la época, contrajo una extraña enfermedad que le indujo a desarrollar la facultad de obtener visiones proféticas mediante la observación directa de un vaso lleno con agua. Un libro biográfico escrito por el hijo de éste, Brunildo Carlos I, publicado en ocasión de la muerte de su padre, observa cómo largas filas de pobres e indigentes de toda índole, venidos desde las localidades más remotas de la jurisdicción, se apostaban en las afueras de la casa de la gobernación, aferrados a un vaso con agua, para que el visionario Edmundo futurice

sobre ellos. Su fama de vidente calificado y probo se hizo conocida incluso en las regiones más ignotas. La muerte lo sorprendió a los setenta y seis años, a causa de una sobada de pija fatal practicada por su secretario y asesor directo, cuyo intensísimo orgasmo le provocó un paro cardíaco tras la eyaculación. Don Brunildo recoge estas y otras anécdotas en su biografía *Hordas Miserables*, una suerte de diatriba contra la homosexualidad, a la que toda su vida reprochó la pérdida de su padre.

BRUNILDO CARLOS FERRO (I). Erudito si los hubo, además de notable periodista, escritor e historiador fue político. Nombrado Ministro de Desarrollo Social por dos períodos consecutivos, supo conquistar la confianza de cierta clase media en ascenso, con un programa radial diario emitido en horario comercial que también oficiaba de despacho de trabajo (modalidad que cuatro quinquenios más tarde también imitaría su hijo Brunildo Carlos II, aunque de modo perfeccionado), mediante el cual recepcionaba y administraba las demandas de la comunidad y las resolvía en ese mismo instante

disparando un arsenal de influencias políticas que sus pares odiaban, o simplemente envidiaban, y con el cual supo ganarse el mote de *el Resolvedor*, ya que, sostenían los envidiosos, en efecto, su estrategia consistía en derivar la solución de los problemas (a través de un llamado telefónico o un mensaje de radioescucha) de un ciudadano cualquiera a un funcionario idóneo. La avivada de Ferro se hizo tan popular que alcanzó a recepcionar mil quinientos setenta y dos reclamos en un solo día, logrando un récord histórico que no registró precedentes en la radiofonía de nuestro país. Instauró así una política vanguardista que brindaba inmediata solución a los grandes problemas que aquejaban a la gente común desde un medio de comunicación que comenzaba a masificarse y que, supo enseñar él mismo en sus editoriales matutinas, revolucionaría los ámbitos más impensados de la vida cultural de los argentinos. Ya retirado de la actividad política, recorrió el mundo brindando conferencias magistrales basadas en su *best seller Hordas Miserables*, obra con la que se volvió millonario aunque pronto derrochara todo su dinero en los excéntricos caprichos de su asistente, un joven escritor libertino, de quien

se enamoró y por quien perdió la cabeza. Al igual que su padre Edmundo, murió de homosexualidad a los cincuenta y cinco años.

BRUNILDO CARLOS FERRO (II). Fue el primer abogado y periodista provinciano en formar parte de la redacción del tradicional diario de la familia Mitre, *La Nación*, primero administrando los intereses y bienes judiciales y después como prestigioso editorialista durante casi una década y media, tras la cual se procuró una pequeña fortuna y regresó a Resistencia donde fundó el periódico *La Voz de la Verdad*, un tabloide dinámico y renovado que lo lanzó como un disparo de bengala al cielo y lo hizo brillar en lo más alto del trajinar mediático y político de la minúscula polis del sur chaqueño. Tiempo después le ofrecieron el cargo de secretario de información pública y políticas de la comunicación, cargo que aceptó. En el acto de su jura, ante un nutrido grupo de funcionarios que lo aplaudió fervientemente, sostuvo: la realidad es lo que hagamos parecer de lo que es. En tal sentido, la verdad no debe impedirnos comunicar al pueblo lo que espera

escuchar. Cuatro años más tarde, siguiendo los pasos de su antecesor don Brunildo Carlos I, asumió (en medio de una debacle financiera que sacudía al país) los destinos de la provincia. Montó su oficina de la gobernación en la redacción de su diario y desde allí disparó una serie de titulares alegres y dicharacheros que inyectó de renovadas esperanzas a la ciudadanía. Esto produjo un impacto positivo en la economía regional y promovió el bienestar general de sus provincianos, que si bien en su gran mayoría eran desempleados golpeados por la crisis, se los veía pernoctar hambrientos en albergues públicos pero colmados de la felicidad que les proveía aquellas portadas de *La Voz de la Verdad*. Así, Don Brunildo I amasó la gloria compactando su oficio de periodista y su rol de gobernador. La verdad no puede impedirnos hacer una buena nota, tampoco gobernar, solía afirmar al final del mandato mientras se paseaba por los pasillos de su matutino. Sólo se le conoce un amor: María Laura Ferro, su prima hermana, quien se suicidó arrojándose del séptimo piso de la casa de la gobernación luego de sorprender a Carlos practicándole sexo oral a uno de sus secretarios. La maldición de la homosexua-

lidad perseguía a los Ferro y despedazaba sus inmaculadas trayectorias políticas y sociales, sumiéndolos en la ignominia y la vergüenza. Murió a los sesenta y dos años, atragantado con el semen de su amante.

MARÍA LAURA FERRO. Bellísima y abnegada mujer del clan. Lectora incansable de *Hordas Miserables*, llegó a la conclusión (tras memorizarse fragmentos completos del libro de su tío abuelo) de que la homosexualidad destruiría el destino de los Ferro sea cual fuere el camino que éstos eligiesen transitar para ahuyentar esa tentación aberrante. Tenía cuarenta y dos años cuando se mató. Antes, sin embargo, logró trabar un fuerte lazo con su sobrino, el joven Mauricio Ferro que, soslayado por el menosprecio de su madre ludópata, adoptó el cariño de María Laura y lo depositó en su corazón y lo hizo propio buscando así limpiar la desidia con que lo manoseó y manchó su distinguida progenitora. A su muerte, viciado de dolor, el joven Mauricio Ferro mandó a rezar en su epitafio:

En honda congoja y pesar duermen
aquellos que un día volverán a la vida.

¡Despertad! ¡Despertad!

El tiempo se ha pulverizado en los ojos.

Los vivos son el sueño eterno de los muertos.

MAURICIO FERRO. Jamás pudo recuperarse del todo de estos oprobios que pesaban sobre su espalda como si un elefante caminara sobre ella y cuya condena, primero personal y después social y política, se alzó sobre él tanto y tan alto que resolvió constituirse en un dirigente ejemplar, trabajando sin descanso la mayor cantidad de horas posibles del día al servicio del Estado. A menudo solía manifestar su intención de tajearse los párpados como para simbolizar la tragedia que le invadía en lo más íntimo de su corazón, cuando, en el acentón de sus apasionados discursos en el honorable recinto, sus palabras ardían en una misteriosa poética histórica. Por consiguiente, no es posible tomarnos ni un minuto de descanso ni de sueño si pretendemos construir una sociedad justa, consolidada en profundos valores éticos y morales, humanistas y cristianos, sin homosexuales, juró en su discurso de asunción

al mando del centro de estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Salta en Buenos Aires, a los veintiún años.

Graduado con honores, regresa a Chaco con un solo objetivo: fortalecer sus lazos políticos y ganar espacios de poder dentro de la derecha conservadora del Partido Justicialista. Asistió durante tres años y medio a todos los actos partidarios, portando el doctrinario manifiesto de *Hordas Miserables* bajo el brazo, donde en ocasiones eminentes e insignes miembros del peronismo histórico lo invitaban al frente del estrado, para que baje línea entre el maremoto militante. Seducidos con su oratoria moderada aunque incisiva y con su evidente aptitud para decodificar el reclamo de las masas y trocarlo en pragmáticas convicciones políticas, ajustadas a las necesidades primarias del pueblo obrero, la dirigencia propone su nombre para coordinar la campaña de prensa que conduciría siete u ocho meses después al retorno del peronismo al poder. Al igual que su padre, fue designado secretario de información pública y políticas de la comunicación, cargo que, también al

igual que su padre, aceptó fervorosamente jurando que la realidad es lo que hagamos parecer de lo que es. Dos años más tarde, accede a una banca en la honorable cámara de diputados, aunque el partido pierde las elecciones. Nuestros errores sembrarán las semillas a través del sendero de alamedas que habremos de transitar hacia la victoria, supo consolar Ferro a la militancia entristecida. Y así fue. Su ejemplar desempeño en el honorable recinto multiplicaba pasiones y fieles seguidores de sus pujantes propuestas contenidas en los doscientos cincuenta y seis proyectos de ley que presentó en un período de tan solo tres años y medio. Sin embargo, el estrepitoso ascenso de Ferro trajo envidia y celos entre los sectores izquierdosos del peronismo, que veían en él una figura peligrosa, contaminante para aquel ideario setentista que pretendían restaurar. Pero, para cuando se dieron cuenta, ya era demasiado tarde: Ferro era una topadora política imparable. Poco más de un semestre después de asumir el mando del Partido Justicialista, ingresó a su universo disfrazado de agente de prensa.

RENATO *EL PUCHO* REINOSO. El Pucho sí que fue un tipo de armas tomar. Era profesor de Historia en una enclenque escuelita del conurbano bonaerense y activo militante del brazo armado del peronismo revolucionario. Tenía veintiocho años cuando fue reclutado y entrenado especialmente para conformar la Compañía Montoneros de Monte, junto a una veintena de compañeros, con quienes partió a fines del setenta y cinco a la Sierra de Medina en Tucumán. Un año después moría a bayonetazos y tiros su jefe y amigo Juan Carlos el Hippie Alsogaray, a tres o cuatro metros de distancia de su posición de combate, en un trágico e imprevisto enfrentamiento armado con el ejército argentino, ocurrido en una barranca de El Cadillal. El Pucho, que en esos momentos cargaba con el nombre de guerra de Tano, logró huir milagrosamente escabulléndose en la espesura del monte, entre arbus-tos y yuyos para evadir el asalto de las fuerzas enemigas, camuflándose con una frazada color verde musgo que le había tejido su mamá, Vicenta, frazada que él había tildado de horrible, pero que sin embargo, oración a Santa Evita me-

diente, salvó su vida. Tiempo después, emigró a Resistencia, gracias a la ayuda que le proveyó una noviecita tucumana que meses más tarde le disputaría en duelo el amor de éste a Federica, mi abuela. Ya en la capital chaqueña, el Pucho se estableció en la clandestinidad y fue albergado por el periodista Carlos Aguirre, un simpático cabezón que operaba en las sombras la logística de la organización Montonera en el nordeste argentino. En noviembre de mil novecientos setenta y seis fue capturado por un grupo comando a la salida de un local comercial al que había ido para comprar los anillos de compromiso para pedirle matrimonio a Federica, tal y como se lo había prometido a quien saliera victoriosa del duelo. En la cárcel pasé las peores, le diría muchos años después a su hija Matilda, cuando procuraba explicarle qué carajos era el peronismo luego de que ésta regresara llorando a los dieciséis o diecisiete años del colegio porque su maestra había afirmado en una clase de Historia que la guerrilla montonera simbolizaba la decadencia imberbe de la política argentina. En el ochenta y tres, con el retorno de la democracia, el Pucho sale en libertad y se reúne con Federica, exiliada en México. Allí

conocen al célebre escritor Miguel Ángel Molfino, ex activista del PRT – ERP, quien también fue preso durante la dictadura cívico militar. Entablan así una fraterna amistad y, en las largas noches aztecas minadas de tequila y tacos picantes, mantienen cruentos y memorables debates ideológicos sobre los desbarajustes de la lucha armada en la ya distante y nostálgica argentinidad setentista.

Despuntando la zoocracia menemista, el Pucho y Federica, junto a su niña Matilda regresan a la Argentina para radicarse definitivamente en la capital de Chaco. Juan Gelman vivía a la vuelta de nuestra casa en el Distrito Federal, se la pasaba comprando en un mercadito del barrio huevo, leche y mayonesa, la verdad es que no sé cuándo puta escribía. Kika y yo nos hartamos de verlo mariconear y nos volvimos, bromearía el Pucho sobre el poeta en una entrevista que concedió a un barbudo periodista local obsesionado con la Masacre de Margarita Belén, quien lo indagó al respecto haciendo particular hincapié en su cautiverio político. Por ese tiempo, el Pucho ya hacía docencia en una escuela del sur de la ciudad y junto

con Federica, desempleada, que no obstante se esmeraba cocinando tartas y empanadas y las vendía entre los vecinos del barrio, o ponía en práctica sus dotes de costurera con algunas changas, juntaban moneditas para llegar a fin de mes. Fueron épocas muy difíciles, culminaría el relato que le hizo la abuela Kika a Matilda, durante una extensa charla de revelaciones y confesiones, acontecida cuando ésta última acababa de cumplir veintitrés años y le confesara que esperaba un hijo de un tal Gonzalo Funes.

Por supuesto que la reacción de la abuela Federica y del mismo Renato fue de gran alegría al conocer la noticia de mi llegada al mundo. No podés hacernos más felices, dijo Kika estrechando contra el pecho a su hija. El Pucho Reinoso también se unió a la algarabía y por la noche destaparon un vino sabroso que compartieron en familia, discutiendo, como es habitual en estos casos, los nombres posibles. Al principio me iba a llamar Juan Carlos, por el Hippie, después lo pensaron mejor y creyeron conveniente que mi gracia respondiera a Federico, por la abuela Federica, claro. Pero Matilda resolvió

al final que mi nombre sería Fernando, Fernando Funes, en honor a mi bisabuelo el Matador Reinoso. Así lo motaron ni bien pisó Buenos Aires a fines de mil novecientos veinte cuatro luego de una travesía a vapor en el Gothland. Fiel al estilo enfático del linaje Reinoso, se agarró a las trompadas con un funcionario de migraciones, ya que éste quería reemplazar, rubricando en el libro de desembarco y expedientes, la *i* latina por la *y* griega del apellido. Fernando enfureció, agarró del cuello al desgraciado y empezó a zamarrearlo. Argentino cabronoide, poliputo, qué gilipolleces queréis hacedme, le gritaba Reinoso mientras el tipo exclamaba: Pará, gallego boludo. Y detrás de Fernando, otro español habría arengado: Pues dale por los cojones a ese gandido argentino, Matador.

Gonzalo Funes, mi padre, era un reverendo hijo de puta. No porque lo afirme yo, el hijo, claro está, que acaso puedo verme involucrado en sensaciones y sentimientos encontrados y por eso mismo parciales. No, nada de eso, sino más bien porque se presentaron a lo largo de su vida ciertas circunstancias fácticas que lo condujeron a tomar decisiones de hijo de puta,

que él había resuelto como un hijo de puta, decidiendo así ser un hijo de puta. Todavía me acuerdo la trompada que le revo-
leó el abuelo Pucho cuando, durante un almuerzo familiar de esos de fin de semana, menudo de confianza, Gonzalo tuvo la osadía de parlotear que a los montoneros, a los que quedaban, así dijo, a los que quedaban había que cortarles los huevos y colgarlos en picas en la plaza pública con un cartel que sindicara: Estos son los últimos huevos podridos. Por suerte aquella piña sólo alcanzó a rozarlo; de haberle acertado todavía andaría tras sus dientes diseminados por el suelo. No contento con esto, no habían pasado semanas y Gonzalo, que para entonces ya se la había jurado a su suegro, y éste a él, tuvo la brillante idea de aceptar un puesto de trabajo como secuaz de un dirigente menemista en ascenso, y que entre otras tareítas de coyuntura política tenía a su cargo una organización medio rara encargada de buscar e identificar ex guerrilleros y escracharlos en las puertas mismas de sus casas o a la entrada de sus trabajos o en donde mierda fuese que los ubicaran. Un mediodía que el Pucho salía minutos antes de un día normal de clases de la escuelita, hizo su aparición una bandita enca-

bezada por Gonzalo, que avanzaba ruidosamente por la callecita de tierra con bombos, pancartas y cánticos ofensivos de toda índole, ante la atenta mirada de los vecinos del barrio que todavía no entendían nada de lo que pasaba. Pucho lo divisó a lo lejos y se agarró la cabeza con ambas manos, embrocándose. A este hijo de puta lo reviento a piñas, refunfuñó y salió al ataque de frente sin más. Gonzalo, que siempre fue un cagón, azuzó a los diez o quince malandros que integraban su escuadrón para que fueran al choque. En medio de la estampida, Pucho sacó un uppercut demoledor sobre uno y cuyo tremando impacto repercutió de manera súbita sobre otros tres que venían detrás, volteándolos también. Gonzalo arengaba aventando su puño por los aires desde el fondo de la callecita, que ya se había constituido en un eventual campo de batalla. Otros cinco fueron a embestir al viejo Pucho, que escudriñó rápidamente a sus oponentes y observó que uno de ellos portaba una maza, se puso en guardia cubriéndose la cara con ambos puños a la altura de los ojos y sabiamente aguardó la embestida, que enseguida llegó con un chuzazo que pasó de largo gracias a una precisa técnica de defensa

que le había enseñado el Hippie Alsogaray durante sus años de guerrilla en el monte tucumano y que tomó por sorpresa a su agresor, y, luego de movimientos veloces y audaces con sus brazos y un golpe certero de su rodilla en la ingle, logró reducirlo y desarmarlo. Pero aún quedaban otros tantos que, sin darle respiro, fueron a su busca. Pucho volvió a encorvarse en posición de defensa pero no pudo evitar recibir dos puñetazos en el rostro. Hacía falta mucho más que dos mojaditas en la oreja para tumbar al viejo Pucho, sin embargo. Malditos demonios, gritó Pucho y se aventuró espartanamente contra la turba como un lobo enfurecido. Mientras, colegas docentes y pibes empezaron a salir del colegio en bandadas luego de que corriera el rumor de que el querido maestro era el principal protagonista de una escaramuza callejera. Rápidamente y sin pensarlo un segundo, maestros y estudiantes se pusieron a tono y comenzaron a brindar señales de aliento al son del canto popular de: Puuucho, Puuucho, Puuucho. El cariño de la gente dio renovadas fuerzas al ex montonero, que por alguna razón inesperada recordó aquel clásico animé *Mazinger Z* que durante los mediodías de los sábados solían mi-

rar con Kika y Matilda, y del cual eran seguidores capítulo a capítulo; recordó, en forma concreta y clara, las legendarias batallas en las que el gigante de hierro lanzaba sus puños como misiles contra sus enemigos, neutralizándolos. Con esa imagen, un cross voló y estalló de lleno en la jeta del sicario, reventando no sólo su nariz en un gran charco de chocolate sicodélico, sino también en un enardecido alborozo de gritos y aplausos. Uuuuhhh, se escuchó de fondo. El resto de la bandurria, espantada por la paliza que estaban recibiendo, huyó. Gonzalo masticaba su propia tirria, descolocado tras haber presenciado la masacre que su peor enemigo le había propinado a su infame organización. Al verlo desguarnecido, Pucho procuró salir corriendo tras él, pero los vecinos del barrio, los maestros y los chicos, de prisa se acercaron a abrazarlo y a laurearlo con afecto y devoción. Me vengaré, me vengaré, gritó Gonzalo y se lo vio desaparecer en la esquina. El vencedor, conmocionado y agitado, aunque con el pecho henchido de gozo, parecía un boxeador retirado a quien una humilde villa homenajeaba llena de felicidad.

MATILDA REINOSO y GONZALO FUNES. Todavía es difícil entender qué le vio Matilda Reinoso a Gonzalo Funes. Creo que ni ella sabría explicarlo muy bien. Quienes lo conocieron aseguran que el tipo era bien parecido, piantador, y que tenía una facha que hacía que las mujeres se mearan por él. La verdad es que me incomoda la imagen de Matilda meándose por él. No me lo creo. Y si por las dudas me lo creyera, la veo haciéndoselo arriba de su cabeza. Los que la han conocido en sus años de esplendor, aseguran que Matilda dolía de lo linda que era. Esos mismos dicen que Funes andaba detrás de ella con los ojos clavados a su falda. Un grupúsculo de vagos y atorrantes del barrio con los que Gonzalo se solía juntar, fueron testigos de su presunción tras el relato oral que supuestamente puso al descubierto cómo conquistó a Matilda blandiendo unos versos borgeanos:

Ya los ejércitos me cercan, las hordas.

(Esta habitación es irreal; ella no la ha visto.)

El nombre de una mujer me delata.

Me duele una mujer en todo el cuerpo.

Fue cuando empezó todo. Pero Funes tuvo que hacer mucho más que recordar un modesto romancero de *El Oro de los Tigres* para conquistar a Matilda. Fue así que una noche, resolute, se calzó sus mejores oxford y una camisa jersey alocada y sicodélica, y con una campera de cuero negro ajustadita y a tono enfiló para la discoteca Revolución Cero, donde cada sábado por la noche la jarana invadía a los espíritus adolescentes congregándolos en ese antro bajo el hipnotizante rugido country rock de Creedence Clearwater Revival. Aquel Funes y aquella Matilda ignoraban sin embargo que, a decir de Andrea Pérez Cristaldo, hasta el más nimio de los sucesos está custodiado por fuerzas extrañas, incognoscibles, que obedecen a reglas misteriosas del destino, si es que tal cosa existe, entonces el alineamiento de ciertas eventualidades, en determinados momentos de nuestras historias particulares, revela algunas de las piezas de que está constituido el universo y con las cuales los hombres, igual que un puzzle, arman las historias que los signarán para el resto de sus vidas. Y así fue que más allá de la convicción de un Funes que por esas épo-

cas tal vez no era tan hijo de puta, o no lo era todavía, y de la atracción que sentía por la bella Matilda, y de que esa noche acudió al antro sin más armas que la convicción de enamorarla, más allá de esto, decía, quiero dejar constancia con el relato de esta vertiginosa historia que, a decir de David Bowie, muy lejos estoy de creer en los amores modernos.

Todo ocurrió, decía, en la discoteca Revolución Cero. Funes acababa de llegar y se instaló en la barra jeteando con un trago de gintonic. Era temprano. El boliche todavía olía a la esencia de lavanda conque habían trapeado los pisos. Había comenzado a rodar Bad Moon Rising: ♪ I see the bad moon rising. / I see trouble on the way. / I see earthquakes and lightnin'. / I see bad times today ♪. Un grupo de minitas bailaban y se meneaban jocosas en una esquina en penumbras y sucesivas y continuas ráfagas de luces multicolores estallaban en sus piernas. Al otro lado de la pista, unos tipitos, cinco o seis, se entretenían haciendo comentarios de machos, con los ojos deslizándose a través de esas carreteras femeninas. Hambrienta de fiesta, la boca de la noche empezaba a tragar-

se a sus insomnes diablos, hundiéndolos hasta el fondo de su estómago; la pista de baile se llenó en poco más de media hora. Entre ese turbión, llegó Matilda con algunas amigas de paso. Funes, que iba por su tercer gintonic, encendió un *Particulares 30* y la trazó con los ojos desde la barra entre el mar de cabezas moviéndose como olas caóticas hacia uno y otro costado. Pero, como ya advertía el clásico de John Fogerty, aquella noche mejor no hubieran salido de casa: había luna mala y estaba bien en lo alto.

Los ojos de Matilda, lo mismo que los de Pucho Reinoso, parecían pasearse por su cara como dos cielos minúsculos. Si tenía un parecido, ése era con la actriz australiana Naomi Watts. Pero por esos años su estrellato hollywoodense ni asomaba ni existía; de forma tal que ni Matilda ni Gonzalo hubieran tenido idea de lo que hablo. Sigo. Como armándose de coraje, Gonzalo Funes aplastó su peinado engominado con ambas manos y se arrojó a la mar de gente a su busca. El último coletazo de Hotel California lo animó aún más: ♪ You can check out any time you like. / But you can never leave ♪.

Abriéndose paso entre minitas y tipos obnubilados con aquellos acordes, llegó hasta una zona cercana a los baños, donde Matilda y sus amigas cuchicheaban. Funes no podía sacarle los ojos de encima. Matilda lo reconoció enseguida, dibujó una sonrisita e hizo un comentario al oído a una de sus compinches. Funes metió la mano en uno de los bolsillos internos de su chaqueta de cuero y sacó una margarita y la alzó a la altura de su pecho. Naomi Watts avanzó hacia Funes ni bien éste hizo su galantería. Boludo, le dijo a Funes un chalado que pasó a su lado bamboleándose con un vaso de cerveza al tope. No le hagas caso, comentó Matilda y enseguida preguntó si la flor era para ella. Funes asintió y extendió su brazo con la margarita en la mano. Ella la tomó y él dio un paso hacia adelante y la miró a los ojos y pensó que estaba en el cielo y le dijo que era tan linda que dolía e intentó sin medias vueltas embocarle un beso. Matilda corrió la boca, la cara. No te apures, dijo, todo a su tiempo. La voz de Lou Reed irrumpió con Run Run Run: 🎵 Teenage Mary said to Uncle Dave. / I sold my soul, must be saved. / Gonna take a walk down to Union Square. / You never know who you're gonna

find there 🎵. Tras el retrato amoroso: Bang. Bang. Bang. Pendejos de mierda, se terminó la joda, tronó un vozarrón después de los disparos.

Eran unos cincuenta o sesenta policías que coparon el tugurio. Nadie entendía nada. Estalló un griterío. Todos contra la pared, mierda, ordenó un petiso bigotudo, calzado con un revólver que revoleaba todo el tiempo para todos lados dando indicaciones al resto de los uniformados y chupando un cigarrillo 43/70 sin encender. Manga de vagos, todos contra la pared mierda dije, machacó otra vez. Qué pasa oficial, osó preguntar un pibe. Que qué pasa, que qué pasa, oiga lo que pregunta este tagarna, cabo Gutiérrez, ironizó el gordo dirigiéndose a un flaco alto que cacheaba muy risueño a una reconocida modelo del ámbito. Pasa que acá las preguntas las hago yo, gritó y le ensartó el caño de la pistola en la boca destrozándole la dentadura. Entendiste, dijo. El pibe asintió lloriqueando. El resto de la yuta seguía palpando al gentío, exigiendo exhiban los deneí. A los que no tenían identificación, los iban ordenando en fila a un lado de la pista, y a la

otra tanda frente a éstos. La cosa se está poniendo jodida, susurró Funes a Matilda. Y preguntó: Trajiste tu documento. No, dijo Matilda: Y vos. Tampoco. Bueno, basta de cháchara, bramó el gordo desde la barra, donde se había mandado a servir unas pintas de cerveza para refrescar su garganta y la de sus subordinados. Y, después de beberse un trago largo y sacarse la boca con la manga de la camisa, dijo: A ver, quién es el que está poniendo la música. Yo, dijo un pelotudo indocumentado, y levantó tímidamente la mano desde aquella fila. Vení para acá, dijo el gordito con tonito cuartelero que, viéndolo así, era una réplica idéntica de una petaca *Old Smuggler*. Así que vos sos el gil, comentó. Sí, señor, yo soy el gil, bisbiseó el chabón. Hable alto y fuerte, tagarna, parece un marica. Sí, señor, yo soy el gil que pone la música, gritó. Muy bien, dijo el jefe y agregó: Andá y hacé girar una de Palito Ortega. Qué, cómo. Lo que escuchaste. Uy, sí, Palito, como usted diga, señor. El disc jockey se apersonó en la cabina, examinó entre su estantería y enseguida encontró el LP del tucumano. Y así arrancó el raqueteo de la guitarra: ♪ Antes que nunca estuve, así enamorado. / Ni sentí jamás, esa sensación. / La

gente en las calles, parece más buena. / Todo es diferente gracias al amor 🎵. Muchachos, agárrense la hembra que mejor les plazca, hay dos para cada uno por lo menos. Y que siga la fiesta, dale power, agitó *Old Smuggler* a sus agentes. También instruyó que los boludos indocumentados regresaran contra la pared y permanecieran allí, mientras que los otros, en su mayoría pendejos, vagos, lacras, dijo, debían buscarse pareja y bailar entre ellos como mariquitas. Y al que se quiera hacer el mocito, le reventamos el orto a patadas, está claro, anunció retórico y, haciendo un paneo entre las minitas que tenía frente a él, fue a buscar justo a Matilda.

La puta que lo parió, trino Funes. *Old Smuggler* se la comía con los ojos. E iba hacia ella. Me lo parto al medio a este gordo paquete de yerba, habría murmurado Gonzalo. Señor, este tagarna dice que no va a bailar con un hombre, dice que no es un marica, sopló el mismo flaco que había manoseado a la modelo. El boss enfureció: Dígame quién es el insurrecto, agente Gutiérrez. Es éste, señor, botoneó apuntando a un rubiecito. El gordo pareció olvidar por un momento a Matilda

y, sacando la cachiporra que colgaba de su cintura, salió volando a zurrar al gallito. Pero el gallito se avivó y mientras este Gutiérrez boludeaba logró arrebatarle el revólver y entró a meter balas en todas direcciones donde encontrara un tipo vestido de azul. El cabo Gutiérrez cayó muerto de varios disparos en la cabeza. Se armó una hecatombe. Subversivo, subversivo, gritó el gordo ya arrojado en los suelos de la pista, sujetándose la gorra con una mano y con la otra intentando sacar su pistola. Un grupo reducido de azules se ocultó detrás de la barra. La gente empezó a gritar y a correr por todos lados; el boliche parecía un hormiguero recién aplastado por un Pie Grande. Gonzalo, por acá, dijo Matilda agarrándole la mano con la suya como una tenaza y lo arrastró hasta el baño de damas. Trancaron la puerta. Matilda lo empujó contra la pared y comenzó a besarlo en la boca primero y después alrededor del cuello. Funes no entendía nada. Qué pasa, preguntó. Matilda dijo que le excitaban las situaciones límites, de anarquía. Diablos, sí, sí, sí, dijo Funes levantándole la pollera y presionando sus dedos contra las nalgas del culo como si estuviese a punto de devorarse un exquisito budín de pan.

Matilda le bajó el cierre del jean y apretó con la mano su pija gorda y erecta. Se la puso. Hasta adentro bien adentro se la puso. Del otro lado de la puerta, el gordo *Old Smuggler* mandó perseguir a los subversivos que habían huido. Que eran poco menos de la mitad, ya que en el medio del remolino de confusión y balacera los azules habían logrado mantener a una tanda cautiva adentro del tugurio. El resto, como dije, huyó. Cuando don Brunildo se entere de esto, me mata, habría dicho el paquete de yerba. Después de la cogida, mamá y papá se escaparon por la ventana del baño, que daba al patio de Revolución Cero, y éste a la calle. He aquí la historia de mi origen.

Cuando lo vi por primera vez, no recuerdo en qué película, me dije que el actor Ron Perlman era igual a Gonzalo Funes, nada más que en versión morocho. Sí, una versión autóctona del intérprete de monstruos del cine yanqui. No me acuerdo cuántos años tenía, quizá unos dieciséis o diecisiete años, pero sí lo tengo bien presente porque fue el tiempo en que Romina ya empezaba a joder con sus películas de terror y

aunque todavía no se había afianzado su pasión por ese género, mencionó cómo la cautivó una interpretación de villano que hizo Perlman en no sé qué film que al final alcancé a ver y sí, en efecto, el tipo se parecía a Gonzalo. Creo también habérselo comentado alguna vez a Matilda pero no me dio ni cinco de bolillas. Bueno, en realidad a quién le importa que Ron Perlman se parezca a Funes padre, ya ven que sólo al autor de este libro, pues ni siquiera la madre del protagonista se inmutó, en fin.

Como dije, mi llegada al mundo fue de lo mejor. El abuelo Pucho y la abuela Kika reventaron de alegría a pesar de que, decían, el Funes ese no les terminaba de cerrar del todo. Es el hombre que nuestra hijita eligió, hay que respetar su decisión, solía regañar Kika a Pucho, ante su insistencia de acusar al muchacho de inconsciente por formar parte de un complot neoliberal contra el país. Sería el despertar de un lazo familiar virulento; por lo menos durante el tiempo que duró se llevaron entre bien y más o menos bien, y fue porque Kika se lo pidió encarecidamente, hasta que a Funes se le ocurrió fanfa-

rronear con aquello de colgar los huevos de los montoneros en la plaza pública. Ahí sí que se pudrió todo. La cosa, como ya se sabe, terminó mal. Tras el episodio de la escuelita, adonde el Pucho les dio una paliza de antología a esos matones, Funes, ante el bochorno que significó para él la derrota, decidió que lo mejor para nosotros, para Matilda y para mí, era propiciar un cambio sustancial en nuestras vidas y fue así que durante cinco años y medio o seis nos la pasamos viajando hacia el sur, a través de una ruta especialmente trazada por el menemista y que abarcó las ciudades de Rosario, Buenos Aires, Santa Rosa, Viedma, Rawson, Río Gallegos y Ushuaia. Sucede que íbamos huyendo de toda la gente que acusaba a Gonzalo de que los perfumes multifrutales que vendía sacaban ampollas y ronchas y encima provocaban fiebre después de echártelo sobre la piel. Tal vez no lo hacía a propósito, o lo ignoraba, no sé, pero vaya que esas colonias eran un espanto. Una desenamorada Matilda revelaría algunos meses más tarde (durante una de esas sesiones de terapia para mascotas a las que concurría una vez por semana junto a su caniche To-

to), que ni siquiera el mismo Gonzalo podría haber sido más desgraciado que el olor de aquellas lociones.

Sin embargo, Gonzalo desarrolló una obsesión enfermiza por esos perfumes multifrutales, tenía la loca idea de que se volvería millonario estableciendo sucursales de venta en todo el país y no quería deshacerse de ellos. Matilda se lo reclamaba todos los días hasta que un día se cansó y decidió agarrar su hijo, sus cosas y mandarse mudar. Finalmente, unos años después Funes renunció a esa aventura inútil y reanudó, por decirlo de alguna forma, su carrera política, cooptado por un senador (como no podía ser de otra manera) menemista. Proyectó su carrera en Buenos Aires, pasó sin pena ni gloria por una banca en diputados por la Ciudad Autónoma, se casó con una empresaria de los negocios de fiambres y tuvo dos hijos. De él, no se supo más.

Tenía unos siete u ocho años cuando Matilda volvió conmigo a Resistencia. El Pucho la obligó a terminar la carrea de Derecho que había interrumpido a causa de las peripecias de

Funes. Terminá la facultad que nosotros nos ocupamos del pibe, le dijo el Pucho ni bien Matilda colocó las valijas en el umbral de casa. Vivíamos sobre la avenida Nueve de Julio, entre las calles cinco y seis, y de esos años atesoro los mejores recuerdos de mi infancia: un puñado de amigos con quienes por las siestas fastidiábamos a los vecinos jugando a la pelota en la calle, una noviecita, Julia, que tenía los ojos verdes más hermosos del mundo, un par de mundiales sufriendo la camiseta argentina con el Pucho, sus espectaculares asados los fines de semana, los jugosos estofados y guisos de Kika, el perro Sandi y el gato Poroto y el pájaro Luchino, mis muñecos de *Mazinger Z* y *He-Man*, mis libros de Poe. Algún tiempo después de que Matilda obtuvo su título de abogada, empezó a trabajar en un estudio y a ganar algún dinero, Kika enfermó y falleció repentinamente. Antes de morir, reveló a Matilda que en sueños veía una casa en Isla del Cerrito, con un patio verde y grande, donde todas las mañanas la esperaban su mamá y su papá. El Pucho guardó silencio durante varios días. No recuerdo haberlo visto llorar; pero esos ojos sí que lo perdieron todo desde aquel día, esos ojos azules que

otrora se paseaban por su cara, se habían esfumado, simplemente ya no estaban, se habían ido para siempre. Matilda quedó al cuidado de Toto, el caniche que le había regalado el Pucho a la abuela para su último cumpleaños. Fue más o menos la época en que Matilda empezó a darle especial atención a ese animal, a tratarlo como si fuera uno de nosotros, uno más de la familia, igual cariño recibieron las mascotas que vinieron después: los felinos Samanta y Bety, los tordos Virtudes y Caridad, la novia de Toto, Tota, y sus cachorros Tati, Tito y Tato. La familia sigue creciendo, le decía Matilda al Pucho cada vez que llegaba a casa con un animal nuevo, y yo quiero pensar que la sonrisa que se estiraba en la cara del abuelo era porque con ellos volvía un poquito de la alegría que había perdido.

ANDREA PÉREZ CRISTALDO. Era una puta fantástica y bellísima y parecida a Bárbara Steele en la película *La Maschera del Demonio* de Mario Bravo. Porruda y de cabellos oscurísimos, de ojos grandes y tremendos, de boca pequeña y

exquisita. Habíamos encontrado su particular semejanza con la actriz inglesa cierto fin de semana de frío y lluvia que nos amuchamos en mi departamento junto a ella y Romina para mirar películas. Aunque, si algo teníamos en común por aquellos años, eran justamente esos rituales que los practicábamos casi como una militancia partidaria; sábados por las noches, entre pizzas, cervezas, porros y películas de terror (que siempre elegía Romina), nos la pasábamos toda la madrugada de lo más relajados, libres y felices en ese mundillo de treinta y cuatro metros cuadrados. Por suerte, ninguno de nosotros tenía más preocupación que pasarla bien, no nos importaba otra cosa que estar y compartir un buen rato y de hecho lo hicimos hasta que pudimos, hasta que no nos quedó otra que salir a buscar un trabajo. De la tríada, Andrea fue siempre la más escéptica, creía y lo repetía con frecuencia que el mundo no era más que un gran show montado para nuestro entretenimiento. Sabio es el que se contenta con el espectáculo del mundo, sostuvo un poeta y Andrea se presentaba como la más digna de honrar la máxima. Era una filosofía de vida bastante sencilla de entender y para explicarla

Andrea te pasaba el diario del día y te obligaba a que lo leyeras, o encendía la tévé y te obligaba a mirar los noticieros, y después te decía: deberías ponerte contento, no hay nada que podamos hacer. Sin embargo, para llegar a tales conclusiones, para comprender la magnitud y la intensidad que palpitaban en el corazón de dicha cosmovisión, debió primero atravesar por un calvario ideado por ella misma, con el propósito, fundamentó, de experimentar por su cuero la tragedia de la soledad y la nada misma.

Así, Andrea llevó al extremo su filosofía, si es que podía llamársele así, y resolvió llevar adelante una empresa que probaría que tenía razón, que estaba en lo cierto, que no se equivocaba. Estoy harta, dijo, cansada de todo y de todos. Incluso dijo que estaba cansada de nosotros, de Romina y de mí, y que necesitaba un tiempo a solas, consigo misma, aseguró. Decidió pues encerrarse un mes entero en su habitación, sin sus portales de internet de rock favoritos; sin su serie de tévé *From The Basement Sessions*; sin su documental *Patti Smith: Dream of Life*, el cual había visto al menos una docena de

veces y no se cansaba y lo seguía mirando cada vez que podía; sin su libro preferido de Sam Shepard, *Rolling Thunder: con Bob Dylan en la carretera*; sin su toco de revistas *Rolling Stones*; sin sus variados discos de Róisín Murphy, Keren Ann, Beth Orton, Sophie Zelmani, Feist, Sarah Blasko, Heather Nova, Emiliana Torrini, Lou Rhodes, Hello Saferide, Tobias Fröberg, Britta Persson, Astrid Swan, Oh Laura, Laleh, Coralie Clément, Tanya Donnelly, Neko Case, Allison Goldfrapp, Cat Power; sin su guitarra electroacústica *Fender*; sin el reparto de machos engomados a la pared que durante años se había tirado y sin los afiches de nuestros films preferidos, sin su Cubo de Rubik, sin su colección de cajitas de cigarrillo, en fin, sólo la cama, una mesita de luz, algunas ropas y sin otra cosa que lo necesario para abastecer su cuerpecito con alguna bebida y comida y yendo de vez en cuando al baño. Amén de eso, solita ella y su alma en esa pieza se la pasó treinta días sin hacer absolutamente nada más que permanecer acostada o sentada soñando o pensando quién sabe qué, para que luego de ese período llamara por teléfono a Romina y le dijera: Bueno, ya está, eso fue todo. Pero contá-

me qué pasó, me dijo que le preguntó Romina y después me dijo Romina que le contestó Andrea: nada. No pasó nada.

No hacer nada, así como hice yo durante un mes en una habitación encerrada, es igual a observar el espectáculo del mundo, porque no te causa ni te dice nada, sólo te hace más sabio, por eso es que a las cosas, a todas las que se te ocurran, hay que hacerlas por nada, incluso cuando nunca hagas nada, incluso si haciendo nada te parece que hacés algo más que nada², deliberó Andrea mientras compartíamos junto a Romina un vino delicioso en un tugurio céntrico, para celebrar el éxito rotundo de su experimento. Esa noche bebimos hasta bien entrada la madrugada. Andrea entró a cruzar miradas con un viejo conocido nuestro, un músico imberbe al que Romina y yo detestábamos, más por las letras inconexas y surrealistas de sus canciones que por su afán de imitar a Jack White. A pesar de que intentamos disuadirla, Andrea se empecinó en

² Andrea siempre deseó, de alguna manera, experimentar en carne propia aquella máxima del heterónimo del poeta Pessoa, Ricardo Reis, quien supo sostener: Sabio es el que se contenta con el espectáculo del mundo. Lo hizo, y lo muy bien.

levantárselo al tipo y así hizo casi como si agarra un chocolate del mostrador de un quiosco y guardándoselo en el bolsillo se marchó para su departamento, donde lo saboreó por el resto de la noche. Romina y yo quedamos indignados, pero ya conocíamos sus menesteres sensuales y sexuales, y enseguida se nos pasó la bronca charlando sobre esto y sobre aquello y aquello otro y así también fue paseándose la noche sobre nuestras cabezas y la invité a casa a fumarnos un porro y mientras nos ambientábamos con algún disco de Laura Marling, destapamos otra botella de vino, volvimos a brindar esta vez a la salud de Andrea y el falso White y bebimos y bailamos hasta desplomarnos en el piso como muñecos rotos y ya deteriorados nos miramos desde allá abajo y yo le dije sin saber bien por qué si quería quedarse a vivir conmigo para siempre y ella dijo simplemente que sí.

Se puso como loca. Dijo que éramos unos inconscientes, unos desgraciados hijos de puta y traidores, que nunca debió haberlos dejado solos, que cómo podíamos hacerle esto a ella, que cómo podíamos. Romina procuró primero calmarla y

después ponerla en su lugar pero al final Andrea se marchó incontrolable, abrumada, llorando y lanzando gritos por todas partes. Sin saber por qué ni entender muy bien por qué, Andrea se fue.

No solo se negaba a darnos razones cabales de por qué le molestaba que Romina y yo hubiéramos tomado la decisión de vivir juntos, sino que llegó incluso a retirarnos la palabra y de hecho lo último que dijo nos lo dijo una noche en que Romina y yo compartíamos unas cervezas con amigos en un tugurio, ella, Andrea, que también estaba ahí, luego de reparar en nuestra presencia, se acercó a la mesa y a los gritos, removiendo por los aires su dedito inquisidor, exclamó: Funes, ella no es para vos. Y así lo comprobé por mi cuero días más tarde. Andrea era así, su carácter podría resumirse en un copete de la sección espectáculos de un diario: impulsiva, energética, apasionada y arrebatada, la guitarrista y vocalista sensación de estos últimos tiempos, Andrea Pérez Cristaldo, entrega su vida a la prédica de un existencialismo del rock, renovado y exquisito. No le hace falta poner un rostro mustio

y atribulado como el que tenía Sartre para comprender que el poder movilizador y profundo de la Nada puede expresarse con una simple sonrisa al son del estribillo de: 🎵 La libertad es sólo otra palabra para nada que perder. / Nada, bueno, no nada cariño, si no es libre, sí... 🎵³, como dice en una de sus canciones más populares e influyentes y que causa furor entre sus fans. Quizá por tal razón, ésa de que qué más da, si igual el futuro no es más que amasar el *ahora*, el presente, días antes de que aconteciera la sesión de espiritismo del gobernador, se mandó nomás para casa y de buenas a primeras me reveló que le había confesado a Romina que estaba enamorada de mí. Y se lo había dicho todo. Le había contado todo lo nuestro mientras Romina soñaba con una vida nueva en Córdoba. Se lo había dicho todo e incluso le rogó de rodillas que no se fuera, así me lo contó: le pedí por favor, por favor que no se fuera, que éste era el lugar donde los tres debíamos permanecer juntos, unidos e invencibles a pesar de todo, co-

³ Extraño parecido tiene la letra de esta canción a la de Bobby Mc Gee, de Janis Joplin. Siempre se lo dije a Andrea, pero ella me decía que no, que se le había ocurrido durante los días en que estuvo encerrada en su habitación. Jamás se lo creí. No del todo, al menos.

mo hemos actuado siempre sin que nos importe otra cosa que la Nada de ese amor que pregonamos y que nos hace fuertes ante el jodido mundo que nos rodea. Al final, Andrea se echó sobre mí lloriqueando como un bebito. Era la primera vez que la veía así, tan extraviada, tan huérfana. Pero no sé si la abracé y la besé por eso; no creo que haya sido por eso, al menos no únicamente por eso.

ROMINA GARIBALDI. Siempre dijo que era parecida al famoso óleo de Pieter Brueghel el Viejo, *El Triunfo de la Muerte*, pintado allá por el mil quinientos y pico. Y puede que tuviera razón: todo ella era un caos, una batalla de fuerzas oscuras y vívidas y opuestas y más todavía cuando resultaba casi épico verla padecer en el propio campo de exterminio que al final de sus rabietas iba armando para matar a las mismas pasiones que se habían originado en su corazón y a las que en un principio decía serle fieles. Amaba todas las películas de George A. Romero con la misma intensidad con que se regodeaba mirando los muertos destripados tirados a

un costado de la ruta luego de algún fatal accidente de tránsito, que en repetidas y constantes tandas suelen pasar los noticieros amarillos. Pero si había una cosa que a Romina le gustaba era plantarse frente a la televisión y mirarse una y otra vez *Night of the Living Dead*. No sé qué diablos tenía aquella película que se la tragaba tanto. Se embelesaba a mares con aquéllos zombis como con todo film que abordara ese género y por supuesto toda la resaca que ese fanatismo echaba encima: series y documentales de tevé, revistas, libros, cuadros y afiches colgados en la pared (sobre todo en el departamento de Andrea), y, siempre que podía: interminables búsquedas en internet. Ya vengo, dijo una tarde de sábado, y volvió a casa del videoclub con una sonrisa gigante y una docena de películas de muertos vivos; la vida no nos alcanzó para verlas a todas. A mí me deleitaba mucho sin embargo verla obsesionada con todo eso, aunque creo que en el fondo lo que la jodía en verdad era la muerte, no como si le temiera, sino como si realmente la anhelara y no supiera cómo hacer para meterse tan profundo dentro de esa manía, tan profundo que pudiera contemplar qué cosa hay ahí dentro. En la muerte.

Una vez Romina me dijo que escribió acerca de a su muerte. O de La Muerte: tengo una fe desmedida, desproporcionada y locamente exagerada como la de un pobre cristiano pero en las antípodas, que tras mi muerte no habrá siquiera un puto fósforo para encender una luz que alumbre mi nariz. Es la única razón por la que junto fuerzas y me levanto cada día y le pongo mis ojos bien abiertos al mundo en que estoy y lo miro rabiosa y exultante de felicidad le grito: si supieras vos para qué mierda estoy viva.

La convivencia no fue lo que ambos esperábamos. Quiero decir que no fue del todo feliz. Bueno, sí, es verdad, no fue feliz. Romina cursaba su último año en la facultad de Medicina, en unos pocos meses más obtendría su título y de lo único que hablaba, cuando no estaba estudiando, era de mandarse a mudar, decía, de este pueblo roñoso. Funes, vamos a irnos tan lejos, tan lejos, que olvidaremos cómo volver, me dijo un par de semanas antes de que Andrea le confesara que estaba enamorada de mí. Estaba muy entusiasmada con que

nos fuéramos a vivir a otro lugar, a otra ciudad. Incluso ya tenía en mente dónde y cómo lo íbamos a hacer. Dijo que en Córdoba yo podría desarrollar mi tarea de escritor con más comodidad, que podría tomarme un semestre entero para escribir una novela de misterio, mientras ella trabajaba, por las mañanas en el Hospital, en un puesto que conseguiría en la guardia gracias a un amigo doctor, y por las tardes, con un préstamo que aceptaría de su padre, en un modesto consultorio médico que inauguraríamos, en plural, así dijo, que inauguraríamos más o menos tres meses después de instalarnos en esa polis. Para mí, todo era genial, si bien me parecía algo apresurado, no cabían dudas de que era el sueño de todo escritor. Nos imaginé a mí y a mi computadora portátil, en un estudio de trabajo repleto de libros, frente a una gran ventana con vista a la calle, pensando en esa historia, en esa gran historia que jamás se me ocurrió. E imaginé además a Romina regalándome un beso suave y tierno en la mejilla cada mañana, bien temprano antes de partir al Hospital, y preguntándome con una sonrisa luminosa: y, cómo va esa novela.

Pero los sueños, por muy lindos que parezcan, tarde o temprano, siempre terminan por mostrarnos su peor cara: la vigilia. Y la vigilia es el golpe, el instante justo en que uno abre los ojos y se choca con la realidad. Y la realidad es el dolor del golpe, lo visceral, lo que por lo general no queremos ver. Y lo que yo no quería ver era lo que Romina me mostraba: el departamento en Córdoba, su trabajo en el Hospital, en su clínica privada, mi vida perfecta de escritor mantenido imaginando una novela que jamás iba a poder escribir simplemente por una razón, por una única y muy sencilla razón: soy un pésimo escritor. Cuando le comenté a Romina estos pensamientos se molestó mucho conmigo. Me dijo que yo no podía andar diciendo por ahí que era un pésimo escritor sólo porque yo creía que lo era. Además, no podés ser tan cagón, me dijo: si me querés, si de verdad me amas, no podés decirme que no lo vas a intentar.

Así, empecé a hacerme la idea de que a nuestro futuro no lo construiríamos en Resistencia. Romina, obvio, feliz. Parecía vivir más allá que acá. Todos los días llamaba por teléfono a

una agencia de alquiler diferente, escribía correos electrónicos a su amigo médico, charlaba con su padre sobre el bendito préstamo y, sin falta, durante los almuerzos o cenas, hacía algún comentario al respecto. A mí me gustaba verla así de entusiasmada. Empero, en el fondo empecé a oír toda clase de ruiditos que subían hasta mi cabeza desde alguna parte y que luego se transformaron en murmullos y más tarde en voces, que si bien no alcanzaba a escuchar con claridad, estaba casi seguro que querían comunicarme que algo no estaba bien, que algo no andaba bien, que yo, en definitiva, no me sentía a gusto. Sobre todo cuando Romina empezó a hablar de hijos. Te imaginás, comentó, y yo sólo pude esbozar una sonrisa vacía.

Fue como si aquella pintura de *El Triunfo de la Muerte* comenzara a borrarse a medida que Romina imaginaba nuestras vidas en Córdoba, como si estuviéramos a punto de empacar para partir a la Isla de la Felicidad. O peor: me dio la impresión que los muertos de Brueghel el Viejo empezaban a perder la batalla, como si en forma súbita e inesperada, igual que

en un partido de fútbol, un veloz desborde cerca del área grande del equipo de La Muerte culminara con un preciso centro a la cabeza de un aguerrido nueve que saltó bien alto por encima de los esqueléticos defensores y éstos sólo pudieron girar la calavera hacia el arco para verla picando detrás de la línea de gol. La Vida empataba el partido. Romina dejaba de ser aquel óleo aterrador, o comenzaba a dejar de serlo, no sé. Lo cierto era que esa transformación lo cambió todo, incluso, y quizá fue esto lo que más me abrumó, ya no alquilaba películas de muertos vivos. Y todavía faltaba la definición, el tiempo de descuento.

Y el tiempo de descuento es, como se sabe, vertiginoso. Si al partido no se lo gana durante los noventa minutos, después todo puede pasar; la moneda es la que echa la suerte y todo es cuestión de quien resista más, de quien sepa esperar el momento oportuno para poner la pelota en el campo contrario. Aunque ni eso, porque, como se sabe, la moneda cae del lado que al Dios Azar se le dé la gana. Y el Dios Azar tenía puesta la camiseta de Romina desde que ella empató el juego; nada

iba a cambiar lo que venía. Como mucho, pensaba, podía llevar el partido hasta los penales, pero sólo se trataba de prolongar la agonía, el triunfo sería de ella tarde o temprano, por más que se lo dijera, como lo hice, que ella ya no era la misma persona que yo había conocido y que en cambio yo sí lo seguía siendo y que a pesar de lo irresistiblemente pintoresco que pudiera resultar esa vida juntos en Córdoba, los escritores, por muy malo que seamos, como es mi caso, no podemos siquiera permitirnos imaginar un futuro así, así de dichoso, pues de hacerlo estaríamos a un paso de la victoria, a un paso de pegarle un zurdazo a la pelota y salir a gritar el gol con la certeza de que ésta ya se metió adentro, en el fondo del arco, y eso es muy malo, es en verdad muy malo porque, como se sabe, los escritores no vinimos a ganar, vinimos a mostrar del mundo lo peor de él.

Entonces: Qué pensás hacer, me preguntó de mala gana. Le dije que nada, que haría lo mismo que intentaba hacer cada día: tratar de conquistar el mundo. Se enojó. Vaya si se enojó que hasta dijo que yo, igual que el ratoncito Cerebro, era de-

masiado chiquito para el mundo y que, con suerte, alcanzaría a conquistar mi habitación y que además era un incapaz y un inmaduro, y al final la remató pegando un portazo y gritando que no quería volver a verme nunca más y que siga soñando, total, deslizó con indiferencia, los cagones siempre tienen un mundo imaginario al cual acudir mientras el resto de la gente normal (así dijo, gente normal) está tratando de ganarse la vida.

Esa noche escribí pensando en Romina. Tal vez no pensando en ella, precisamente. Más bien era su idea de partir la que me atormentaba y la razón por la que decidí alejarme de su lado. La palabra olvido como sinónimo de partir, de dejar atrás a algo o a alguien, así, en los términos en que ella lo planteaba, me llenaba de angustia. Por qué diantre cambiaría Córdoba por Resistencia. Por qué abandonaría al abuelo Pucho, a Matilda, que eran acaso lo único que me retenían en una ciudad envilecida; porque si había un motivo para dejarlo todo ése era Resistencia, y en eso Romina tenía razón. Tenía toda la razón. Sobre todo porque yo siempre detesté esta ciu-

dad, desde muy chico, ya ni recuerdo desde cuándo; no importa. El hecho es que aprendí a odiarla y había acumulado tanto odio hacia ella que, cuando quise acordarme por qué (a razón del encontronazo con Romina y toda esta discusión alrededor de una vida, juntos, en Córdoba), lo había olvidado. Y es que cuando pasa mucho tiempo y guardaste tanto rencor adentro sin hacer nada con él, luego estás demasiado solo, demasiado lúcidamente vencido como para hacer algo con todo eso. Imaginé, pues, como si en verdad pudiera, que lo olvidaba todo. Que lo olvidaba todo y que sin más cosa que ese olvido mi destino me esperaba en otro lugar. Y salió esto:

Olvidar la mañana fría en que abro los ojos hasta el techo. Olvidar cepillar mis dientes y arroparme. Olvidar mi desayuno tendido sobre la mesa. Olvidar las llaves y el teléfono celular. Mis apuntes y mis lápices. Olvidar el camino al trabajo y la tediosa obligación de asistirle a mi responsabilidad ese olvido. Olvidar los titulares truculentos de los diarios. La cara aguada de mi jefe. De mis compañeros de trabajo. Olvidar el sol del mediodía. Olvidar: comer, beber, fumar, hablar,

callar, doler, sentir, leer, imaginar, mentir, pensar, fracasar, sangrar. Olvidar todo eso, olvidar. La noche apagándose en mi sombra. La soledad de mis noches cogiéndose a esa sombra. El sueño que no seré. La victoria que no gozaré. Olvidar el tiempo que de un tirón olvidé. Olvidarlo todo, incluso la memoria de mis nombres, de mis padres, de mis abuelos y de estos pasados que hicieron de mí el que soy. Olvidar las calles y las plazas. La ciudad. La gente. Todo. Olvidar volver a casa. Tan lejos, que olvidar volver.

Hemos vivido en los bares y bailamos en las mesas.

*Hoteles, trenes y barcos que navegan. Nadamos
con los tiburones, y volamos con aviones en el aire.*

CHARLYN CHAN MARSHALL

FERNANDO FUNES, YO. No sé por qué las cosas y las personas siempre me resultan parecidas a algo o a alguien. Dejé de referenciarlo todo, me dijo Romina un diecisiete de enero, me acuerdo porque ese día era el día de su cumpleaños, me acuerdo que entramos a una disquería, le había prometido que

le obsequiaría un disco, aunque siendo franco había perdido una apuesta con ella y tenía que comprárselo de todos modos. Y la verdad es que yo no lo había notado hasta ese momento en que me lo reclamó. Pero sí, Garibaldi andaba en lo cierto, yo tengo una evidente inclinación por referenciar o comparar cosas y personas, por lo general, con actores de cine y artistas de rock. Fue cuando Romina me recordó que una vez le dije que la encontraba casi igualita a Charlyn Chan Marshall. Te parece que me parezca a Cat Power, me preguntó. Definitivamente, le dije agarrando de la batea *Dark End Of The Street*, mirá, sólo te falta el flequillo lluvioso que tiene ella. Hmmm, pensó llevándose el dedo índice a la pera y observando la portada del disco. Puede que tengas razón, me lo llevo. Salimos de la tienda, Romina llevaba el CD en una mano y en la otra la mía. Me hizo cruzar la calle, tomando la delantera y entramos a una peluquería que había por ahí, se sentó en la butaca y le dijo a la peluquera: Quiero que me hagas el flequillo como a Cat Power. Como a quién, exclamó la mina frunciendo el ceño. Como a Cat Power, le respondió

con naturalidad mostrándole la imagen del disco. Ah, ah, bueno, asintió, y entró a meter tijera en sus cabellos.

Y vos, me preguntó Romina: Y vos a quién te pareces. Y la verdad es que no sé, nunca lo pensé, le dije: Una vez un amigo me dijo que me parezco a un escritor ruso que se suicidó de un disparo al corazón, se llama Vladímir Maiakovski, pero no sé. Lo tenés, le pregunté. A quién, dijo, al Maiakovski ése... No. Buscá en internet y te aparecen enseguida fotos de él, comenté. Romina se levantó de la cama y fue hasta la computadora. Sí, es cierto. Me acerqué al monitor, observé la imagen que había encontrado junto a ella y dije: A mí no me parece. A mí sí, dijo Ro. Bueno, qué sé yo, por ahí sí, dudé. Te digo que sí, afirmó. Quién te dijo que te le pareces, me preguntó. Un escritor amigo, no tiene importancia. Qué hacemos esta noche, dije cambiando de tema. No te olvides que tenés que seguir trabajando en tu novela, me recordó, y luego me dijo que una amiga la invitó a un recital que daba en un tugurio de su ex novio. Tiene una banda y ella toca la guitarra. Cómo se llama. Andrea. Andrea Pérez Cristaldo.

Esta canción que voy a cantar se llama Lost Someone, que significa He perdido a alguien; es de James Brown y alguna vez fue versionada por Cat Power, dijo Andrea y arrancó: ♪ I lost someone. / A million to one. / Ten thousand people. / Under my false ♪. Su voz empezó a flotar suave como un pedacito de madera balsa en medio de oscuros torrentes de ríos. Era linda. Su voz y ella. Tenía un modo de cantar que me entusiasmó: su esqueleto sufría esporádicos espasmos como los de Ian Curtis y su cara se colmaba de toda clase de gestos de enojo como una estrella punk en lo alto de su carrera, carrera a la que no le cabe otra cosa que la gloria. El contraste era asombroso, su voz se multiplicaba con una dulzura suave y nasal. Sin embargo, lo más divertido de todo sucedió al final del recital, cuando Andrea, luego de interpretar una bonita versión de She's Lost Control de Joy Division y antes de arrojarle una botella de cerveza de medio litro a su ex novio, que andaba a los arrumacos en un rincón del tugurio con un tipo que se había levantado, hizo la siguiente reflexión: Perder el control, qué más da, si todo está perdido desde an-

tes, quién tiene en verdad el control de un acontecimiento, hasta el más minúsculo, estúpido y nimio de los acontecimientos es llevado por fuerzas extrañas que obedecen a reglas misteriosas y ocultas, que somos incapaces de comprender porque en algún momento de nuestras historias hemos perdido tanto y más que el silencio que antecede al asombro de un amor fortuito. Por suerte la botella fue a dar contra la pared, espantando a la pareja y desatando un escándalo de proporciones.

Hija de puta, gritó el tipo que estaba con él y zafándose de los brazos de aquel, fue directo a zurrarla. Dando saltitos de rana para eludir a la gente que lo separaba de la pequeña tarima donde la banda acababa de dar el recital, ella lo aguardó impertérrita hasta que, cuando lo tuvo a mano, le partió la guitarra por la jeta. El tumulto enardeció: Oooohhh, se oyó ni bien el tipo cayó noqueado. El ex novio de Andrea, sobresaltado, desde la misma esquina donde un instante antes se lo estaba comiendo a besos al tipo, aguijoneó: A ella, muchachos. Detrás de él, salió inyectado de bravura un escuadrón de traves-

tis que aparentemente oficiaban de guardias de seguridad del boliche. La sonrisa pícara que Andrea nos regaló, a Romina y a mí, que todavía observábamos atónitos toda la escena mientras los rufianes corrían hacia ella para masticarla, no me la voy a olvidar jamás. Rajemos, dijo e hizo un mortal en el aire desde el escenario, cayendo parada sobre nuestra mesa, y desde esas alturas impartió: Acábenlos. Su banda, que respondía al nombre de Autopsia, integrada por otros tres músicos forenses, se batió a duelo con los maricas de su ex, en una batalla campal en la que volaron botellas, mesas, sillas, vasos, cintos y hasta celulares. Ni bien pudimos sacar el cuerpo de la hecatombe, Andrea, Romina y quien les relata estos acontecimientos, nos entramos a descostillar de la risa. No podíamos parar de reír y bajo un árbol de la plaza Belgrano, en la cálida noche de Resistencia, nos quedamos fumando porros y tomando vino hasta que el sol nos corrió.

Un viernes por la noche, Andrea me fue a buscar a casa. Había pasado más de un mes desde el episodio circense en aquel antro. Ni bien la recibí, me dio un beso largo y dulce en la

boca. Le pregunté qué significaba eso, el beso, me dijo que no significaba nada, que simplemente quería hacerlo. Me pareció raro pero no dije nada porque en verdad me había gustado mucho. Después me dijo para salir a caminar y me aclaró que el verdadero motivo de su visita no había sido el beso, que si bien eso estuvo bien, subrayó, en realidad lo que quería era salir de bares conmigo. Le pregunté qué quería decir con eso de salir de bares. Me respondió: sencillo, vamos a pernoctar juntos durante toda la noche.

Me dedicó una canción bellísima de Sara Assbring, Change of Heart: 🎵 Her hand in the darkness. / I follow for so long. / Your voice in my ear. / Carry me back home 🎵. Esta canción es para Fernando, dijo después de afinar algunas cuerdas de su guitarra electroacústica *Fender* (Andrea siempre cargaba con ella adonde quiera que fuera), y empezó a cantar. Cuando acabó, pensé que estaba decididamente enamorado de esa mujer. Su voz me hacía viajar, y, lo más lindo: no tenía que moverme de donde estaba; sólo escucharla cantar y dejarme llevar.

Después de un par de cervezas negras y un paneo general sobre nuestras biografías y gustos, música, libros, películas y todo esos etcéteras, me confesó que los chicos siempre se enamoraban de ella. No sé qué hay conmigo, dijo, pero los chicos terminan enamorándose de mí. Y azuzó: Seguro que también te enamoraste de mí. La miré a los ojos un momento y pensé en mentirle pero cambié de parecer y le dije la verdad. Ya sabía, exclamó, como enorgullecida de haber acertado otra vez. Quise decir algo, no recuerdo qué, pero ella enseguida se adelantó, e inclinándose sobre la mesa y me dijo ssshhhhh, descansando su mano encima mi boca unos segundos y sacándola luego suavemente para decirme: Tengo buenas noticias: también yo estoy enamorada de vos. Andrea se sonrió, me dio un beso y yo, que me encantan los viajes, me dejé llevar, una vez más.

Ahora que está todo más claro entre nosotros, dijo, vamos a bailar. Dije que sí, aunque no se lo recomendaba porque un ropero viejo podía moverse mejor que yo, pero, dadas las

circunstancias, me parecía bien. Me llevó a un boliche, que, comentó, había inaugurado hacía poco, y aseguró mientras íbamos en camino que quedaría fascinado: Cielito congrega a gays, lesbianas y trans de toda índole, *freakes* de todo orden y gente copada en general, está ubicado en las afueras de Resistencia, al final de la avenida Sarmiento, dijo. Antes de entrar, fumamos un porro increíble. Pegamos. Por un momento, me pareció estar dentro de *Enter the Void*, la película de Noé. La referencia me sonó irrelevante. Pero allí estábamos, flotando entre luces fluorescentes y rimbombantes. Sonaba Bat For Lashes, Lykke Li y después, creo, algo de Marina and the Diamonds y Au Revoir Simone, hasta que Andrea dijo que era tiempo de sacudir el cuerpo en otro parte. Dijo que tenía sed y que quería tomar un gin tonic bien helado. La acompañé a la barra y le compré su gin tonic. Después me agarró de la mano, zigzagueamos entre la gente hasta toparnos con unos recovecos oscuros. Al final de esos pasillos, dimos con una suerte de cuarto vip, que estaba vacío y apenas alumbrado por minúsculos destellos azules y refulgentes, donde, acurrucados sobre extraños sofás, hicimos el amor. Luego An-

Andrea sacó del bolsillo lateral del estuche de su *Fender* un cofrecito rectangular de plata del tamaño de un *Zippo*, retiró la tapita y buscó con sus dedos una cucharita diminuta que daban ganas de reír. Cargó (como ella lo llamaba) revitalizante polen blanco en esa palita graciosa y aspiró, repitiendo la acción varias veces; también yo hice lo mismo. Nos besamos y cuando estábamos a punto de hacer el amor de nuevo, reparamos en la presencia de dos tipos haciéndose cariñitos justo frente a nosotros. Uno de ellos era un negro gigante de por lo menos dos metros de altura. Andrea me preguntó al oído si los había visto entrar en la habitación. Le respondí que no. Lo habrán visto todo, comentó preocupada, y enseguida cambió de parecer y dijo que no importaba una leche y continuó. Agarró mi pene y se lo metió adentro. A los tipos tampoco parecía importarles, a decir de Andrea, una leche, pues al ratito uno de ellos le practicaba sexo oral al otro. El negro gigante al otro. De fondo: Primitive, de Róisín Murphy.

Me pareció que el tipo al que se lo estaban haciendo era Pablo Gamorra, dijo Andrea minutos después que los tipos se

retiraron del cuarto vip. El célebre escritor Pablo Gamorra, querrás decir, comenté. Qué, lo conocés, preguntó. Solíamos compartir una amistad, aunque no le conocía estos apetitos, respondí. Increíble, dijo y al toque propuso que lo sigamos. Te parece prudente, le dije. Ella insistió: prudente no es, pero sí me parece que lo sigamos. Para qué. No sé. Es una buena razón no saber, dije y luego abandonamos la habitación.

Gamorra era, como él mismo se definía (y como comprobaremos más adelante), un escritor pop, que escribe novelas pop, y se coge minitas pop. Su fama, tenía razón, lo precedía. Esa noche, Gamorra, que en efecto era Gamorra, traía puesto unas gafas oscuras tipo aviador, una americana celeste, camisa y unos chinos blancos. Detrás de él, adonde quiera que se moviera, lo acompañaban dos guardaespaldas gigantes trajeados, uno de los cuales era el negro musculoso que se la había chupado en el vip, y el otro un gringo de iguales proporciones físicas. Gamorra siempre andaba rodeado de mujeres, modelos, actrices, en fin, aunque siempre tenía una o dos, como él las llamaba, preferidas. En aquella oportunidad, sólo

estaba en compañía de una, Karla Von-Siebenthal, actriz que años atrás había sido mi novia, razón por la cual Gamorra y yo dejamos de frecuentarnos. Gamorra, Von-Siebenthal, un puñado de modelos famosas y otros escritores chupaculos de su obra literaria, compartían champaña y risitas elegantes en un apartado vip, al parecer, especialmente dispuesto para ese grupúsculo en el primer piso de Cielito, donde había armado una zona exclusiva a la que sólo tenían acceso aquellos que Gamorra autorizaba. Andrea y yo nos apostamos sobre una rampa, cerca de la entrada del boliche, desde donde podíamos observar la pomposidad de la reunión. Ella dijo: Este Gamorra siempre fue un aparato, me da bronca. Tengo una idea, deslizó, ya vuelvo. Se fue y unos minutos más tarde vi a unos plomos improvisando un escenario debajo de la cabina del DJ. De fondo: I Feel It All, de Feist. Andrea regresó y me dijo que charló con el dueño del boliche, un reconocido filósofo atormentado con el irrealismo lógico, quien, en otra vida, dijo, fue mi novio y ahora, reencuentro mediante, me pidió que hiciera un par de canciones. Por supuesto, agregó sonriendo con picardía, no fue necesario que se lo pidiera. Le

pregunté qué tenía tramado hacer. Es una sorpresa, dijo. Bebió un sorbo de gin tonic y luego disparó con su guitarra hacia el escenario.

El dueño de Cielito la presentó. Fue una presentación breve, dijo que Andrea era una de las exponentes del rock de su generación más valiosa y que el público presente era afortunado al poder escuchar algunos *covers*. Andrea se mostró cordial, saludó al atormentado filósofo y luego a la gente, que estalló en aplausos y gritos de algarabía. Desde abajo, junto al improvisado escenario, donde estaba yo, podía verlo asomado a la baranda de contención del primer piso a Pablo Gamorra, asistido por sus guardaespaldas y por su séquito. Andrea arrancó con una versión Sing It Back de Moloko y luego, cambiando la performance, siguió con Breaking It Up de Lykke Li. Por último, Andrea se dirigió al público y agradeció la presencia, entre nosotros, así dijo, del reconocido escritor Pablo Gamorra, a quien saludó estirando el brazo y éste hizo una sonrisa fingida junto a Karla, y ambos, cual celebridades políticas, a lo Perón y Evita, o, más de estos tiempos, a

lo Néstor y Cristina, saludaron con sus manos en alto agitando la V de Victoria mientras el público, estimulado, comenzó a entonar la marcha peronista. Y después vino el remate de Andrea y que terminó de armar el revuelo. Es un verdadero placer, para nosotros los artistas, así dijo, nosotros los artistas que defendemos los derechos de las comunidades de gays, lesbianas y trans, que el señor Gamorra no sólo apoye abiertamente nuestra causa, sino también, sino también, repitió dos veces Andrea, que hoy, haciendo honor a dicho respaldo, haya asistido acompañado por su novio, dando así un claro mensaje a aquellas personas que al día de hoy todavía se avergüenzan o simplemente no pueden liberar sus preferencias sexuales, debido a las presiones que ejercen los sectores más pacatos y retrógrados de nuestra querida Resistencia. Gracias señor Gamorra. Gracias, dijo Andrea. Y entonces reventó la bronca.

Gamorra se sintió herido, afectado en su dignidad pública; las palabras de despedida de Andrea lo habían sacado de sus casillas, tanto que mandó a sus gorilas a perseguirnos mien-

tras la actriz Karla Von-Siebenthal daba pasitos hacia atrás, boquiabierta, y Gamorra, zamarreándola por los brazos, procuraba hacerla salir de la estupefacción. Fue lo último que vi. Andrea brincó del escenario, realizando su mortal habitual, y, ni bien pisó suelo disparamos hacia a la salida, mientras que Gamorra, enfurecido, gritaba: Atrapen al poetastro y a la puta. Andrea y yo no podíamos dejar de reír. De fondo, empezó a sonar Lissie Mauro, When I'm Alone, creo. Es una buena canción, pensé. Cuando llegamos a la salida, los mastodontes de Gamorra aún no nos alcanzaban; por un momento pensamos que sí, que nos agarrarían, de hecho estuvieron a punto, pero la multitud no los dejó avanzar con rapidez. Atravesamos el portal y huimos de Cielito.

Al día siguiente pasaron varias cosas, enumeradas aquí sin ningún criterio. Uno: Llamó Romina a eso de las diez, me dijo que regresaba por la noche a Resistencia, que fuera por ella al Aeropuerto. Le dije bueno, que ahí estaría sin falta y agregó por último que necesitábamos hablar sobre nuestro futuro. Fue cuando comenzó a expandirse aún más el cáncer

de olvidarlo todo y partir tan lejos, había dicho, que olvidar volver. Dos: llamó Matilda, cerca del mediodía, dijo, con la voz quebrada: Es el abuelo Pucho, no está bien, lo internaron de urgencia en el Hospital. Le pregunté cuándo podíamos ir a verlo y me respondió que por la tarde y le dije que ahí estaría. Tres: llamó, de siesta, mientras corregía un ensayo sobre la obra cinematográfica de Gaspar Noé para la revista de un amigo, una mujer que se presentó como la secretaria del diputado Mauricio Ferro, quien, señaló, me citaba a una entrevista de trabajo, a las cuatro de la madrugada, en su oficina de la calle Güemes. A qué hora, exclamé. Sí, a la cuatro de la madrugada, ratificó la mujer con total normalidad, ya acostumbrada a la disfuncionalidad horaria de Ferro. Le dije que sí, que ahí estaría. Esta vez, necesitaba el empleo.

LA NOTICIA DEBE EMPEZAR POR
LO MÁS IMPORTANTE, Y LO MÁS IMPORTANTE
ES SIEMPRE LO PEOR

Jamás pude terminar un párrafo sin que al leerlo me sintiera avergonzado de mí mismo. Pero no se trata solamente de una impresión personal, que, esto lo sabe cualquier escritor, puede experimentar un autor con su propia obra y que de hecho así suele pasar, sino que lo he comprobado en carne propia cada vez que pude con mis escritores amigos, con quienes compartí todas mis novelas y en todos los casos no alcanzaban a llegar a la tercera o cuarta página sin que salieran pidiendo auxilio a los gritos o quisieran arrojarme debajo de un camión. Y eso que mis amigos escritores no son escritores así nomás, sino que su prestigio los precede y están considerados por la crítica, los lectores e incluso por otros grandes escritores como los mejores. Todo lo que publican desaparece de los anaqueles de las librerías en cuestión de semanas; mis libros en cambio, pobres y vetustas publicaciones de autor que edi-

taba con el dinero que me prestaban ellos, sólo juntan polvo y mugre. A pesar de todo, siempre alentaron mi trabajo; me decían con dos o tres palmaditas en el hombro que otros tantos autores pasaron de verdad por las malas y que nadie puede ser un Jack London así como así, que hay que romperse el culo, leer mucho, seguir leyendo mucho y después seguir leyendo todavía más hasta que se te gasten los ojos, eso me dicen, leer hasta que se gasten los ojos. Por supuesto que seguí cuidadosamente las indicaciones que me confiaron y que ellos supieron llevar a la práctica con éxito. Probamos con todo, de todo, pero nada funcionó. Cada vez que me subía al ring, un cross a la mandíbula o un gancho al estómago me dejaban fuera de combate antes de que sonara la campana del primer round. Fue más o menos cuando empezaron a insinuar: el periodismo es una buena opción.

Primero aprendí que una noticia debe arrancar por lo más importante. Y lo más importante es siempre lo peor. De modo tal que un periodista debe buscarle la vuelta a todo para hacer que la realidad se parezca lo más posible al infierno. Pero,

ojo, no es cualquier infierno, sino un infierno que vino para quedarse, que no puede cambiar ni apagarse ni aunque lo metanos en la hondura más fría y oscura de la Fosa de las Marianas o *Abismo Challenger*, que es el lugar más profundo que se conoce de la corteza terrestre, con once mil treinta y cuatro metros bajo el nivel del mar. Bueno, ni ahí este infierno se puede esconder, porque un periodista que se precie de tal es ante todo un militante del escepticismo, un anunciante de que lo peor todavía no pasó. Sabida esta lógica, un aspirante a periodista ya puede ejercer el oficio con total y absoluta libertad, me dijo Arnoldo Céspedes, un simpático gordito bonachón que me enseñó todo lo que hay que saber sobre esta profesión y que reía maliciosamente saboreando un *Chesterfield* mientras redactaba el titular central de la portada de *La Voz de la Verdad*, el diario de la familia Ferro.

Céspedes siempre contaba con un titular bajo la manga. Tenía la habilidad de transformar un suceso insignificante en un escándalo. Cierta ocasión, ante el dato de una de sus centenares de fuentes sobre la inminente renuncia de un ministro,

tituló en boca del funcionario: ME ECHARON COMO A UN PERRO SARNOSO. Desde luego que la información era veraz, al tal funcionario, como se dice y obra en esos ámbitos, lo habían renunciado y lo que debió haber sido una salida elegante del gobierno se convirtió al día siguiente en un quilombo político; Arnoldo había puesto al descubierto una interna feroz entre los miembros de ese gabinete y yo había colaborado con esa nota en la compilación de información para él. Feliz, con su reveladora portada en las manos, me dijo: Funes, el periodismo no es para cualquiera, pero vos parece que tenés pasta, eh. Tras el fracaso editorial de las ediciones de autor de mis libros *Diario de un fanático de Rita Hayworth* y *Diario de un fanático de James Dean*, asediado por las deudas, mis amigos escritores finalmente convencieron a Céspedes de que mi incorporación a la redacción del matutino de los Ferros sería un acierto. Fue así que, un par de semanas antes del alboroto del ministro echado, Arnoldo, que era el director periodístico, me encomendó mi primera nota periodística de trascendencia. Me pidió que me instalara una semana en el

rodaje de la primera película de terror que se filmaba en Resistencia: *La casa tenebrosa del Dr. Perrando*.

Céspedes me había solicitado algo bastante sencillo: que persiguiera día y noche al director y al elenco de la película, y que contara y describiera el detrás de escena de la última etapa del rodaje. Un buen film del género y que además se precie de tal debe sí o sí contar con al menos tres clichés o lugares comunes, típicos de la historia: adolescentes cogiendo, minitas huyendo semidesnudas con grandes tetas colgando, preferentemente de algún espíritu maligno o monstruo, y sangre, mucha, mucha sangre chorreando por todos lados. Y esta película por supuesto que prometía esos ingredientes y el interés que despertaba entre los curiosos y fanáticos residía en general en la incorporación de algunos elementos del cine *splatter*, vocablo éste último acuñado por George A. Romero para describir a su obra maestra *Dawn of the dead*, y que pone énfasis más en la violencia gráfica y visceral que en la trama o argumento como una manera de demostrar la vulnerabilidad del cuerpo humano. Los productores habían elegido

el chalet Perrando por dos razones valederas: su ubicación estratégica en el corazón del micro centro de la ciudad y, la más importante, el mito que envolvía a la figura del doctor Julio Cecilio y su casa, que son bien conocidos. En pocas palabras, este aristócrata porteño llegó a Chaco a principios del siglo veinte y fundó un hospital con sólo dos camas y un par de años más tarde su intenso trabajo a favor de los más necesitados atendiendo y curando toda clase de enfermedades conmovió el corazón de la sociedad de la época que rápidamente demandó a las autoridades municipales que dote a la acción solidaria y desinteresada del doctor Julio Cecilio de instalaciones y elementos adecuados para ejercer su profesión. Sin embargo, un sector encabezado por una asociación de damas pudientes y oscurantistas lo acusaron de trabar un pacto con el demonio, ya que al haber untado sobre sus tupidos bigotes la sangre de un conocido asesino serial al que había curado de un mal de próstata, Julio Cecilio simplemente besaba a moribundos y enfermos y los sanaba al toque. Otra versión indica que Julio Cecilio realizaba sus prácticas quirúrgicas con sus internos convalecientes y enfermos men-

tales, con cuyos occisos habría construido su famosa casa de Ayacucho y Sarmiento para ocultar la evidencia. Lo cierto es que Perrando murió en mil novecientos cincuenta y pico en tenebrosas circunstancias: lo hallaron con su cabeza incrustada en un hueco que había cavado con un bisturí durante semanas en una de las paredes de su casa. Al sacarlo de allí, la policía notó que a su cara le faltaban sus característicos bigotes. El hecho despertó toda clase de teorías y conjeturas. Más allá de todo, no se pudo probar nada de su pacto con el diablo ni de sus experimentos médicos con pobres e indigentes ni que los restos de éstos se encuentren sepultados dentro de las paredes de la casona. Desde aquel día de su trágica muerte nadie se atrevió ni a comprar ni a alquilar el chalet.

El director de la película se llamaba Johnny Casandra (el tipo era re-parecido a Julian Casablancas, el de The Strokes), y había colaborado con la dirección artística y fotográfica de *House of 1000 corpses*, del retorcido Rob Zombie. Llegó a Resistencia con esa chapa, que no era poco, y encima había conseguido reunir un buen reparto de esos actores ignotos

que suelen aparecer en películas de terror clase b. De hecho, este film lo era; contaba con un presupuesto bajo y con un director extravagante aunque talentoso que había enloquecido con la historia del Doctor Julio Cecilio. La sinopsis de *La casa tenebrosa* era bien sencilla: A pocos días de culminar la secundaria, un grupo de adolescentes, imbuidos con la siniestra historia de locura y muerte del mítico doctor que construyó su chalet emparedando vivos a sus pacientes con problemas mentales, resuelve pasar un fin de semana en la Casa Perrando para probar que simplemente podían hacerlo. A medida que la estadía transcurre, la bella Mary, interpretada por la actriz yanqui Danielle Panabaker, una muchacha introvertida que adquirió desde muy niña extrañas facultades extrasensoriales tras la muerte de su padre, descubre que la casa está viva luego de presenciar la fantasmal aparición del temerario cirujano descuartizando a una de sus víctimas. A pesar de la advertencia de Mary a sus amigos, cuando éstos finalmente dan cuenta que la casa está endemoniada, ya es muy tarde para que puedan escapar.

Cassandra tenía pelo largo y negro y estaba lleno de tatuajes, cargaba con toda clase de anillos diabólicos en siete de sus diez dedos, usaba siempre una sudadera harapienta de la banda sueca *Europe* y pantalones ajustados de cuero negro. Hablaba muy bien español y cada tanto se jactaba de ello sosteniendo que lo aprendió porque su abuela, que en paz descansa, decía, era argentina. El primer día de rodaje lo recuerdo puteando: Qué *fucking* calor, derrite, no sé cómo hacen para vivir así. No sé, todos nos preguntan, todos los que vienen de afuera nos preguntan eso, pero no sé, viejo, qué sé yo, vivimos, le respondí y Johnny se sonrió. Yo había resuelto, en términos periodísticos, pasar la mayor cantidad de tiempo posible con Cassandra, y otro poco con la estrellita de la película, Danielle Panabaker, ya que Céspedes me había dado sólo cinco días para entregarle una crónica decente. Si bien me valdría de otros testimonios y fuentes, ellos se convertirían en las piedras angulares de mi relato. Más o menos en la misma línea, ya tenía decidido ornamentar la nota con algunos elementos fantásticos, para seguir alimentando el mito del cirujano loco, tal y como habíamos acordado con Arnoldo.

Lo peor que un periodista puede hacer, de buenas a primeras (más de primera que de buena), es involucrarse con su fuente. Lo sabe cualquier aspirante raso y de entrada te lo enseña el oficio. Sin embargo, el primer día ya la había cagado. La jornada de trabajo había sido intensa; las primeras tomas se hicieron en el Colegio Nacional por la mañana y de tarde en la casona que el célebre escritor Pablo Gamorra tenía junto al Río Negro y que les alquiló al equipo de producción de la película, mientras él estaba de gira por Europa, presentando su novela *Nocaut*, y, de paso, brindando conferencias sobre la realidad del mundo. Gamorra, así, había cedido su casa para el rodaje de algunas escenas, pues la mayoría de la película transcurría en el chalet Perrando. Para el final de la tarde yo ya había trabado amistad con Johnny, Danielle y un grupúsculo de actores y productores locales. Éstos últimos me importaban un carajo porque, más allá de aportar algunos testimonios de color a mi crónica, no sumaban a mis fines. Por suerte, Johnny y Danielle no se entusiasmaron con la invitación que les hice para ir a cenar en el tugurio de un amigo.

Johnny, como dije, se llevaba bien con el español, pero Danielle apenas si podía armar alguna que otra oración; lo poco que sabía lo había aprendido de memoria del guión de la película. Panabaker usaba las mismas líneas del libreto para las conversaciones que manteníamos fuera del set de filmación; de modo tal que las charlas en las que ella intervenía nunca tenían ningún sentido ni llegaban a ningún lado. Al culminar las diez, doce horas de jornada de trabajo (repeticiones de escenas, largas sesiones de maquillaje de los actores, etcétera), Danielle, Johnny y yo apagábamos la sed y el cansancio con algunas cervezas que nos amuchábamos para tomar en un quiosquito a la vuelta del chalet Perrando. Yo aprovechaba ese tiempo para entrevistarlos. Danielle siempre repetía el libreto con el que había trabajado durante el día, lo que llevó a Johnny a afirmar que ya jamás podríamos escapar de la maldición del Doctor Perrando. *Charly, la casa nos atrapó, nos mantiene cautivos. No nos queda otra opción que enfren-
tar a la bestia...*, respondía Danielle a una sencilla pregunta que formulé sobre su carrera actoral, mientras, Johnny se

cagaba de risa. Por suerte el tipo era bueno y siempre oficiaba de traductor entre ella y yo. La hubiera corrido hace rato, refunfuñaba Casandra cada tanto, si no fuera por esa escena final en que tiene que salir gritando por la escalinata de la casa con una remera apretada y toda mojada y ensangrentada, si no fuera por eso, ya la hubiera corrido. Danielle, como no entendía nada, o se sonreía o volvía a sacudir el guión: *No, Doctor Perrando. No permitiré que asesine a Charly.* Uh, más sopa, rezongaba Johnny. Nada de eso, decía yo, seguro que en un par de días aprende a soltar algo más que los dichosos diálogos entre su personaje y ese tal Charly. Lo dudo, oponía Johnny llevándose un cigarrillo a la boca. *Charly, debemos liberar de su condena a los muertos del Doctor Perrando,* concluiría Danielle dibujando una sonrisita picarona y guiñándome un ojo. Es suficiente por hoy, trazó Johnny abriendo la boca y dejando escapar un bostezo tan grande como un elefante, después se paró apuntándonos a Danielle y a mí con su dedo índice, nos decía: Está claro que no vas a aprender el idioma ni aunque introduzcan un chip del diccionario de la Real Academia en tu memoria, y vos, Fernando,

está claro que así jamás vas a entregar una buena nota, juntándote con gente como ésta. *Huyamos, Charly, huyamos*, sugirió al final Panabaker y me agarró del brazo y echamos a correr. Casandra quedó puteando: Ampones, ahora voy a tener que pagar yo las cervezas.

Danielle no dejaba descansar el guión. Recordé a *Los Simpson*; la escena en que Nelson le emboca un beso a Lisa para que se calle de una vez. Lo imité y me salió bien. Estábamos aplastados de calor en un antro de la calle French y ya me había cansado de darle besitos. Le di a entender, mediante señas, que nos fuéramos, que sacáramos el cuerpo, a decir de Andrea. La acompañé al hotel y, mediante señas, me dio a entender que la acompañara a su habitación. Así hice; mientras ella entretenía al conserje, me escabullí por las escaleras para que no me pillara. La puerta del cuarto quinientos seis estaba abierta. Entré. Danielle acababa de entrar a ducharse. Me desvestí, entré a la bañera con ella e hicimos el amor. Después hicimos el amor en la cama. Después fumamos un porro y volvimos a hacer el amor en la cama. Después nos

dormimos. Después me desperté, era cerca de las diez y pico, Danielle no estaba en el cuarto. Me vestí y disparé para la redacción del diario. Ni bien llegué Arnoldo me requirió en su oficina; me preguntó cómo iba mi crónica, le dije que muy bien, que habíamos trabado simpatía mutua con Johnny Casandra y que anoche me había acostado con Danielle Panabaker. Me observó de reajo, como si estuviera a punto de regañarme, pero se sonrió y enseguida dijo: Bien muchacho, muy bien. Pero, ya sabés, anexó, no hay que involucrarse más de la cuenta con las fuentes, sólo hasta donde sea necesario. Luego me anotició: El señor gobernador en persona encabezará un brindis que se realizará en chalet Perrando este fin de semana, para celebrar el rodaje de la película, cuya crónica está a tu cargo, Funes, subrayó Arnoldo y comentó además que ayer por la tarde lo llamaron a la redacción los señores Vergas, máximos responsables de las políticas estratégicas comunicacionales del gobierno, notificándole oficialmente, me dijo que dijeron, la asistencia de nuestro señor gobernador a dicho evento, por él impulsado y organizado, donde éste obsequiará unas palabras a todo el equipo de producción que

hizo posible que la película se rodara en nuestra querida ciudad, a manera de agradecimiento a las inversiones extranjeras generadoras de fuentes de trabajo y enriquecimiento cultural para nuestra provincia.

Los días que antecedieron al brindis, tres en total, no fueron diferentes al primer día de rodaje. Durante la mañana, charlaba con los miembros del equipo responsables de los efectos especiales, con los productores y asistentes de arte y fotografía, con editores, con el actor comunista que encarnó al fantasma del Doctor Perrando, don Hugo Blotta, en fin. También asistía a la filmación de las escenas en las que chorreaba sangre en cantidades exageradas, destripaban, laceraban y mutilaban cuerpecitos de adolescentes tontos y minitas que, a pesar de las corridas que se echaban por todo el chalet, no podían escapar del bisturí maléfico del Doctor Julio Cecilio.

Además: el incentivo extra de verla actuar a Danielle; era hermosa, la verdad es que esa chica fue lo mejor que me pasó por entonces; no podía quejarme; aprendió algo de español y

por las noches, al final de las jornadas, la pasábamos de lujo en el antro de la calle French, nos reuníamos con ella, se sumaba Johnny y otros actores, y, tras devorarnos succulentos platos de milanesas con puré o papas fritas, apagábamos con cervezas bien frías el calor implacable que por esos días castigaba a la ciudad. Sin embargo, la noche previa al brindis del gobernador, se sumó a nuestras rondas de ocio la actriz Karla Von-Siebenthal, muy parecida a una actriz y cantante mexicana, estrella de telenovelas de ese país, Irán Castillo. Karla fue, en otra vida, mi novia. Pero un altercado con Pablo Gamorra, de índole, cómo decirlo, bueno, intimista, nos distanció. Por esas épocas, seguía flirteando con él, que, como ya dije, andaba recorriendo Europa promocionando su última novela traducida a trece idiomas, y, desde los sucesos en Cielito, ella y Gamorra nos habían declarado abiertamente la guerra y cada vez que podían, nos hacían la vida imposible a Andrea y a mí. Y nosotros a ellos, en efecto.

En realidad, uno de los actores del set, con quien nos hicimos compinches, me había chismoseado que Karla se sentía algo

despechada, pues Gamorra no había accedido a llevarla a su gira europea; en cambio la dejó al cuidado de su casona de la rivera. Karla sabía que gracias a su hartó trabajo de seducción, persuasión y trampas, se había procurado el lugar que tanto merecía como la preferida de Gamorra. También era muy consciente que el autor de *Nocaut*, tal como lo comparaban algunos críticos, cosa que a mí se me antojaba extravagante, se erguía como un Andrés Calamaro de la literatura argentina, y junto a él, ella tendría asegurado su boleto a la posteridad, si es que no lo tenía ya. Esa noche, noté a Karla algo huraña, retraída. Mientras Danielle le contaba a Johnny las palabras en español que había aprendido, invité a Karla a fumar un cigarrillo fuera del bar, sin ánimo de enfrentarnos, le dije, tregua, al menos por esta noche. Encendió un *Philip Morris* que le convidé; también yo encendí uno, y ella arrancó. Dijo que, a pesar de todo, me tenía gran aprecio y estima y que de lo nuestro, así dijo, de lo nuestro, conservaba el mejor de los recuerdos. Me sonó a frase hecha, sacada de alguna comedia romántica yanqui. Pero había sinceridad en lo que decía. Luego me miró; tenía los ojos vidriosos; estaba a punto

chorrear lágrimas cuando se me echó encima, abrazándome. Funes, me dijo (no me gustó que me llamara por mi apellido), estoy viviendo un infierno.

Desperté en la casona de Pablo Gamorra, en su cama, con su mujer, mi ex novia, a mi lado, que todavía descansaba, una hora antes del brindis del señor gobernador en el chalet Perrando. Mierda, dije. Me vestí a las apuradas y, en el aventón, me di le gusto de robarle a Gamorra de su biblioteca un ejemplar de *Nocaut*, que aún no había leído, y otro, de pura maldad, que sí había leído, pero se trataba de una edición costosa, un título de mi autor preferido, que estaba en las últimas, a punto de partir al cielo de los ateos. Canalla, te ibas a ir sin despedirte, me dijo Karla asomando su humanidad desnuda a pasos de la puerta de la habitación. Jamás lo pensé, le dije y me acerqué y la besé. Le pregunté si participaría del agasajo del gobernador, todavía estás a tiempo. Ni modo, sostuvo tajante, eso es una pantomima. Tenía razón, lo era. Antes de marcharme, Karla me chifló: cuándo vuelven esos libros. Le devolví la gentileza con una sonrisa y partí.

Llegué justo, sobre la hora. El lugar estaba atestado de personalidades del ámbito cultural. El gobernador aún no había llegado; escuché por ahí, que estaba demorado. Arnoldo me vio y me abordó. Sostenía una tacita de café con su mano, que probaba de a sorbos. Me preguntó otra vez cómo iba la crónica y me recordó que debía entregarla mañana. Le dije que iba bien, que ya la tenía casi lista. Mentí. No tenía nada escrito, ni siquiera sabía por dónde iba a comenzar. En eso irrumpió Danielle Panabaker, sacada de sí, y sin mediar palabra me arrojó un cachetazo que me dejó de costado. Luego sí dijo algo, lo dijo en perfecto argentino: boludo. Y sacó el cuerpo de la escena. Arnoldo abrió los ojos tan grandes que quedaron del tamaño de pelotas de tenis y acto seguido se echó a reír. Te lo advertí, no hay que involucrarse con la fuente, me dijo. Salí tras ella. Puedo explicarlo, le dije cuando la alcancé, a mitad de la escalera que daba la terraza del chalet. Ese *puedo explicarlo* me pareció tan barato como los zapatos que traía puestos pero no se me ocurrió otra cosa. Casandra, por suerte, vino al rescate: Qué diablos está pasan-

do. Johnny, que bueno que estás, necesito que me traduzcas lo que intento decirle a Danielle. Qué, cómo, bisbiseó Johnny. Que me traduzcas, mierda. Ok, ok, ok, triplicó. Le expliqué que entre Karla y yo no había nada ya y que ayer sólo la acompañé hasta su casa, que se sentía mal, muy mal, le dije, y que decidí quedarme con ella. Pero juro que no pasó nada, tenés que creerme; no haría nada que pueda lastimarte, estos días, los que pasamos juntos, fueron los más increíbles de mi vida, Danielle. Johnny tradujo todo aunque no entendía ni jota de lo que pasaba entre ella y yo; pero supongo que alguna sospecha tenía. Por otro lado, todo era cierto, jamás me acosté con Karla; bueno, sí, me acosté, dormí con ella, pero lo que quiero decir es que no hicimos el amor. Danielle, continué, quiero que estemos juntos. Johnny quedó observándome, atónito. Vamos, Johnny, decíselo. Ah, sí, dijo despabiándose y se lo tradujo. Danielle dudó y amagó echarse para atrás, fue un movimiento mínimamente perceptible. Y dijo: *I believe you*. Te creo, dijo Johnny. Eh, dije yo. No, yo no, boludo, ella, reprochó. Ah, dije yo. Danielle se sonrió, era una sonrisa bellísima que me atravesó de lado a lado; y des-

pués me abrazó y me dio un beso largo y dulce. La sala reventó en aplausos; los ojos de todos, de las personalidades de la cultura allí presentes a la espera del señor gobernador, depositados sobre Danielle y yo como si fuéramos alguna clase de teatro de comedia demodé. Me sentí ridículo. Danielle dibujó una sonrisa gigante en su cara. Johnny pidió al público que levantaran sus copas, que celebráramos, dijo, celebremos por la prosperidad de esta nueva pareja. Cuando todos tenían su copa de champaña en lo alto el señor gobernador entró a la sala principal del chalet, en compañía de cuatro personajes extravagantes, vestidos con túnicas negras y rosarios de oro colgando de sus cuellos. Los famosos señores Vergas, pensé.

Al otro día, los diarios titularon: ACTRIZ YANQUI DE NOVIA CON PERIODISTA LOCAL; JOVEN PERIODISTA CONQUISTA CORAZÓN DE ACTRIZ NORTEAMERICANA; RECONOCIDA ACTRIZ AMERICANA LE DIO ARTÍCULO A PERIODISTA IGNOTO. Este último titular lo escribió Arnoldo y lo mandó acompañar en la portada de *La Voz de la Verdad* con una fotografía en la que Danielle y yo nos besábamos apasionadamente. A raíz de

estos sucesos, Arnoldo me sugirió que me olvidara del periodismo, que no tenía sentido, que me vaya, que me fuera con ella a los Estados Unidos, que me fuera sin pensarlo. Mis amigos escritores, los que jugaban en primera y me recomendaron el oficio tras mis reiterados fracasos literarios, opinaban lo mismo. A mí me parecía todo muy aventurado. Me acordé de Romina. Un mes atrás, con su idea de partir, de dejarlo todo, de olvidarlo todo y mandarnos a mudar a Córdoba en busca de una vida nueva, Romina decía que en esta ciudad no teníamos nada que hacer, no hay futuro ni tampoco hubo verdadero pasado, decía. Al final abdiqué como lo haría con Danielle. Seguro que Danielle era una de las mujeres más bellas del planeta, para mí, al menos, lo era, y me bastaba con saber que esa belleza fue mía. Cuánto tiempo, una, dos, tres, cinco noches, qué importaba, yo fui dueño de esa belleza y con eso era suficiente. Mientras sea efímera, la belleza será absoluta. Los hombres son dioses terribles, una vida basta para aplastar la dictadura de diez inmortales. La Nada nos macaneó, la Muerte nos vendió el cuento del tío, nos tragamos el verso de que la cosa iba a ser jodida, y al final ni una

ni otra llegan a tiempo como para charlar y ponernos al día, siempre hemos sido, a pesar de lo que digan los noticieros, zombis idiotas vagando alrededor del mundo, descuartizándonos entre nosotros por una vida nueva, cuando en realidad todo lo que queríamos era hacerle el amor a Rita Hayworth o a James Dean.

Danielle y yo copamos los periódicos el día después, además de las radios y canales de tevé locales, que buscaban como topos una declaración, mía y de Danielle, que confirmara oficialmente el romance ante los micrófonos y las cámaras de la prensa internacional. A través de internet la noticia rápidamente recorrió el mundo y las agencias extranjeras se encargaron de distribuir la información junto con la foto del beso a los chimenteros de espectáculos de una decena de países. Me sentía una estrella de rock, un Jim Morrison que acababa de treparse a la gloria. Pero, qué va, aquello era tan espectral como un libro de Houellebecq.

Cuando se lo dije a Danielle se enfadó tanto conmigo que se marchó esa misma noche a Buenos Aires, donde embarcaría en un vuelo a los Estados Unidos, dejando la película en la mitad de la filmación. Johnny encabronó tan harto que me quitó la palabra. No puedes hacerle esto, me decía moviendo la cabeza de un costado para el otro, es una estrella de Hollywood, entiendes, una estrella. Luego no me habló más. El rodaje de la película se pospuso hasta nuevo aviso, se informó en conferencia de prensa que debían evaluar quién sustituiría a Panabaker que en forma inesperada renunció al proyecto a causa de una dolencia personal, señalaron. Fue un reinado triste que duró menos de una semana, y como pasa siempre con todos los reinados tristes y cortos, vino la condena, que ésa sí duró más, mucho más. Me acusaron de todo, pero lo que más se oía por ahí es que estaba loco, que era un insensato y que lo que había hecho era cosa de trastornado. Un tipo, por la calle, mientras iba a comprar cigarrillos al kiosco, me gritó: ciruja.

También recibí un correo electrónico de Romina, sin asunto, que en su interior traía desde Córdoba una sola palabra en mayúsculas: IDIOTA. Procuré comunicarme con Andrea, que, junto a su banda Autopsia, recorría la capital porteña presentando su primer trabajo discográfico, de bastante éxito, *El Corazón Es Un Cazador Solitario*, (trabajo conceptual basado en el libro homónimo de Carson McCullers). Pero no pude dar con ella; dejé un breve mensaje de voz en su celular: soy Fernando, necesito hablarte. Me refugié unos días en casa de Matilda, esperando la llamada de Andrea. A todo esto, ya me habían echado del diario y pensaba, al final, aceptar el empleo que me había ofrecido el diputado Mauricio Ferro. Mi crónica no fue publicada; Arnoldo fundamentó su resolución en la falta de claridad y de veracidad necesaria que todo texto periodístico exige para la comprensión lectora, además el sacrilegio, así dijo, el sacrilegio en el que incurriste al introducir la primera persona del singular en este tipo de formato, que no permitimos entre nuestros redactores. Tu relato, en definitiva, dijo, es muy malo. Además, añadió, frustraste la película, motivo por el cual el señor gobernador no fue noti-

cia al día siguiente del brindis y los señores Vergas se molestaron mucho por esta razón. Sin embargo, Funes, te tengo cierto aprecio, a pesar de que el periodismo no es para vos, que me equivoqué al pensar que tenías pasta para esto, voy a escribirte esa carta de recomendación que me solicitaste para el diputado Ferro.

Cuando fui a la redacción de *La Voz de la Verdad* a buscar el cheque de mi paga (que, por supuesto, fue simbólico), Arnoldo me confió que aquel día, después del brindis, el señor gobernador recorrió las instalaciones de la casa Perrando, que hacía rato no visitaba, y durante su paseo afirmó que estableció contacto con el espíritu del mismísimo Doctor Julio Cécilio. Según fuentes *off the records* del Ministerio de Religión y Culto, la aparición habría sido verdadera. Y, al parecer, dijo Céspedes, no sólo hubo uno sino varios contactos entre esta ánima y el señor gobernador. También me dijo que el diputado Ferro se estaba constituyendo en una figura política central y que el gobernador tenía depositado en él su máxima confianza. Esto va a estallar muy pronto, Funes. Muy pronto.

Fue lo último que me dijo Arnoldo y en ese momento noté que el tipo tenía un parecido extraordinario con el actor Forrest Whitaker.

SÓLO LOS ESCRITORES QUE SABEN
QUE ESTÁN MUERTOS PUEDEN CONTAR EL MUNDO

Antes de todo. Antes de Romina, de Andrea, de *La Voz de la Verdad* y de Ferro. Antes de los espectros. Antes de los muertos. Antes de todo eso, hubo un tiempo en que únicamente me dediqué a escribir. Y escribí dos novelitas a las que estimo mucho, a saber:

Diario de un fanático de Rita Hayworth:



Todos los escritores son estrellas de rock frustradas, fracasadas. Por eso pensé en una historia de amor intensa, más o menos así (que, si bien no salió como yo esperaba, me gustó el tono con que la escribí, la furia con que gritaba su prosa): Mi protagonista se llama Alfredo Arterton, un *rockstar* de treinta y siete años que perdió el hilo de su vida y la inspiración para componer canciones, hace más de ocho años que no saca un disco, que no hace giras. Está consumido por el alcohol y lo único que hace todo el día es fumar marihuana y envidiar a Jack White. Un día, sale a la calle a comprar cigarrillos y una fan lo reconoce, lo saluda, le dice que siempre lo ha escuchado y que sus canciones le parecen estupendas, que lo extraña, que cuándo volverá a los escenarios, a sacar un disco. Arterton queda estupefacto ante la interpelación, no porque lo hayan abordado así y se acuerden de él (ya que cree que todo el mundo lo ha olvidado), sino porque esa mujer es igual a Rita Hayworth. La mujer se va y él siente que le horadaron el corazón con un cuchillo. Es tan hermosa que duele, piensa. Pero la mujer ya se ha ido. Ya no está. Arterton pien-

sa si todo fue producto de su imaginación, si esa mujer existe. Comienza así una búsqueda desenfadada que lo lleva a recorrer toda la ciudad, buscándola. Pasan uno, dos años, no logra dar con ella y se siente desilusionado, aunque cree lo que impulsa su búsqueda es el amor. Vuelve su inspiración y con ella las canciones, las mejores que ha compuesto desde que es un músico famoso; es un disco, una obra conceptual que jamás nadie pensó que podría dar, ni siquiera él. Se la dedica a aquella mujer que conoció una vez y de la cual está enamorado, quién no lo estaría de Rita Hayworth. Un día, con su prestigio recuperado, sale a la calle a comprar cigarrillos, vuelve a reencontrarse con la mujer, esta vez está acompañada, siente que su pecho se abre en dos partes como una tijera. Ella lo reconoce. Le dice que se alegró mucho de que haya vuelto a componer, que éste es su mejor trabajo, que disfrutó un montón de las canciones. Le pregunta, quién es la mujer a la que le dedicó el disco, es realmente afortunada, dice ella. Sí que lo es, dice él. Esa mujer es... Hey, te presento a mi novio, él también es fanático tuyo. Es un tipo de unos treinta y pico, de cabellos desprolijos, castaños rubios, de ojos azules y arrugas

delicadamente trazadas en su frente. El tipo es llamativamente parecido a él, algo más joven tal vez, más delgado, pero definitivamente era Alfredo Arterton en otra persona. Hey, le dijo Alfredo al tipo, alguien te dijo alguna que si James Dean hubiera envejecido se parecería mucho a vos.

Diario de un fanático de James Dean:



Vuelve Alfredo Arterton, la estrella de rock que, en la novela anterior, conoce a una mujer igualita a Rita Hayworth y se

enamora de ella. Ya sabemos cómo terminó esa historia. Pues bien, ésta comienza así: Me llamo Verónica Paz, le dice Rita Hayworth o la mujer que se parece a Rita Hayworth y que ahora tiene nombre. El inicio del relato recupera el final del otro diario. Arterton invita a Verónica y a su novio James Dean (que se parece al actor y él a su vez al tipo, al que sólo conoceremos por el nombre de Federico) a un recital privado que dará en una vieja casona de unos amigos, dice, sólo para invitados muy especiales. Ambos se comprometen a ir. Arterton vuelve a su casa. Los primero que hace es mirarse al espejo, la vieja estrella ha recuperado la gloria que había perdido hace una década, dejó el alcohol por el agua mineral e incluso comenzó a hacer ejercicios. Su disco nuevo lo puso otra vez entre los mejores, nunca dejó de serlo, pero volvió a ser el rey. Piensa en Verónica Paz, no puede dejar de pensar en ella. También piensa en James Dean, en su novio parecido al actor y se siente algo defraudado. Arterton no quiere parecerse a nadie, aunque sabe que al final se terminará pareciendo a Dean. Pero ahora está decidido a conquistar a Verónica, no la dejará ir justo cuando la ha encontrado. Día del recital:

la noche no podía ser mejor, Verónica asistió sin la compañía de Dean y Arterton le dedica una canción. Tras conversar un ella le dice que tiene que irse, él dice que quiere volver a verla. Ella dice que puede enviarle una fotografía. Él sonríe. No, de verdad, quiero volver a verte, repite y decide a final, entre idas y vueltas, contarle la historia de Rita Hayworth, el diario que secretamente había llevado todo este tiempo, hasta dar con ella. Verónica se deja convencer. Siente algo por él, pero ese *algo* es inalcanzable. A la semana siguiente, Arterton recibe una carta. Es de Verónica. En ella dice que tiene marcharse, que le cree, que cree en todo lo que está escrito en su diario, pero que está enamorada de Dean, que no puede hacerle esto. La epístola venía acompañada de un diario, no era el diario de Rita Hayworth, *su* diario, sino el de ella. Léelo, decía Verónica por último, y entenderás todo. Adiós. Arterton leyó con detenimiento cada página. Aquel tipo, Federico, era un actor y Verónica estaba ciegamente enamorada de él; podría decirse que se conocieron en las mismas circunstancias que Arterton la conoció a ella y, al igual que nuestro *rockstar*, lo buscó. Cuánto tiempo: uno, dos, tal vez tres años. Ya no

importa, dijo Alfredo Arterton, cerró el diario, algo triste quizás, aunque siempre estoico, agarró su guitarra, salió a la calle y se puso a cantar, era una canción bella, parecida a alguna otra que alguna vez escuchó, pero cuyo nombre ya había olvidado.

Por supuesto que estas novelitas (ya dije, ediciones de autor que pude publicar gracias al préstamo que recibí de mis amigos escritores famosos) fueron denostadas por la crítica. Pablo Gamorra, quien fuera uno de mis benefactores cuando otrora yo su amigo, las calificó de un atentado contra las buenas costumbres de la literatura posmoderna. Ese señor no puede seguir escribiendo, dijo Gamorra en conferencia de prensa, mientras yo promocionaba mis libros en una escuelita secundaria de Barranqueras. La influencia de Gamorra entre los lectores fue determinante. Nadie compró mis *Diarios*; bueno, nadie en términos absolutos, no; algunos amigos, tal vez, familiares, sí, pero la cosa no pasó de ahí. Una semana antes de que Gamorra enterrara mis libros, mientras leía *La Voz de la Verdad* y tomaba un café en un barcito, me abordó

una chica, era preciosa, fanática de las telenovelas mexicanas (de hecho, era parecidísima a Irán Castillo, una popular artista del país de los tacos), decía que quería ser actriz, bah, que lo era, pero que aún le faltaba mucho para triunfar, y que se había devorado mis novelas, ambas, y que le habían gustado mucho. La invité a sentarse y a charlar. Me dijo que se llamaba Karla Von-Siebenthal.

Así conocí a Karla y salí con ella un buen tiempo. Nos divertíamos mucho, ella imitaba a Gilda, el mítico personaje de la Hayworth, y yo a Borges, que me salía bastante bien. Era una chica graciosa y con mucha ambición. Casi todas las noches salíamos a cenar. La pasábamos súper. Ella todavía estudiaba, creo que en la facultad de Humanidades, y yo había dejado de estudiar para dedicarme de lleno a la literatura. Tampoco trabajaba; tenía por entonces veinte años y el abuelo Pucho me pasaba unos billetes todos los meses para sobrevivir, a cambio de que siga leyendo y escribiendo. Matilda, claro, quería que vuelva a la universidad, que la terminara, pero al final a regañadientes terminó apoyando mi decisión. Karla

era de Santa Fe, había venido al Chaco a estudiar tras el divorcio de sus padres y la llevaba muy bien a la carrera, estaba a punto de recibirse, era muy inteligente. Decía que por las noches íbamos a cenar, y un día, antes del enfrentamiento, salimos invitados por Pablo Gamorra y su novia (que también era su prima) Romina Garibaldi, a un restaurante exclusivo que lo patrocinaba como escritor.

Todo pasó en menos de una semana. Yo había quedado impactado con la belleza de Garibaldi, que, ya sabemos, era parecida a *Chan* Marshall. Esa noche, la de la cena, Romina se la pasó hablando de la muerte, sí, de la muerte, tenía una especie de obsesión con eso, su cuadro preferido era nada más y nada menos que el óleo de Brueghel el Viejo, *El Triunfo de la Muerte*. Gamorra asentía a todos sus comentarios con un ceremonioso es cierto. Karla hablaba de las telenovelas mexicanas, son las mejores, decía, no hay como las telenovelas mexicanas, tienen esa suerte de ambigüedad, de indefinición entre el drama y la comedia, a mí me hacen reír a lo grande. Pablo comentó que estaba trabajando en una novela

tremenda de alrededor de mil páginas, se llama *Nocaut*, dijo, y mencionó algo de su argumento y aseguró que inauguraría una nueva corriente literaria: el gótico litoraleño. En efecto, dijo Pablo antes que pudiéramos comentar al respecto, es una bomba literaria. Por mi lado, conté que debía viajar la semana próxima a Sáenz Peña para presentar mis libros y que Karla me acompañaría. Pablo sostuvo que ya tenía todo arreglado para promocionar su libro en Europa, pues una editorial española lo iba a editar y se encargaría de su traducción a varios idiomas. Romina interpelló a Pablo, le preguntó si ella también lo acompañaría en esa travesía. Bueno, ya hablaremos sobre eso, dijo Pablo y ahí concluyó la cosa. Romina puso cara larga, y se notó. Para levantar los ánimos, Pablo dijo que daría una fiesta en su casona de la rivera, donde, de paso sea dicho, explicó, me la han alquilado para filmar una película de miedo, sus productores dicen que será la primera película de terror que se realizará íntegramente en el Chaco con capitales estadounidenses, creo que el tipo que oficia de director es un muchacho que trabajó con Rob Zombie, ahora no recuerdo su nombre. Cuándo será eso, le preguntó Karla.

El año próximo respondió Pablo, y dijo que estábamos todos invitados a su fiesta.

Pablo Gamorra era bastante parecido a Andrés Calamaro. De hecho era la versión en escritor de Calamaro. A sus veinticinco años ya había conquistado el universo literario con novelas filosas y certeras, que publicaban prestigiosas editoriales entre tres y cuatro veces por año. Y encima, se daba el lujo de hacer beneficencia. Siempre vienen algunos aspirantes a escritores a mi casa, jovencitos ellos, de editoriales independientes, me quieren conocer, así es esto, una vez que estás arriba todos quieren conocerte, y bueno, yo siempre tengo un relato guardado en mi mesita de luz que se llevan bajo el brazo para publicarlo, así ayudo, solía afirmar en las entrevistas que otorgaba a la prensa internacional. Gamorra la tenía clara: Soy un escritor pop, que escribe novelas pop y que se coge minitas pop, me confesó cuando quedamos a solas; acabábamos de llegar a la fiesta y Karla se había ausentado unos minutos para ir al bar en busca de una botella etiqueta azul de *Johnnie Walker*, que Pablo insistía en que la bebiéramos jun-

tos. Las gentes, todas amistades extravagantes de Gamorra, empezaban a llegar a su casona. Nadie quería perderse las fiestas de Gamorra; ninguna de las celebridades de Resistencia que conociera su pomposidad y absoluta libertad para hacer lo que se te viniera en ganas, dejaba de asistir. Eran, en definitiva, un culto a la joda. A mí me gustaban mucho porque presenciaba toda clase de escenas inquietantes y, en algunos casos, perturbadoras. Por supuesto que no voy a describir ninguna, a razón de que he afirmado en más de una oportunidad que la ficción ha muerto y junto con ella la imaginación, que, a decir de Barthes, destruye, sí, la imaginación destruye. Por qué. Porque todo es posible. Y si todo es posible, imaginar es perder el tiempo. Y los fracasados, los derrotados, hablo de los dioses terribles que fueron vencidos, no quieren que les vengamos con estas chancletas, ellos saben que en esta vida no hay sucesos que no hayan vivido ya, lo que no significa que, desde este instante en adelante, nada que no sepamos vaya a pasar, sí, van a pasar muchas cosas, siempre pasan cosas *nuevas*, es solo que ninguna debería causar sorpresa, escándalo o espanto.

El balcón trasero daba al amplio jardín de la casona, desde donde observábamos el desarrollo de la fiesta. Una banda hacía temas de Julian Casablancas. Un grupo bailaba semi-desnudos junto a la piscina, mientras otro, dentro de ella, bebía cervezas y tragos o simplemente disfrutaban del agua y de la noche sepultada de estrellas. Otras personas, creo que se trataba de un grupo de artistas, charlaban y se drogaban de a ratos en unos sofás rojos cerca del bar dispuesto debajo de la galería, a unos metros del comedor, ya dentro de la casa. En esos instantes, escuchamos tronar el rugido de una moto deportiva. Era el insurgente artista plástico Milo Lockett, que ingresó a toda velocidad por el garaje, hizo un par de maniobras alrededor del patio, se bajó de la moto, la meó encima, volvió a subirse y salió disparando por donde entró haciendo un *willis* inquietante que dejó con la boca abierta a todos. Nosotros, Pablo, Romina, Karla y yo, charlábamos en el balcón. Pablo seguía con la lata de la nueva corriente literaria, el gótico litoraleño. Qué es exactamente eso, le preguntó Karla. Es sencillo, dijo Pablo, lo voy a explicar en pocas palabras: se

trata de la utilización de recursos fantásticos en la narrativa gamorriana, que describen la diversidad social y cultural del norte argentino. Suena impactante, comentó Karla. Lo es, dijo Gamorra exhalando el denso humo de su cigarro de marihuana. Tras esa afirmación, Karla se fue al baño. Gamorra, por su parte, nos dejó hablando a Romina y a mí aludiendo que no sería un buen anfitrión si no acompañaba a sus demás invitados. Tengo una amiga, me decía Romina, se llama Dylan y es una actriz porno en ascenso, deberías conocerla, es una mina genial, muy piola, dijo y contó una revelación que ella le había hecho: el sexo y la muerte son las únicas cosas que importan en la vida. Eso dijo tu amiga, pregunté. Sí, contestó. Pues lo veo muy cierto, muy acertado. Por supuesto que lo es, dijo Romina con tono enfático, dejando en claro que no hubiera aceptado ninguna contrariedad. Sabés una cosa Funes, me dijo con mirada reflexiva, y tiernamente melancólica (ella era en verdad muy hermosa). Qué, dije yo. Te dije esto sobre el sexo y la muerte por dos cosas: la primera es porque creo que Pablo y Karla están revolcándose, mientas nosotros estamos acá, haciendo nada, y la segunda es porque tengo

ganas de matarlo. Le dije no podía ser, que no podía ser cierto. Me tomó de la mano y me condujo a la habitación de Gamorra.

Abrió apenas la puerta, sin que nos pillaran, y allí estaban los dos. Pablo se lo estaba haciendo por atrás a Karla. Desgraciados, grité pegándole un puñetazo a la pared. Los amantes, aunque exaltados, no mostraron ni un mínimo gesto de pudor en sus caras. Pablo, con los pantalones arrugados en sus tobillos, reparó en mí y en mis ojos acumulando bronca, y se los subió. Karla sólo observaba a Romina con cara de nada, quien estaba junto a mí, petrificada, como si la escena no la hubiese sorprendido en absoluto. Funes, sabías que esto iba a pasar, dijo Gamorra: te lo advertí. Infeliz, traidor, gruñí levantando mi puño a la altura del pecho. Y vos, cómo pudiste, cómo pudiste, dupliqué poniendo ahora la rabia encima de Karla. Ella no dijo nada. Tenía tanta ira supurando en mi corazón que di un paso hacia adelante para zurrarle una trompada directo a la cara de Gamorra. Pero Romina me detuvo agarrando mi hombro con su mano, me dijo: Funes, no tiene sen-

tido, no vale la pena. Romina y yo simplemente nos fuimos de la habitación. De la fiesta.

Un par de días después, Gamorra daba una conferencia de prensa en el auditorio del Museo de Bellas Artes, frente a la casa de la gobernación. Allí anunció la edición de su libro *Nocaut* y con ella la inauguración de una nueva corriente literaria. También anticipó que en los próximos días recorrería varias ciudades de Europa, para presentar lo que él aseguraba era su obra maestra. Antes de terminar la rueda de prensa, habló sobre mis libros, y, dirigiéndose a la cámara, me dijo: señor Funes, le hace muy mal a la literatura, deje de escribir. Romina y yo miramos toda la conferencia por televisión; estábamos en casa de ella. Me dijo que no le haga caso, que era un imbécil, y que tenía un plan, un proyecto para los dos, pero que antes, si queríamos estar juntos, así me dijo, que si queríamos estar juntos en esto, teníamos que conocernos mejor.

CUADERNO DE BRONCAS

¿Por qué no habrá querido la eternidad abortar este engendro del tiempo? Su lunar de nacimiento es el timbre de periódico, su alhorre es del color de la letra impresa y es tinta lo que discurre por sus venas.

KARL KRAUS

*Este oficio no es para supersticiosos;
los verdaderos escritores ya saben que están muertos.*

FERNANDO FUNES

Diatriba iracunda contra periodistas

Los escritores vienen al mundo a contar lo peor de él. No todos lo hacen, claro. Es una elección. Pero así, si me apuran, digo que los escritores vienen a mostrar la cara más atroz del mundo. Su arma criminal es la imaginación, la ficción. Los escritores son (o deben ser) asesinos temerarios por naturaleza, la obra cumbre es la muerte porque la condición humana representa otra cosa, a la que llamamos vida, y con esto último sólo se escribe el padrenuestro. Los escritores matan a cualquier gil a machetazos y luego dicen que lo que pasó allí no fue en realidad un asesinato premeditado, sino un campo de exterminio. Si me preguntan, creo que la razón por la que trágicamente hemos cambiado los campos de exterminio del escritor por las noticias de los diarios en tres dimensiones de la posmodernidad, son los periodistas. Los periodistas tienen la culpa de todo. Ellos creen que no, pero sí, tienen (y me incluyo: tenemos) la culpa de todo. Porque su arma criminal es la realidad, la construcción de una realidad, y a eso no hay con qué darle. La diferencia está a

la vista: los periodistas del Siglo 21 te muestran al muerto antes de haberlo matado, y encima te dicen que lo que pasó allí no fue un campo de exterminio, sino un apocalipsis nuclear o algo por el estilo. Y encima de todo, si decís que no les crees, se te enojan. Lo que pasa es que se toman muy a pecho su ficción. Tal vez ahí radique la diferencia entre uno y otro, y por añadidura explique por qué los asesinos en serie abandonaron su oficio. Porque mientras los periodistas fabrican apocalipsis, los escritores se quedan sin víctimas.

Me apresuré un poco, en realidad. No quise decir que los periodistas tienen la culpa de todo, al menos no exactamente de todo. Bueno, sí, tal vez tengan la culpa de todo. Es muy probable que así sea. Lo que digo es que no hay modo de saberlo. Es más bien una certeza, una fe; jamás lo comprobaremos, pero sabemos que es así. Como la estéril disputa entre cristianos y ateos, ambos están convencidos, los unos de que existe, los otros de que no, pero ninguno tiene forma de demostrarlo. Es solo cuestión de fe. Pues bien, siendo así, mi fe radica en que los hombres son dioses inmortales y co-

mo a tales lo único que les importa es el sexo y la muerte. No hay cosa más importante en la vida que el sexo y la muerte. De hecho, todo es sexo y muerte. Si se fijan bien, los periodistas sólo son capaces de acostarse con los titulares de una noticia, les cuesta tanto trabajo acostarse con una chica o un chico que al final abdican de tal propósito; y si lo hacen, si logran en verdad tirarse a alguien, sólo saben eyacular tinta negra y espesa, que al otro día, garrones, usarán para escribir un articulito infame sobre las diez formas de conquistar un chico o una chica.

No es que tenga algo contra los periodistas. De ninguna manera. Sólo creo que mi experiencia en La Voz de la Verdad fue determinante. No espero que piensen igual que yo, aunque me gustaría. Vean el caso, por ejemplo, de los periodistas casados. En el gremio, hay un cincuenta por ciento de reporteros casados todos entre ellos. Un cuarenta por ciento que no llega a desposarse porque no coge nunca, como recién expliqué. Y el diez por ciento restantes está demasiado enamorado de sí mismo como para perder el tiempo con otra

gente. De aquel cincuenta por ciento, la mitad se divorció al año de matrimonio y la otra mitad todavía no llega a comprender del todo cómo y cuándo pensó que esto de casarse funcionaría. Arnoldo Céspedes, mi ex jefe de redacción, me dijo al respecto: Lo que pasa, Funes, es que nadie nos entiende. No nos entendemos ni entre nosotros, cómo, entonces, vamos a entender y escribir sobre el mundo, reflexionó. Tiene razón.

Sucede que los periodistas son muy macaneadores. Para empezar, no hay nada nuevo en ninguna noticia. Las noticias no tienen nada de innovador ni de original. Ni de curiosas y mucho menos de asombrosas. Son, más bien, repetidas y redundantes. No hay nada que contar en una noticia ni que merezca la pena llevar adelante su empresa. No gastaría nada de mis fuerzas en redactar una sola oración que describa un suceso de la realidad, pues la noticia siempre estará sometida a intereses que jamás se podrán contar.

Verán. Antes de que reviente toda esta mierda entre vivos y zombis, trabajé un tiempo en el diario de la familia Ferro. Bueno, eso ya lo saben. Sin embargo, lo que no saben es que la paga era mala. Qué digo mala, malísima. Escribía dos y a veces hasta tres notas por día y además teníamos la obligación de rellenar con los más extravagantes y disparatados comunicados, oficiales y no, las páginas que incluso con aquellos textos no llegaban a cerrarse. Al final de las siete u ocho horas de la jornada mi cabeza parecía uno de esos melones gigantes y azafranados que se venden en épocas de estío a cuatro o cinco calles de mi casa. Nunca imaginé que este oficio fuese tan abyecto. Una vez un amigo me dijo: los periodistas son, por lo general, gente de escasa imaginación, vulgares sabelotodo. Por supuesto que se lo discutí y hasta llegamos a pelearnos un buen tiempo por esa afirmación, ya que, al principio, muy ingenuamente, yo defendía gruñendo y mostrando los dientes la profesión. Sin embargo, después terminé dándole la razón.

De pibe tenía la convicción de que el periodismo era una herramienta indispensable para transformar, cambiar la realidad en la que vivíamos, como dice Ferro. Luego me percaté, con gran desencanto, que las noticias no son más que edificaciones fantásticas y suntuosas de las realidades, como universos o mundos o estadios paralelos, algo más bizarros, es cierto, y cuya construcción ladrillo sobre ladrillo se disputan los imbéciles y borricos. Los periodistas sólo son asnos que acarrear esas masas de arcillas cocidas rectangulares al sitio que éstos últimos manden.

Sin embargo, así como lo estoy explicando nadie va a entender nada. Hay que ir al principio, volver a los orígenes y desglosar el génesis. Se dice que todo comenzó con los hombres primitivos, que trescientos cuarenta mil años antes de nuestra Era se procuraron encender un fuego con dos trozos de palos secos, aunque ignorando desde luego que ese descubrimiento generaría el combustible vital que maquinó la evolución de civilizaciones próximas. Fue el hallazgo más extraordinario ocurrido por esos días y por esa misma razón,

el más abominable, la noticia. Imagínense a esos homínidos, que apenas si emitían chillidos y que valiéndose de sus pocos sesos llegaron a fabricar útiles de piedra, urdiendo toda clase de recursos para domesticar el fuego, para mantenerlo encendido. Qué emocionante espectáculo hubiese sido presenciar a estos homo erectus experimentando la necesidad de comunicar a otro simio ese hecho. Allí, precisamente en ese momento, la noticia encuentra su inmundo génesis, en el instinto de búsqueda de medios necesarios para expresarlo. Así es como heredamos el deseo por deformar, con la noticia, que es el primer chispazo, el primer fuego, que avanza a velocidades extraordinarias carbonizándolo todo a su paso. Pero no se preocupen, hace rato que este siniestro nos calcinó la cabeza y todo lo que había dentro de ella.

Sepan excusarme si es que a veces me pongo eufórico, pero todo esta lata del periodismo me chala a montones. En realidad, no sé a cuento de qué me vengo dándola de hosco con todo esto. Siendo sinceros, ignoro por qué estoy tan entongado con estos tipos, si al fin y al cabo yo también fui periodis-

ta. No estoy diciendo nada que ya no sepan; mi propósito es inútil; es una verdad a gritos. De todas formas, no está mal que lo expresemos. El abuelo Pucho solía decirme que no tenemos que guardarnos nada, la rabia tiene que salir, como cada tanto salen los espectros del pasado a reclamarnos.

Esto, quizás, esté más allá del fracaso o la victoria. Sí, de eso no hay dudas. Fernandito, me decía el Pucho (porque el abuelo Pucho me decía muchas cosas), siempre hay que pelear grandes batallas, porque si perdés, la derrota será digna, y si ganás, la victoria mucho más gozosa.

Yo nunca di grandes batallas; no pude, no sé, tal vez no quise. Pero si de algo estoy seguro es de que los periodistas tampoco dan grandes batallas. Dan, eso sí, muchos dolores de cabeza. No resuelven nada, opinan mucho, bastante, pero de soluciones ni jota. Critican, también critican, son especialistas consumados en ofrecernos, digamos, sus puntos de vista. Ah, y lo que más les encanta hacer es futurología, eso sí, lo hacen con seriedad. Volviendo a lo del fracaso y la vic-

toria, decía que ni en un millón de periódicos estos tipejos (yo también entro en ese conjunto, no sé cuántas veces voy a repetirlo) nos pueden llegar a venir con un cuento interesante. Lo que creo es que los periodistas se copian la realidad, y lo hacen muy mal.

No sé dónde escuché ni quién lo dijo, que el de periodista era el mejor oficio del mundo. Qué chancletas es eso. El mejor oficio del mundo es el de vago. Los vagos, los perezosos, los haraganes, los holgazanes, los zánganos, en fin, toda la cirujada escupida a las calles, los expulsados, aquellos que no tienen nada qué hacer, son los que practican el mejor oficio del mundo, porque no hacer nada es igual a una obra de arte, está libre, está vivo, quien nada tenga que hacer.

Por eso hay escritores que terminan siendo realmente muy buenos, porque necesitan perder el tiempo para escribir más y mejor. Los periodistas, en cambio, trabajan mucho, más de la cuenta, porque pretenden ser los Guardianes de lo Correcto. Siempre se la dan de cumplidores, de Centinelas del Or-

den. Salen en televisión con esos trajecitos y esas corbatas de pusilánimes a decirnos cómo hay que comportarse; cómo hay que ser; cómo hay que actuar; cómo hay que sentir.

A guisa de ejemplo: no hay ninguna diferencia entre un periodista y un vampiro; está a la vista que si uno te asalta, cualquiera, es para chuparte la vida. Ambos son carroñeros de los despojos que expulsa el día, la luz. Les encantan los secretitos, los huelen a kilómetros igual que los tiburones a la sangre. Parecen multiplicarse en cofradías, los veo a la mañana temprano cuando me despierto, al mediodía, a la siesta, a media tarde, a la tarde noche, a la noche, al final de la jornada. Diablos: ya no son vampiros, son muertos vivos. Me esperan fuera de mi casa, a veces quieren entrar por la fuerza, pero no se los permito, les doy batalla a muerte. Pero están allí afuera, esperando el momento. Tienen un apetito voraz. Soy su comida preferida. Su única comida.

La infamia comienza desde muy temprano, cuando abro los ojos hasta el techo. Enciendo la radio y allí están. Enciendo el televisor y allí están. Sus blasfemias están escritas en los diarios, todos los días, lo mismo que en internet. Salgo a la calle, no sé, a comprar cigarrillos. El dueño del kiosco me pregunta si leí el diario, *La Voz de la Verdad*, la cosa está jodida, me dice que él con su familia piensan en marcharse de la ciudad, que todo muy pronto se irá al demonio. Le respondo que no, que no leí el periódico, que no se preocupe, ni él ni su familia, que siempre hemos andado entre muertos y que siempre hemos temido a lo que en verdad fuimos.

Vuelvo a casa y procuro concentrarme; tengo que terminar mis artículos para la revista de mi amigo. No me sale una puta línea ni sobre Gaspar Noé ni sus películas y tampoco sobre mi autor favorito. Agarro mi *Cuaderno de Broncas* e imagino que tengo una ametralladora y en frente, contra un paredón, a todos los periodistas y escritores del mundo. Les apunto, jalo el gatillo y entro a meter balas. Diablos. No me

alcanzan los proyectiles para matarlos a todos. Tendré que hacerlo con mis propias manos:

Contra escritores; la muerte de la ficción

La gente tiene siempre la tozudez de preguntar a los escritores de ficción si lo que escriben es semejante a la realidad, si hay algún parecido entre este personaje o tal otro con algún individuo en particular. Si este hecho que aparece en su texto no recuerda quizás a un acontecimiento equis en particular. Si tal vez esa experiencia que usted vivió no inspiró un determinado relato. Preguntan esas cosas y la verdad es que, como Fernando Funes, como ex escritor y ex periodista que ha fracasado en ambos oficios pero que algo de calle tiene en estos asuntos, sólo puedo decirles humildemente que no me rompan las pelotas. Que una cosa es una cosa, y que otra cosa es otra cosa.

En realidad, ya no hay ficción. Los periodistas han asaltado las cabezas de las personas y les han robado toda su imaginación, si es que algo de ella quedaba ahí dentro. En ese caso, se llevaron los residuos olvidados de antiguas fantasías. Pienso que los escritores debieron habérselo impedido. Pero en cambio andan atiborrados, escribiendo novelitas lumpenes. Si la cosa sigue así, no sé qué van a escribir de acá a doscientos años. Los tiempos están cambiando, dijo el gran Bob, advirtiéndonos que el agua iba a llegarnos hasta los huesos y que debíamos nadar o hundirnos como una roca. Pues bien, nos hundimos, nos volvimos de piedra y descendimos hasta la más oscura planicie submarina del Abismo Challenger. La ficción ha muerto. Está allí abajo.

Y los escritores son los máximos responsables de este exterminio. La ficción se les ha vuelto en contra y les declaró la guerra. Nadie entendía muy bien qué estaba pasando. Pero allí estaban ellos, los escritores, pegándole bofetadas al viento. Nadie sabe cuándo ni cómo ocurrió exactamente, pero un día despertaron y entraron en la cuenta de que tenían que

trabajar, que no podían seguir siendo unos vagos y buscaron así un empleo y agarraron los primero que encontraron. Dejaron atrás su vida lumpen y con ella las buenas historias. Todo se vino al carajo.

Si me apuran, digo que los escritores vienen a contar del mundo lo peor de él. El mundo, lo que sucede a nuestro alrededor, es un gran espectáculo y sabio es el que se contenta con él, dijo un poeta. Muy bien. Esto es lo que necesitamos escuchar. Por eso siempre imaginé una historia que algún día, quizá, me anime a escribir, una historia común y corriente, en la que los personajes se mimeticen entre sí y con sus propios relatos de vida, todos oscuros y desgraciados por supuesto, aunque, al contarlos, sepa sobrellevar, el tono del relato digo, el sarcasmo de que debo valerme para darles vida a mujeres y hombres viajando a través de sí mismos y a través de sus pesadillas más horribles, batiéndose a muerte contra fuerzas siniestras y demonios indescriptibles, que no son otros que aquellos que vivimos y respiramos a diario: el amor, la esperanza, la fe, la solidaridad, el trabajo, la fami-

lia, los valores morales, las buenas costumbres, dios. E imaginé que cada vez que estos monstruos aparecían, la prosa desgarrara en colores rojos, como si le abrieran el estómago con una cuchilla y sus entrañas salpicaran al mundo. Siempre tuve la intención de escribir una novela así. De más está decir que nunca pude hacerlo, por una cosa u otra. Me quedé pretendiéndolas, feliz, sólo con poder imaginarlas.

Cuando empecé a trabajar en La Voz de la Verdad, todas las noches tenía un sueño aterrador: Una rara necrosis blanca que empezaba a salpicar de los miembros mismos de las personas, altamente infecciosa. Invadía primero piernas y brazos y luego consumía el resto de las capas de la superficie de la piel, pudriéndola y devorándosela hasta extenderse por el resto del cuerpo y sus órganos internos, engulléndose vísceras y tripas, y emanando de esa hediondez un olor repulsivo semejante al azufre y la mierda humana. El contagio se producía acaso sólo mediante el contacto físico entre personas, y en cuestión de días un simple roce causaba una muerte horrible. La infección se precipitó avanzando en forma súbita

e inesperada. En poco tiempo, mujeres y hombres de todas las edades se descomponían moribundas por las calles de Resistencia invadidas de pestíferos olores cadavéricos.

Procuré escribir esta historia, a ver si la pesadilla me dejaba en paz. Pensaba que en mi sueño estaba ese espectáculo que tanto anhelaba presenciar. Y allí, frente a mí, el gran orbe abriéndose de lado a lado como si partiera un durazno a la mitad. Y yo, atónito, anulado, como si me hubieran desenchufado de la realidad, no pude moverme. Confieso que sentía unas ganas enormes de masturbarme, de sacudir mi pene gordo en el medio del show, en el mejor momento del show.

Tenía la historia ahí, encima de mí, como si Frances Farmer me acabara de lamer los labios. Pero me volví un imbécil, el tiempo pasó y me volví más imbécil aún, y decidí aceptar el puesto de agente de prensa de Ferro. Francés Farmer se fue y frente a mí sólo quedó un espectro, una imagen difusa de una historia que pudo haber sido y sin embargo se esfumó en mi boca.

Una noche, mientras Romina descansaba y yo leía a Jack London, tuve una epifanía. Se me apareció en súbita cortina de humo Pablo Gamorra, y entonces noté su parecido increíble a Andrés Calamaro. Pero esa no fue la revelación. La revelación fue lo que me dijo: Todos los escritores deben morir. Pensé, primero, en la inviabilidad de tal cometido. Matar a todos los escritores. Por qué. Para qué. Es imposible, sentenció. No obstante, días después vino Andrea a buscarme por la noche so pretexto de ir de bares (Romina había viajado a Córdoba), y tuve una de las noches más felices de mi vida. Fue una noche perfecta. Incluso Andrea puso en ridículo a Gamorra. Cerca de la madrugada (esto no lo conté), Andrea me leyó la mano. Me contó que una gitana correntina le enseñó a hacerlo por unos pesos. Me dijo que iba a tener un hijo, quizás dos. La pucha, exclamé: Quién será la madre. Yo, dijo, y me lamió los labios.

Desde ese momento, no sé por qué, supe que la historia ya estaba escrita. Que no había que matar a ningún escritor,

porque los verdaderos escritores ya saben que están muertos. Y yo me sentía más vivo que nunca, más vivo que las palabras que usó Michael Stipe cuando Andy Warhol le dijo que era una estrella de rock y él respondió que no, que no era una estrella de rock, que sólo era el cantante de una banda. Pues bien, yo solo soy el cantante de una banda. Ni eso. Tal vez sólo soy el guitarrista; el vocalista es la mitad de la banda, y eso es demasiado para mí.

Después pensé en Pablo Gamorra, en ese Calamaro moderno que escribía novelitas pop y se cogía minitas pop. Está vivo o está muerto, me pregunté. No, este oficio no es para supersticiosos, es sólo para quienes hablan de la vida, y de la vida sólo pueden hablar quienes saben que han muerto.

No sé por qué me vengo con toda esta lata. Creo que es porque estoy llegando al fin. Fin de qué. De saber que el tiempo...

Pero mis manos están cansadas. El cigarrillo que encendí pesa igual que un ladrillo. Enciendo la tevé. Está Ferro, que es una copia, algo más joven, de Bill Murray. Unos reporteros lo acosan como moscas. Ferro dice que convocó a una gran movilización, y que si los muertos vuelven a la vida, van a quemarlos a todos. Conozco a Ferro. Lo va a hacer. Pero enseguida me olvido del asunto y agarro mi celular y llamo a Andrea. Ni bien responde me dice: Fernando, qué vamos a hacer. Nos vamos, le digo, tan lejos que olvidaremos cuál es el camino de regreso. Las cosas están mal, si seguimos así ya no tendremos a dónde regresar. Te extraño, Fernando. Yo también te extraño.

...se va acabando.

No hay nada de malo en eso, el tiempo siempre termina donde empezó. Siempre voy a estar al principio aunque sienta que es el fin. Y siempre voy a estar cerca del final aunque me sienta tan lejos de la línea de partida. Ahora quisiera escuchar esa balada de Wendy René, After Laughter (Comes

Tears), que dice que después de las risas vienen las lágrimas. No, mucho mejor: imagino que Andrea me canta esa canción con su Fender. Creo que ya estoy mariconeando. Así jamás podré escribir una historia como la de mis sueños.

Lo mejor que puedo hacer es redactar mis propias noticias, mis propias historias de ficción, que al final, como hemos visto, terminan siendo la misma cosa. Y en mi noticia, en mi ficción, veo a Andrea despertar cada mañana, deshilachando el sueño, desperezándose junto a mí en la cama. Veo su empuerada obstinación rasgando la guitarra, buscando las palabras precisas que ensamblen los sonidos de una buena pieza de soul que suena hace rato en mi cabeza y que ya saben cuál es. Veo a Romina, buscando para siempre la forma de exiliarse, de exiliarse de sí misma. Veo que ya lo hizo y olvidó el camino para encontrar su corazón. Veo el rostro circunspecto del Pucho Reinoso aceitando el viejo ventilador de lata de la abuela Kika. Veo la sonrisa redonda de Matilda, al abrir la puerta de su hogar, qué dulce hogar, dice ella, y su

jauría de perros y gatos se echa sobre ella como si hubiera entre ellos un secreto lenguaje de alegría.

Tengo la certeza de que sólo los escritores que saben que están muertos pueden venir a este mundo a contar lo peor de él. Ahora sé que todos los periodistas se disfrazan de muertos para escribir que el mundo se cae a pedazos. No es poca cosa. Pero tampoco es la gran cosa. Digo, esto de contar el mundo. Ya dije que los hombres son dioses inmortales. Ya dije que en el fondo nadie quiere otra cosa que acostarse con Rita Hayworth o James Dean. Ahora no me vendan los huevos de que todo está escrito, que es mejor resucitar a los muertos, que es mejor convocar a los espectros, saben a lo que me refiero.

Este no es un oficio para supersticiosos, dije, hace mucho tiempo que la gente olvidó qué es una cosa y qué otra. Si ficción, si realidad. Si está viva, si está muerta. Igual, ya no importa. Los muertos empezarán a despertar y andar por las calles de esta ciudad. Y volverán a sus casas como si nada,

como si estuvieran vivos, como si nunca se hubieran muerto. Como si fueran igual o uno más de nosotros. Y nosotros (qué titular de portada sería éste para La Voz de la Verdad), qué pequeños, qué ingenuos, todavía no terminamos de comprender que somos en realidad los moribundos, los muertos; y ellos, expulsados de las entrañas del infierno, los que empiezan a nacer.

Ciudad Espectral: La Vida Nueva

Recordaba que mi padre solía decir que la razón de la vida era prepararse
para estar muerto durante mucho tiempo.

WILLIAM FAULKNER

Agente Funes, lo estábamos esperando, dijo un espectro que se apareció ante mí, súbitamente, en cortina de humo negro, ni bien crucé la entrada principal del cementerio San Francisco Solano. Acompañeme, me ordenó, lo conduciré hasta el panteón de los gobernadores, allí lo aguarda el Doctor Perrando.

Como usted sabrá, agente Funes, no vinimos al mundo de los vivos a hacernos de amigos, me dijo el Doctor Perrando, que se hallaba sentado sobre el féretro de Deolindo Felipe Bittel. Y a qué vinieron, Doctor, pregunté. Alrededor de una decena de fantasmas que revoloteaban alrededor mío como mariposas reventaron de la risa, esfumándose entre las tinieblas del panteón y volviendo a emerger, atravesando en forma de sábanas de nieblas enrojecidas a los ataúdes de los gobernadores. Verá usted, agente Funes, apuntó con sorna el cirujano, vuestro tiempo se ha terminado, es la hora de los muertos. Qué significa eso, Doctor, indagué. Significa que los muertos que descansan en este cementerio volverán a la vida. Con qué propósito, continuó, retórico, el Doctor Perrando, con el pro-

pósito de instaurar un régimen Necrocrático y exterminar a todos los vivos, a quienes vivan más allá de estas murallas. Por qué, dije. No hay porqués, agente Funes, dijo don Julio Cecilio elevándose sobre los aires, dígle a sus líderes que la invasión es inminente.

Dicho esto, el Doctor Perrando y sus demonios, o espíritus, o lo que diantre fuesen, se agruparon bajo la cúpula del panteón de los gobernadores y deliberaron en asamblea fantasmagórica, improvisando así una suerte de búnker deliberativo de las avernas. El cirujano maléfico me ordenó que presenciara aquel convite, ya que allí, sostuvo, se resolvería el futuro de la ciudad y yo debía comunicar las resoluciones espectrales al comité de crisis encabezado por Ferro.

Compañeros, dijo el Doctor Perrando como si fuera un orador de barricada frente a la muchachada peronista, compañeros, creo fervientemente que resulta imprescindible recurrir al instrumento que desde el principio de los tiempos ha sido aprobado para dar solución a los grandes conflictos del mun-

do, y desde luego a los particulares, que es el derramamiento de sangre deliberado, la guerra, compañeros, la guerra, que, es necesario señalar, ha servido y contribuido como ninguna otra causa a las motivaciones más profundas de nuestra providencia. Por tal razón, como ya una vez pasó con esos chicos a través de Elías y su sucesor Eliseo, y con ese otro que tomó contacto con los restos del último, y con ese Ezequiel a quien mandó dios a animar a un ejército de huesos, y con el hijo de la viuda de Naín y con la hija de Jairo y con Lázaro, e incluso con esa caterva que entró a Jerusalén tras la muerte de Jesús, quien al tercer día volvió de entre los muertos, y más tarde con la santa Dorcas y con el joven Eutico por intermedio de Pedro y Pablo, respectivamente, como pasó con todos ellos, decía, y retomando el hilo, compañeros, así nos hemos con-
graciado nosotros, habiendo salido de la boca del señor gobernador con la facultad de otorgar vida nueva a quienes, habiéndola tenido en otros momentos, a ellos, los muertos, volverá, volverá la vida nueva para llevar el mandato irrenunciable de terror y espanto entre los vivos, instaurando un

nuevo orden en este mundo ruin que tanta mala sangre nos hace pasar.

Dicho esto, los espectros hicieron estallar aplausos y luces multicolores, dando vueltas en rededor de la figura de su líder, quien, tras la algarabía, continuó: sin embargo, compañeros, debo reconocer que si algo me ha enseñado mi infinitud es que la libertad de conciencia de los hombres es un factor complejo y vertiginoso, es decir, nunca sabés del todo con qué te van a salir, qué rastrero truco emplearán para salvar su cuero como siempre han hecho desde que existe el fuego o la palabra. Diciendo las cosas de otro modo, no podemos andar levantando muertos cada vez que el mundo anda por las cornisas. Por tales motivos recién expuestos, compañeros, debemos corresponder con grandeza a los tiempos en que estamos, que son tiempos de muerte y espanto. Por eso os propongo, compañeros espectros, que despertemos a estos muertos desde las profundidades del Inframundo, los conduzcamos a la ciudad y que maten a todo aquel que diga de sí mismo que está vivo.

Los demonios, luego de una breve deliberación, aprobaron la propuesta del Doctor Perrando de invadir la ciudad con muertos resucitados del cementerio San Francisco Solano. Al final de la asamblea, el luzbel de don Julio Cecilio me ordenó que llevara el ultimátum al comité de crisis, y me solicitó que hiciera especial hincapié en que no habría escapatoria, que la ciudad, dijo, ya estaba sitiada. Antes de retirarme, le pregunté al Doctor cuál era nuestro tiempo. Tres días, respondió.

Relaté al diputado Ferro y al comité de crisis los detalles del encuentro y la decisión del Doctor Perrando y sus luzbeles de revivir a todos los muertos del cementerio. Al principio creyeron que era una broma o algo así, aunque en realidad no terminaban de creer la historia que les había contado. Esto es inaudito, exclamó Ferro golpeando la mesa con su puño cerrado. Agente Funes, inquirió el diputado Matarazzi, quien se encontraba a cargo de la secretaria general del comité, está usted seguro de que no podemos disuadirlos, no sé, supongo que rubricando un tratado de paz entre los dos mundos. Le-

gislador, respondí, estas ánimas no buscan un acuerdo, una tregua, ni siquiera hacernos sus prisioneros, vienen a apoderarse de la ciudad y no hay nada que pueda detenerlos. Su punto de vista es desesperanzador, agente Funes, apostillaron los Vergas bajando las escaleras. No yo, señores asesores, dije, esta situación lo es; no hay más remedio que evacuar la ciudad. Eso es inaceptable, exclamaron los Vergas. Sí, inaceptable, glosó Ferro. Los miembros del comité comenzaron a cruzar comentarios entre ellos; alcancé a escuchar murmullos de queja, de disidencia, de descontento, de disgusto, como si no pudieran ponerse de acuerdo. Es suficiente, ordenó Ferro poniendo a todos en silencio, se levantó de la butaca y dijo en voz alta: Tengo un plan. Agente Funes, puede retirarse, dijo Ferro, su colaboración nos ha sido de gran utilidad pero ya no nos será necesaria.

Cuando volví a casa Andrea me dio un fuerte abrazo. Me contó que los noticieros decían que Resistencia era un caos, un infierno. Funes, me preguntó acongojada, poniendo su cabeza en mi hombro, cerca de mi corazón, qué está pasando,

qué va a pasar con nosotros. Yo no sabía muy bien qué decirle, así que la abracé y le dije que no nos iba a pasar nada, que estaríamos bien, que mañana nos marcharíamos de la ciudad, junto con Matilda y el abuelo Pucho y que ahora, le dije, que ahora no había nada que hacer.

Desperté bien temprano por la mañana y lo primero que hice fue ir a buscar al abuelo Pucho. Antes de salir, Andrea me dijo que tuviera cuidado, que la cosa sí que se estaba poniendo jodida. Le dije que no se preocupara, que en un par de horas estaría de vuelta. Me preguntó si no quería que me acompañara. Le dije que no, que estaría bien y que esto era algo que tenía que hacer solo.

Camino al hospital, en sus inmediaciones, marchaba una gran caravana de gentes, eran unas tres mil personas, portaban carteles y banderas con inscripciones que decían: FUERA ESPECTROS, FUERA MUERTOS, LA VIDA VENCERÁ. Al parecer se dirigían a la plaza 25 de Mayo, adonde, me contó uno de los manifestantes, el gobierno había convocado a una concentra-

ción. Antes de incorporarse de nuevo a la movilización, que se extendía a lo ancho de la avenida 9 de Julio como un río humano, el manifestante dijo: Estos monstruos se arrepentirán de haber salido por la boca de nuestro querido gobernador.

Seguí mi camino. El cielo empezó a encapotarse de nubes grisáceas, casi negras. El sol desaparecía en lo alto. Soplaban un viento fresco. Una mujer, que cargaba con un bebé en brazos y llevaba a otro tomado de la mano, cruzó la avenida a las corridas, un coche por poco no la pasó por encima. Bajo el umbral de la entrada principal del hospital, un pibe de unos nueve o diez años lloraba a mares entre gente que iba y venía, estaba solo, quizás se había perdido. Pensé que, de alguna forma, todos estábamos solos y perdidos.

Al llegar a la sala de espera vi a Matilda sentada en una de las butacas de los pasillos, apoyados los codos sobre su regazo y hundido su rostro en el fondo de sus manos; junto a ella iban y venían las enfermeras y los médicos agobiados por las ur-

gencias que, al parecer, no paraban de llegar; el lugar estaba colapsado. Matilda me vio y se paró y se arrojó contra mí, como expulsada por el dolor, me abrazó fuerte. El abuelo se nos fue, me dijo sollozando que el abuelo Pucho se nos fue. Me quedé unos minutos con ella, abrazándola. Luego pasé a la habitación y el Pucho todavía estaba ahí, acostado en la cama, boca arriba, era el mismo, dormido, nada más que sin sus ronquidos. Me acerqué y le di un beso en la frente y le susurré cerquita del oído: Pucho, anda tranquilo nomás, vos sí que viviste, vaya que viviste. Después me arrodillé a su lado y me largué a llorar.

El funeral del Pucho fue sencillo y privado, igual que el de la abuela Kika. Así lo resolvimos Matilda y yo. Lo hicimos por la tarde en casa. Allí sólo estábamos Matilda, Andrea, yo y las queridas mascotas de mamá, los gatos Samanta y Bety, los tordos Virtudes y Caridad, el perro Toto y su novia Tota y sus cachorros Tati, Tito y Tato, que en realidad ya no eran tan cachorros. Matilda no paraba de llorar y a mí se me rompía el corazón viéndola llorar. Jamás comprendí por qué la muerte

tiene que ser tan triste, tan sola. Siempre pensé que el día que yo me muera quisiera que queridos y amigos celebraran mi vida con una gran fiesta, entre música de Jack White y Charlyn Chan Marshall, poemas de Bob Dylan y novelas de Roberto Bolaño, nada de cruces ni palos cruzados, nada de adioses ni llantos, que el whisky de la vida fue siempre el mejor, te quemó la garganta y tuvo un sabor especial a madera, no hay dudas, será el último y rico aroma picante después de mucho, mucho tiempo.

Y recordé aquello que me había dicho el Pucho, eso de que la muerte no es nada, que cuando llegara la noticia iban a decir, ah, murió ese señor, que sí, que ha vivido y ha hecho unas cuentas cosas es muy cierto, pero que de ahí no pasaba, porque lo importante, lo realmente importante, dijo el abuelo Pucho, es que vamos a continuar. Creo que tenía razón, dije en voz alta, sin darme cuenta. Entonces Andrea me preguntó quién tenía razón. El abuelo Pucho, le dije, tenemos que continuar.

Matilda no quería saber nada con mandarnos a mudar. Dijo: no voy a darles tregua a estos espectros de mierda. Además, prosiguió, quién va a cuidar de mis hijos queridos si me voy. Le dije que su hijo era yo, y que en todo caso sus mascotas, los perros, los gatos y los pájaros podían venir con nosotros, que todos entrábamos con comodidad en el coche, que no había necesidad de que nadie se quedara, que quedarse en la ciudad era una locura. Pero Matilda se empecinó y no había modo de hacerla cambiar de parecer. Andrea charló con ella un buen rato para ver si podía ablandar su postura, disuadirla, pero era indoblegable: me quedo y punto, sentenció. No hay más nada que discutir.

Dijo que no nos preocupáramos por ella, que estaría bien. Dijo que Andrea y yo teníamos un futuro, que nos correspondía y debíamos vivirlo, que ella ya estaba cansada para andar de corridas, que toda su vida anduvo de corridas. Dijo que nos fuéramos, que abandonáramos la ciudad cuanto antes, que esto no daba para más. Dijo que al final en esta ciudad siempre fuimos unos espectros, viviendo vida de espectros,

vidas irreales, de ficción. Vidas de mentirita. Dijo que esos fantasmas que se habían aparecido así como así, no hacían más que confirmar su teoría. Dijo que ya era suficiente charla, y que mejor nos fuéramos.

Andrea se despidió de Matilda y le dijo que cuidara mucho a su hijo querido. Yo le dije a Matilda que no se preocupara por nosotros, que estaríamos bien. Yo también voy a estar bien, hijo, me dijo. La abracé y me fui. Cuando volví a mis espaldas, antes de subir al coche, dije:

Matilda Reinoso.

Y ella dijo:

Fernando Funes.

Eso fue todo.

Empezó a llover a baldazos. Era de noche. Volvimos a casa para buscar nuestras cosas antes de marcharnos. Agarré mi *Cuaderno de Broncas* y empecé escribir algunas ideas que tenía presente desde hacía rato pero que, por una razón o por otra, no había podido pasarlas a papel. Me sentí cansado, me serví un trago de whisky y encendí un cigarrillo, mis manos me pesaban como dos ladrillos. Todo esto, mientras Andrea se pegaba una ducha. Después encendí la televisión y allí estaba Ferro; detrás de él, los señores Vergas. Transcribo, así como lo profirió, el discurso que el diputado dio esa noche por el canal de cable del Estado:

Queridos conciudadanos, no pretendo hablarles hoy como el dirigente político que soy, sino como un hombre más entre vosotros, que ha tenido y tiene, es cierto, la enorme responsabilidad como soberano elegido por el voto cívico de mi preciado pueblo llevar adelante los designios que éste sabiamente me ha encomendado. Así lo hice y lo seguiré haciendo hasta que vosotros digáis lo contrario.

Sin embargo, en honor a ese mandato con que me han enorgullecido todo este tiempo, debo serles muy sincero. Nuestro pueblo atraviesa momentos de incertidumbre y zozobra. Como es ya de público conoci-

miento, los espectros malignos, atrincherados desde ayer en el cementerio San Francisco Solano a pesar de las infructuosas negociaciones de paz que el comité de crisis ha encabezado sin resultados favorables, continúan con su escalofriante plan de interrumpir la paz eterna de nuestros amados difuntos, volverlos a la vida, sí, y utilizarlos una vez logrado ese cometido como un ejército que avanzará sobre nuestra comarca con el propósito de matarnos a todos.

Sabemos que muchos de ustedes ya han elegido. Pero entendemos que el éxodo no es el camino para la solución y, aunque nos negamos a sojuzgar esa decisión que han tomado para el resguardo de vuestras familias, que, claro, respetamos, creemos no obstante que no es tiempo de pronunciarnos al respecto. Es tiempo, sí, de fortalecer nuestras convicciones y esperanzas. Por eso quiero dirigirme muy especialmente a aquellos comprovincianos que aún permanecen en sus hogares, que han decidido quedarse para defender y proteger, por la memoria de nuestros ancestros, nuestra querida Resistencia.

Quiero que sepáis muy bien que este gobierno no se quedará de brazos cruzados. Por tal razón, y ante los eventos recién narrados que nos estremecen, el comité de crisis ha determinado llevar adelante una gran cremación popular para incinerar los restos mortales de nuestros seres queridos, brindándoles así un descanso digno y en paz como bien se merecen, y al mismo tiempo, evitar que estos demonios del infierno los ultrajen con los consabidos fines deleznales. Dicho esto, convocamos a todos los ciudadanos comprometidos a congregarnos hoy a la medianoche en la

plaza 25 de Mayo, desde donde partirá la caravana hacia el cementerio, que yo encabezaré personalmente.

Cinco minutos después sonó mi celular. Era Ferro. No lo atendí. Dejó un mensaje de voz, que rezaba así: Agentes Funes, los señores Vergas solicitaron que se dé gran cobertura de la concentración y movilización al cementerio San Francisco Solano, así como de su posterior quema de cadáveres; es muy importante que demos muestras de que no todo está perdido, no la vida al menos, como ciudadanos comprometidos que somos con la realidad que nos toca vivir, daremos batalla a estos demonios hasta la última gota de sudor. Se lo conté Andrea y me dijo que ni loco le devolviera la llamada. Jamás se me cruzó por la cabeza, le dije.

Es lo único que vas a llevar, le pregunté. Es lo único que quiero cargar conmigo, dijo ella, mientras cruzaba el estuche con su guitarra acústica *Fender* a su espalda. Y vos. Y vos qué vas a llevar, me preguntó y yo le respondí que con una

muda de ropas, mi *Cuaderno de Broncas* y unos libros me las arreglaba. Qué libros, dijo. Son un par de obras del autor que me gusta, nada más. Ah, y un libro muy especial que le robé una vez a Pablo Gamorra de su casa, agregué. Andrea se sonrió y después me preguntó si había terminado las notas de mi escritor favorito muerto y de Gaspar Noé. Le dije que no, que ya había renunciado al periodismo. A propósito, cuál es ese escritor que te gusta tanto, nunca lo mencionaste. Ya no sé pronunciar su nombre, bueno, sí, en realidad podría, pero no acabaría nunca, le dije. Andrea frunció su ceño y curioseó: Cómo es eso. Porque tendría que pronunciar todos los nombres del mundo y eso es imposible. Por qué todos los nombres del mundo, insistió. Porque su nombre son todos los nombres del mundo. Tanto vale él para vos, dijo. Sí.

La lluvia había menguado. Caían, de costado, gotas finitas aunque en abundancia. Puse en marcha el coche y encendí la radio. Un periodista leía un comunicado de prensa, era del Doctor Perrando, aseguró. ÚLTIMO MOMENTO, exclamó como si una nave espacial acabara de descubrir una pirámide en

la Luna. Andrea subió el volumen de la radio y locutor informó: El Doctor Perrando y sus espectros confirmaron, a través de un comunicado de prensa difundido hace minutos, que la gran resurrección de los muertos del cementerio San Francisco Solano comenzaría hoy a la medianoche [xx/xx/xxxx]. Los mefistófeles decidieron adelantar la fecha a razón de la gran movilización convocada por el gobernador interino, el diputado Mauricio Ferro, y su comité de crisis a cargo del conflicto, que tiene por propósito impedir que los muertos invadan y se apoderen de la ciudad.

Tras la lectura del comunicado del comando de espectros atrincherados en el panteón de los gobernadores, el periodista y un comentarista que lo acompañaba en sus fechorías periodísticas, se pusieron a discutir sobre las consecuencias perjudiciales y nocivas que acarrearía para los habitantes de la comarca, así dijeron, la comarca, miles de zombis correteando por las calles buscando cercenar las cabezas de los ciudadanos vivos. Sostenían que el aire se inundaría de pestilentes e infectos olores cadavéricos, producto de que estos organis-

mos exánimes, vagando así, sin más, como un longevo batallón de cruzados abatidos por la sed y la hambruna, esparcirían partes de sus miembros y extremidades por toda la polis, caídos de los cuerpos mismos de estos occisos caminantes, producto de su avanzado estado de putrefacción. También hicieron énfasis, con pomposa oratoria descriptiva, en las pestes e infecciones que estas entelequias podrían provocar con sus retazos inmundos diseminados por todas partes.

Pero lo que me causó más sorpresa fue la analogía que se empeñaban en trazar los periodistas con las películas de George A. Romero; si estos muertos vivos se alimentarían o no masticando y tragando sesos y carne humanos, si tendrían o no sus mismas características motrices, desplazándose todo torcidos y en forma lenta y destartalada, o si por el contrario se moverían con velocidad, audacia y astucia, y si metiéndoles un tiro en la cabeza se terminaría de una vez por todas con infierno.

Estas cuestiones, dijeron, estas cuestiones, señor, señora, están generando pánico, caos y controversias en el corazón de la opinión pública. Por un lado, los creyentes y fanáticos del dogma cristiano, y por el otro, la escarcha herética de los ateos radicalizados, civilización y barbarie, otra vez, apedreándose entre unos y otros, mientras nosotros, la gente normal, como usted, como yo, señor, señora, sin saber qué hacer; qué hacemos señor gobernador interino, gritaba dramáticamente el comentarista y el otro asentía e insistía, sí, qué hacemos, díganos qué hacer, la gente allá afuera está aterrorizada, está abandonando la ciudad, las principales calles están colapsadas, ya no hay ómnibus, las terminales y el aeropuerto desbordados, se registraron una treintena de saqueos en distintos puntos de la ciudad y disturbios en otros tantos, la policía ya no da abasto señor gobernador interino, ya no hay orden, hay que sacar el ejército a la calle, la gente está asustada y los muertos se nos vienen encima, hay caos, caos y más caos...

Andrea apagó la radio. Gracias, le dije. Estos monos estaban a punto de volvernos locos. Me importa una leche lo que pase acá, dijo ella, tenemos que salir de la ciudad. Y pronto. Agarramos la avenida Castelli, para evitar la plaza 25 de Mayo y encarar rumbo a la Ruta 11, con destino a Buenos Aires.

Resistencia, allá afuera, convulsionada. Por todos lados la cosa estaba bien jodida: manifestaciones, robos, saqueos, que a fuerza de garrote la policía apenas podía frenar, peregrinaciones interminables de familias enteras como una víbora gigante, arrastrándose a través de calles y avenidas, procurando huir de la amenaza zombi, o marchando rumbo a la plaza 25 de Mayo, a la convocatoria de Ferro, y ambos bandos, los que decidían dejarlo todo y abandonar la ciudad y los que decidían defenderla, enfrentándose entre sí en reyertas y escaramuzas todavía aisladas, todavía.

Una kilométrica caravana de automóviles varados, aunque con sus motores en marcha, sobre los cuatro carriles de la avenida Alvear, reconvertidos en una sola dirección o mano,

a causa del desesperado éxodo hacia la salida de la ciudad. Bajé del coche. Andrea me pidió que tuviera cuidado. La lluvia dificultaba la visibilidad y hacía más o menos una hora atrás, habían comenzado a registrarse cortes masivos de energía, la luz eléctrica se iba y volvía de a ratos. Adelante, un tipo estaba apostado junto a un *De Lorean*, sí, el mismo de la trilogía *Back to the Future*, con sus manos apoyadas en sus caderas, mirando a ver si la fila de coches avanzaba de una buena vez. Ey, le chiflé. Él se dio vuelta y comenté: esto se está poniendo cada vez más peligroso. Se acercó y pude verle su cara, era un pibe joven, de unos veintitantos años, una gotita de sangre le chorreaba por la frente. Sí, dijo algo nervioso, recién acabo de hablar con el novio de mi hermana, estaban en el mismo drama, varados a uno dos kilómetros del puente General Belgrano; es imposible llegar a Corrientes. Me dijo que había unos tipos armados que impedían el paso, unos cuantos quisieron pasar igual y dispararon contra los autos. Me dijo que son gente del gobierno, que no querían que nos vayamos, que bloquearon todas las salidas de Resistencia, que estábamos atrapados. Le pregunté qué le había

pasado en la frente. Me dijo que un tipo, con un pedazo de hierro, quiso robarle el auto. Yo estoy con mi mujer y mi hija... Tronó un disparo que le pegó directo en la órbita del ojo, y cayó muerto junto a su *De Lorean*, en plena avenida. Su mujer, todavía adentro de la nave, entró en histeria. Yo me tiré al piso y volví, agachado, al coche. Andrea me gritaba. Vamos, vamos, me decía. Yo alcancé a ver a la mujer, con el bebé apretado contra su pecho, estirando una de sus manos desde dentro del auto para alcanzar, tocar el cuerpo inerte de su marido, que, si lo que auguraba el Doctor Perrando era cierto, en unas horas más estaría de nuevo caminando entre nosotros.

Se sucedieron más disparos. La gente enloqueció. Muchos abandonaron sus autos y se ocultaron en las tinieblas de los barrios ensombrecidos a causa de los cortes de luz, la lluvia y la noche infernal, a ambos lados de la Alvear. Los disparos no cesaban. Puse en reversa, pisé el acelerador y pegué el envionazo hacia atrás, chocando con otro auto. A pesar del golpe, pude hacerme de un espacio a través del cual maniobré

ganando la delantera, pero todavía estábamos atrapados a mitad de la cuadra, así que aceleré de nuevo y metí el coche sobre la vereda y conduje a toda velocidad hasta llegar a la esquina, donde giré hacia la derecha y escapamos por una calle de tierra. Sin embargo, la locura no acabo ahí. Unos metros más adelante una de las ruedas del auto quedó empanada, la lluvia lo había anegado todo y todavía estábamos cerca del peligro. A través de espejo retrovisor pude divisar a un grupo de tipos corriendo hacia nosotros, cargaban con escopetas y pistolas. Aceleré a fondo y salimos milagrosamente de la vorágine, echando a andar el coche a toda carrera por aquella calle inundada. Escuché tronar algunos disparos; volví a mirar a través del espejo pero ya los habíamos perdido de vista. Estábamos a salvo.

Andrea, estás bien, pregunté. Sí, estoy bien. Esto no dista de parecerse mucho a mis recitales, me dijo y sonrió.

Decidimos probar suerte recorriendo otras alternativas, otros caminos, pero todos permanecían obstruidos. Resistencia

parecía abandonada. Ya no había luz; sólo algunos postes, en algunos barrios, en algunos sectores de la ciudad, alumbraban apenas las calles, titilando pequeños destellos amarillentos. Dimos varias vueltas pero no había caso: todas las salidas se encontraban obstaculizadas con estorbos, chatarras, porque-rías y coches y camiones que ardían con gente chamuscándose viva adentro.

De a ratos, gritos. Gritos aterradores.

Una chica yacía moribunda en medio de la calle, creo que era la Santa Fe, no sé, no lo recuerdo. Tal vez sí, tal vez sí era la Santa Fe porque lo que sí me acuerdo es haber visto a mi escuela primaria, la número cuarenta y dos. Sí, fue más o menos por ahí. Detuve el coche sin apagar el motor y bajé. Puede estar viva, dije. Ella me dijo que tuviera cuidado, que la asistiera rápido. A unos metros de la chica, un camión remolcador, tumbado, y a un costado, un cuerpo sin vida devorado por las llamas. Me acerqué y me arrodillé junto a ella, escupió sangre varias veces. Me miró. No lo pude evitar y lo pri-

mero que se me pasó por la mente era que esa muchacha era demasiado parecida a Selma Blair. Me agarró el cuello de la camisa y me dijo al oído: No hay salida. Después, pereció.

La espesura de la noche enseguida esputó unos bandidos que corrieron gritando hacia mí. Uno de ellos sacó un revólver de la cintura y dijo: hijo de puta, lacayo, traidor, con que te quieres mandar a mudar con tu minita, eh. Salí a correr hacia el auto y, en la desesperación, resbalé y caí al suelo aparatosamente. Me incorporé y subí al coche. Dale, vamos, dijo Andrea. Puse marcha atrás y pisé a fondo y doblé en sentido contrario, huyendo de aquellos malhechores. A lo lejos, detonaron dos o tres disparos. Uno alcanzó a pegar en una de las ventanillas traseras, destrozando el vidrio en pedacitos. Pero no pasó nada, ya estábamos lejos.

Andrea tuvo una idea. Dijo que regresáramos, que volviéramos a la vorágine, que nos mezcláramos entre la gente, que nos sumáramos a la movilización de Ferro, así podríamos pasar desapercibidos entre la caterva y encontrar, al final, una

ruta de escape. No me pareció una buena idea, pero tampoco se me ocurrió otra. Bajamos del auto; ella agarró su guitarra *Fender* y se la colgó en su espalda y yo mi *Cuaderno de Broncas* y lo guardé en el bolsillo trasero de mi jean. Luego, caminamos hacia la plaza 25 de Mayo por avenida Sarmiento; estábamos cerca, más cerca de lo que creíamos.

La convocatoria del legislador Mauricio Ferro había tenido éxito, es cierto que a fuerza de palos, aprietes, miedo y punteros armados que impedían que la gente huyera de la ciudad, es cierto. Era un éxito, cómo decirlo, bueno, irreal, forzado, casi espectral. Eran alrededor de cien mil los desquiciados congregados alrededor del monumento al General San Martín, donde Ferro y los señores Vergas, subidos a una tarima, estaban a punto de dar una suerte de discurso final, antes de que la caravana partiera hacia el cementerio. La gente, en su mayoría, portaba palos, antorchas y bidones con combustible. También había, en lo alto, banderas que flameaban con las consignas que mencioné más arriba. Hacía chicos y grandes, adultos y ancianos, mujeres, pibes. Y absolutamente todos

tenían la delirante idea de que prendiéndole fuego al San Francisco Solano los restos mortales de los muertos se carbonizarían y una vez hechos cenizas no habría forma de que éstos regresaran a la vida, triunfando así sobre el maléfico Doctor Julio Cecilio Perrando y sus espectros.

Andrea notó que en los alrededores de la plaza, más precisamente apostándose sobre las cuatro avenidas principales de la ciudad: Alberdi, Sarmiento, 9 de Julio y 25 de Mayo, cientos de escuadrones de la policía y el ejército comenzaron a congregarse en las esquinas. Llegaban en toda clase de vehículos, patrulleros, colectivos y camionetas unimog. Pero, lo que más nos sorprendió, fue la algarabía de la gente, que estalló de felicidad cuando vieron estacionarse cerca de la zona del mástil mayor de Resistencia, donde empieza la 9 de Julio, una veintena de camiones de combustible. Queridos conciudadanos, dijo Ferro agrandándose entre la multitud, alzando sus manos en lo alto. Los altoparlantes parecían multiplicar su voz en cada rincón de la ciudad. Compatriotas, compañe-

ros, continuó, y el mundo enteró se estremeció a sus pies, jolgorio. Solamente os diré que...

No hace falta recalcar las palabras azuzadas por el diputado Ferro antes de iniciar la marcha. A esta altura de la historia, ya se sabe en qué tono las dijo y qué palabras eligió para hacerlo. Sí diré que su discurso duró casi media hora, faltando poco más de sesenta minutos para llegar a la medianoche, cuando el Doctor Perrando y sus mefistófeles despertarían a los muertos. La lluvia, ahora, era copiosa aunque tenue. Sin embargo, la gente se las arreglaba para mantener sus antorchas encendidas. Todos tenían una, bueno, no todos, casi todos, era una especie de símbolo, ellos se habían apropiado de ese símbolo, del fuego, como si éste pudiera vencer a la muerte, a los muertos.

Ferro, escoltado por los cuatro señores Vergas y los miembros del comité de crisis y demás funcionarios del gobierno, encabezó la movilización hacia el cementerio Solano. Andrea y yo nos colocamos casi al final de la plebe pirómana, lo más

lejos que pudimos del diputado y sus guardianes religiosos de la comunicación. Detrás de nosotros, siguiendo a la marcha por avenida Alberdi, los camiones de combustible, custodiados por soldados del ejército y escuadrones de la policía.

Las luces de los automóviles y de las antorchas alumbraban la gran columna humana; parecían fantasmas, sombras imposibles escabulléndose bajo las penumbras de la noche.

Andrea me tomó de la mano. Su mano húmeda, mojada, me pareció lo único real de este mundo.

Imaginé que todo se despedazaba, que, por cada paso que dábamos, sonaban los tambores de la atroz vigilia de la ficción. Qué realidad era ésta que estábamos viviendo, qué mundo, qué historia, qué escalofríos me corrían como arañas trepadoras por la espalda. Asistíamos al espectáculo, el gran espectáculo del mundo. Nada, pensé. Detrás del velo de los sueños ya no queda nada, estamos solos, entre espantos y

moribundos, pero quisiera saber qué es lo que hay adentro del hombre.

Nos acercábamos cada vez más al cementerio, ya habíamos andado bastante. Miré la hora en mi celular, las once y media. En eso, Andrea cabeceó, poniéndose en puntitas de pie, entre la gente. Me dijo: Funes, es Romina. Mirá, está allá delante, al lado de un tipo con una gorrita blanca. No puede ser, le dije enseguida. Volvió a poner los ojos sobre la supuesta Romina y dijo sí, es ella, está cantando, va aplaudiendo, animando la marcha, no puedo creer.

Andrea, que nunca había soltado mi mano, la apretó con fuerza y, abriéndose paso entre el tumulto, nos condujo hacia ella y la abordamos. Dijo que se había enterado de lo que estaba pasando y decidió volver para sumarse a la convocatoria oficial y vencer a la plaga zombi, sí, dijo plaga zombi. Romina, estás loca, por qué no nos llamaste, por qué no nos dijiste que habías vuelto, reprochó Andrea. Porque ahora nos convoca un deber mucho mayor y no podemos ni está a nues-

tro alcance huir de él, es que acaso no escucharon lo que dijo el diputado Ferro en su discurso, respondió. Además, siguió, no tengo ninguna explicación que dar, y mucho menos a ustedes... Romina, todo esto es una locura, una locura, enténdes, le dijo Andrea, en voz baja, tomándola por los hombros. Ella dijo, tajante, que era la última vez que escuchaba decirselo, que si volvía a hacerlo la acusaría de sedición en medio de la multitud y que nos lincharían a ambos en el acto, y que si no lo hacía, si no lo hago, dijo Romina, si no lo hago es porque ninguno vale la pena, además, volverían a la vida enseguida y tendría que hacer que los maten dos veces. Romina, dijo Andrea. Qué. No te conozco. Yo tampoco, váyanse antes de que cambie de parecer y los denuncie ahora mismo. Andrea volvió sobre sus pasos; yo la tomé, de atrás, por los brazos, y le dije: Andrea, vamos. Antes de abrírnos de su paso, Andrea se dio media vuelta y le dijo: perra frígida. Romina la empujó y yo la agarré para que no cayera al suelo y enseguida nos escabullimos y perdimos entre la multitud.

Más adelante, pudimos entrever los paredones macilentos del cementerio San Francisco Solano, que se alzaban sobre miles de cabezas mojadas por la lluvia. La muchedumbre empezó a cantar: LOS MUERTOS NO VOLVERÁN, LOS MUERTOS NO VOLVERÁN, POLVO Y CENIZAS SON, POLVO Y CENIZAS SERÁN.

Ferro y los Vergas, seguido por los miembros del comité de crisis, fueron los primeros en llegar y subir las escalinatas hasta la entrada principal, un gran portón de hierro macizo, sobre el cual se levantaba un gran arco de cemento ornamentado con extrañas figuras cristianas. La multitud que venía llegando comenzó a conglomerarse alrededor de Ferro, formando un semicírculo o cordón de contención. Parece que Ferro va a hablar otra vez, dijo Andrea, cabeceando otra vez en puntitas de pie. Uno de sus colaboradores le dijo algo al oído y él asintió. Después le pasaron un megáfono y dijo que alguien, alguien muy querido por todos, quería brindarnos unas palabras antes de iniciar la gran quema. Y, ni bien terminó de decirlo, apareció detrás de él el célebre escritor Pa-

blo Gamorra. La multitud lo reconoció, lo aplaudió y celebró. Ése infeliz, dijo Andrea.

Gamorra dijo que después de un largo viaje alrededor de Europa, estaba de vuelta en su querida tierra natal. Dijo que se había enterado de los trágicos acontecimientos que aquejaban a la ciudad y decidió regresar, que el propio Ferro lo había llamado personalmente tras la muerte de nuestro señor gobernador, que en paz descansa, dijo, y que ahora, así dijo, que ahora éramos protagonistas de un gran acto de vida, de defensa de la vida, y que nada ni nadie puede arrebatar nos nuestras más profundas convicciones de fe y de esperanza. La multitud lo vitoreó y, al toque, tejió un cantito de agradecimiento: GAMORRA, GAMORRA, LA PUTA QUE TE PARIO, SOS TAN GRANDE Y QUERIDO COMO FERRO EL GOBERNADOR. Tras esa muestra de afecto popular, Gamorra abrazó a Ferro y el pueblo estalló en aplausos. Luego, Ferro agarró de nuevo el megáfono e invitó a la población, a las más de cien mil personas congregadas en los umbrales del cementerio, a rezar. Los señores Vergas dieron un paso hacia adelante e invitaron,

dijeron, al vicario de nuestra sagrada diócesis de Resistencia, que nos bendecirá antes de la gran quema de cadáveres.

El vicario, un rubiecito barbudo, sacó un frasquito con agua bendita debajo de su sotana y la arrojó simbólicamente entre la gente. Y dijo: Dios Padre, estamos hoy aquí reunidos para celebrarte y ser testigos de tu magnánima providencia celestial, en el Reino de los Cielos, donde nos aguardas junto a tu hijo Nuestro Señor, escuchad la plegaria que nos enseñaste y protegednos en esta noche tenebrosa...

Funes, vamos, vamos ya, esta es nuestra oportunidad, la única, me murmuró Andrea a la oreja. Lentamente, nos fuimos apartando de la multitud. Faltando unos metros para dejar atrás el laberinto humano, alguien me tomó por el hombro. Me asusté, me tomó por sorpresa. Volví sobre mis espaldas, era Arnoldo Céspedes, y detrás de él, Karla Von-Siebenthal. Bueno, en realidad eran ellos pero no eran ellos. Pues, enseguida, el tipo que se parecía a Céspedes esclareció que no era la persona que yo creía que era, ni ella tampoco, dijo seña-

lando a la supuesta Karla que no era Karla. Bueno, y quiénes son entonces, pregunté. Espectros, dijo, hemos ocupado temporalmente los cuerpos del actor norteamericano Forest Whitaker y de la actriz y cantante mexicana Irán Castillo. No son, entonces, el periodista Arnoldo Céspedes y la actriz Karla Von-Siebenthal, de Resistencia, Chaco. No, dijo Forest e Irán Castillo espetó: bueno, basta de chácharas, el Doctor Perrando quiere verte. Cómo sabemos que todo lo que dicen es cierto, interpeló Andrea. Las entidades espectrales enrojecieron sus ojos y de ellos salió una lumbre refulgente, parecida al del hierro al rojo vivo.

Agente Funes, ahora debe acompañarnos, ordenó Forest. Les dije que estaba con Andrea, que no podía dejarla sola, que ella iría conmigo adonde yo vaya. Pues que venga ella también, dijo Irán Castillo. Ya alejados de la turba, caminamos junto a los demonios que nos condujeron hasta la esquina de la avenida Soberanía Nacional, allí doblamos a la derecha, siguiendo por la misma vereda del cementerio, del muro que separa a los vivos de los muertos. Caminamos algunos metros

más y nos escurrimos, tal como nos lo habían indicado, primero Andrea y yo y luego ellos, Forest Whitaker e Irán Castillo, a través un pasaje oculto adentro de la muralla, un agujero oscuro, húmedo y meado. Andrea empezó a dar arcadas y dijo que había un olor a mierda que tumbaba y que encima no veía nada. El luzbel que ocupaba el cuerpo de Céspedes volvió a enrojecer sus ojos, utilizándolos a manera de linterna, hasta lanzar de ellos una luz intensa color escarlata. Así alumbramos en el infierno, dijo Forest Whitaker y se cagó de risa, era una risa especial, algo así como un juaaa-juaaa-juaaa-juaaa malévolo, igual a la de uno de esos personajes que hacía el actor Gianni Lunadei.

Caminamos hasta llegar al panteón de los gobernadores. El Doctor Perrando, su fantasma, nos esperaba sentado, con los brazos cruzados, en el mismo lugar donde lo había visto por última vez: sobre la tumba de Bittel. Lo estábamos esperando, agente Funes, me dijo. Qué... qué quieren, dijo Andrea con la voz temblando en una hebrita de miedo. Sólo observen, dijo el Doctor Perrando. Sólo observen.

Él y sus mefistófeles se amontonaron en círculo como un equipo de rugby. De su centro se desprendió un resplandor azul, igual que los atardeceres de Resistencia pero diez veces más fosforescente y poderoso. El suelo empezó a temblar. Las paredes, todo. Andrea se echó sobre mí, me abrazó y dijo que no podía mirar. Yo tampoco.

Los muertos, miles de ellos, empezaron a brotar de todas partes del cementerio; brotaban de entre las murallas, nichos y tumbas que hace momentos atrás los contenían en eterno descanso. Eran como murciélagos emigrando de a montones de una cueva oscura y lóbrega. Pero estos muertos eran muertos iguales a la gente común, quiero decir, que aún no murió, que todavía vive, como si no hubiesen muerto nunca en realidad, como si se hubieran despertado de un largo sueño; eran iguales a nosotros, los vivos. Luego, todos los zombis se convocaron en rededor del círculo azul fluorescente, debajo de la gran cúpula del panteón de los gobernadores.

Una vez que llegaron todos los muertos, el Doctor Perrando habló: no pretendo dirigirme a vosotros como un jefe endemoniado, que, vaya si lo soy, sabe dios que lo soy, sino como un espíritu más, un muerto más, un compañero de batalla igual que lo soy yo para ustedes desde este instante. Habiendo estado muertos por muchos años, se nos ha dado la oportunidad de una vida nueva y con ella una misión que, agregaría, es nuestra razón de ser no-vivos. No hay, ni debe haber, otra motivación suprema para nosotros que la de cumplir, y hacer cumplir, por todos los medios que fuese necesario, incluso defendiéndolo con nuestras propias muertes, por no decir vidas, la voluntad que se nos ha encomendado. Os aseguro que este día será guardado en la memoria histórica de nuestra fantasmagórica causa, como homenaje indeleble a quienes hoy caerán en batalla. Por eso, les encomiendo, mis entrañables zombis, la loable tarea de traedme la cabeza de todo aquel que diga de sí mismo que está vivo.

Los espectros que habían ocupado los cuerpos de Whitaker y Castillo para conducirnos hasta el epicentro de la resurrec-

ción, ya habían abandonado sus cuerpos. Los actores permanecían junto a nosotros, confundidos, desconcertados; no sabían cómo ni cuándo ni por qué había llegado ahí, justamente, donde estaban parados, atolondrados, estupefactos, sólo observando a los muertos vivos que caminaban junto a ellos. Irán Castillo dijo despabilándose: qué diablos es todo esto, quiénes son ustedes. Yo soy Funes, Fernando Funes, y ella es Andrea Pérez Cristaldo, bienvenidos a Resistencia. Ah, dijo Castillo y sus ojazos verdes se abrieron como dos huevos ante el desfile de muertos vivos que pasaban frente a nosotros.

Los muertos se dirigían hacia la salida del cementerio San Francisco Solano, listos para entrar en batalla. Escuché decir a un muerto: haremos una masacre con esos villanos, ruines hombres vivos. Afuera, esos mismos hombres vivos, sermonados por el diputado Mauricio Ferro, los señores Vergas y el escritor Pablo Gamorra, se aprestaban para entrar a la lucha.

Andrea me codeó, hizo un gesto con la cabeza y me dijo: mirá, es tu abuelo, el Pucho Reinoso. Está ahí, entre los muertos. En efecto, era el Pucho Reinoso. Vamos, vamos a buscarlo, dijo Andrea. Yo ni chalada me quedo sola aquí, buey, dijo Castillo y nos acompañó. También vino Whitaker, que no entendía nada de nada. Pucho, Pucho, gritaba mientras íbamos a su busca. Lo abordamos y detuvimos su marcha. Pucho, soy Funes, le dije y le pregunté enseguida si se acordaba de mí. Fernandito, me dijo con cariño volviéndose hacia mí. Era la misma voz, los mismos ojos azules paseándose por su cara como dos cielos minúsculos.

Qué gusto volver a verte, exclamó el Pucho con una sonrisa gigante y me abrazó y yo también lo abracé. Sentí una sensación extraña, mi corazón retumbaba en mi pecho como aquella vez que Andrea me besó por primera vez. Luego, el Pucho también saludó a Andrea. Dijo que estaba muy contento de volver a verla. Después preguntó quiénes nos acompañaban. Se los presenté: ella es Irán Castillo y él Forest Whitaker, son actores, amigos. Qué bueno, Fernandito, qué bueno es hacer

amigos, dijo el Pucho palmeándome en la espalda. Y qué andan haciendo por acá, preguntó después. Todos nos miramos, cómplices; ninguno, a esas alturas del partido, entendía nada. Hasta que Andrea respondió: nada, Pucho, sólo estamos de paso. Sí, eso, estamos de paso, repetí como un idiota. Y por qué no nos acompañan, propuso el Pucho y comentó dibujando una sonrisita bribona: no nos vendría mal una ayudita. Por mí no hay problema, dijo Andrea. Por nosotros tampoco, dijo Irán Castillo. Pensé, en ese momento, que ni muertos podríamos abandonar, dejar atrás u olvidar nuestras historias. Sí, por mí tampoco hay problema, dije. El abuelo Pucho me miró con orgullo y me dijo: ése es mi muchacho. Ahora, andando.

La lluvia dio tregua. El cielo comenzó a despejarse. La luna asomó en lo alto como una bombita de luz blanquecina y sopló un viento frío. Andrea y yo, Irán Castillo y Forest Whitaker, resguardados bajo la lumbre rojiza que comenzó a despedir el Pucho Reinoso y el resto de los zombis, como un gran amanecer espectral, desfílamos hasta el umbral del ce-

menterio San Francisco Solano. Allá afuera, los bárbaros agitaban a las hordas vivientes igual que fieras hambrientas. El diputado Ferro fue el primero que viéndonos a los muertos acercarnos al portal de hierro macizo, ordenó a su caótico pelotón de vivos: quémenlos a todos, ningún muerto debe atravesar esas murallas. Entre la caterva enardecida, reconocí a Romina y a Pablo Gamorra, corriendo hacia nosotros cargando en sus puños mazos de fuego, como dos generales romanos al frente de un ejército de las tinieblas, cuyos soldados marchaban detrás de ellos, coléricos, preparados para enfren-
tar a la muerte. Chingados pendejos, clamó Irán Castillo. *Bastards*, trinó Whitaker. Perra traidora, gritó Andrea ni bien vio a Romina encarando la avanzada ofensiva. Me las voy a cobrar a todas juntas, bramé contra Gamorra masticando tierra. Nosotros, los muertos, contra los vivos. La batalla recién había comenzado.

EPÍLOGO

¿El futuro? Estoy mirándolo ahora mismo con mis propios ojos. Y no hay ningún futuro.

La democracia fue abolida por un régimen Necrocrático, cuya primera acción de facto fue despedir a todos los empleados públicos de la provincia —con apoyo presupuestario de Virrey M—, a quienes posteriormente arrearon en camiones enjaulados a los campos de cultivo de batatas y zapallos afincados estratégicamente en el Estado Autónomo de Colonia Benítez, donde recibieron apoyo psiquiátrico y —secretamente— aprendieron a podar cogollos y catar altos fasos en un centro de rehabilitación para dementes y pasados de rosca.

Para sorpresa de muchos, el espectro del doctor Julio Cecilio Perrando, completamente exhausto tras la «Batalla Final del Cementerio San Francisco Solano» —así pasó a leerse en los manuales de historia escolar—, se tomó un par de meses de merecidas licencias, antes, eso sí, de tomarse el palo, dio las indicaciones técnicas precisas específicas para reorganizar

la ciudad de Resistencia, tomada de extremo a extremo por los semivivos, que pasó a denominarse «Resistencia *City Tropical*» —rebautizada así por el propio espectro de don Julio Cecilio. La sugerencia fue mía, ya que era total y absolutamente necesario que los cuerpos se convirtiesen en pura y dramática exterioridad textual.

Fue una batalla épica, cuerpo a cuerpo, pero al final vencimos —nosotros— los muertos.

Al escritor pop Pablo Gamorra lo asesiné yo mismo, clavándole una lapicera en el cráneo. Lo estaqué por el culo frente a las ruinas mortuorias del San Francisco Solano, y ordené naturalmente que su occiso permaneciera durante tres días expuesto al público en la Plaza 25 de Mayo de 1810, con un cartelito colgando de su cuello con la leyenda: «LAMEN-TO SER TAN POP».

Romina Garibaldi murió de manera absurda e irrelevante: se prendió fuego ella misma —solita sola—, accidentalmente, manipulando una bomba molotov que pretendió arrojarnos cuando estábamos a punto de cargárnosla encima. Andrea Pérez Cristaldo logró capturar en un vídeo grabado con

su smartphone: el momento justo en que Romina tropieza con los cordones de sus zapatos y se desparrama en la calle, cayéndose encima de la botella, que reventó en el pavimento a su lado y rápidamente sus carnes se chamuscaron entre charcos de fuego y agónicos alaridos de dolor. Mientras la miraba derretirse como una muñeca quemada, Andrea me dijo que no se puede concebir un lenguaje sin la posibilidad de la mentira.

A veces, con Andrea, solemos juntarnos los fines de semana en el búnker secreto de la resistencia anarquista que fundamos en Villa Crematus. Tomamos unas latas de cervezas recicladas, miramos películas basadas en libros de Clive Barker y —cada tanto, obviamente— volvemos a ver el videoíto, entre peli y peli, sobre todo cuando nos visitan los perseguidos ñeris del subtrópico, y siempre que lo miramos —es decir la mayoría de las veces que lo volvemos a mirar— nos descostillamos de risa.

El egregio diputado Mauricio Ferro finalmente pudo reconocer que no existe habla que desconozca la metáfora, pero al instante siguiente los Señores Vergas lo asesinaron a cuchi-

llazos por la espalda. Antes de morir, Ferro predijo que —en el orden nacional— el régimen de Virrey M privatizará la democracia y la reemplazará por un CEO de ejecutivos y economistas tecnócratas del dólar libertario agrupados en el Consejo de Notables Tecnocráticos del Ajuste y el Libre Mercado Perpetuo, conformado básicamente por autómatas neoliberales recargados insuflados, que refundarán el país bajo el nombre de «República Unitaria de la Argentina Tecnocrática del Cero Impuesto a la Exportación».

“Lo más democrático es que el que quiera votar, pague”, dijo Virrey M en su discurso de asunción. Poco después, disolvió el Congreso de la Nación y achicó el Estado a un montoncito de urnas que guardó en el interior de una papa cruda que a la postre introdujo en su boca —en principio— con el propósito de ejercitar el dialecto dolarizado de quien nunca agarró una escoba en su puta vida.

No había en toda la ciudad otro tema de conversación entre los resurrectos. Según la opinión unánime de todas las clases sociales de semivivos, era el único ejemplo de auténtica virtud: el ajuste y el libre comercio iluminaron el mundo.

En esto, el señor gobernador culpó —sobre todo— a los escritores y mandó crucificar un centenar de ellos, para dar el ejemplo: decretó la muerte de la ficción.

Muchos pasamos a la clandestinidad, asumiendo que lo más prudente sería cultivar cannabis genética y planear atentados contra el régimen Necrocrático. Días después de la Batalla Final del Cementerio San Francisco Solano recibí un correo electrónico de Danielle Panabaker. La actriz hollywoodense me dijo que de ninguna manera olvidaría mi traición amorosa y las penurias por las que le hice pasar —así me dijo, penurias— y que inexorablemente buscaría revancha incluso si ello le costara la fama que se había procurado con la película drum-gótica *La última manifestación latente de Dráculó Corsodio y la Infanta Calvicia*, escrita y dirigida por Johnny Casandra, y protagonizada por ella misma en el rol de Calvicia, basada en la vida real verdadera de la carismática Infanta ucraniana del Departamento Samuhú, quien enfrentó al primer alcalde androide replicante de fabricación paraguaya, general Gunol Palacio Ñarampií, que lideró la Revuelta de los Resurrectos Semivivos Replicantes contra los espec-

tros fantasmáticos que habían usurpado tierras fiscales hacia finales de la Década Absurda.

“Los primeros días de mayo de 2015 la actriz mexicana Iran Castillo fue secuestrada por un grupo comando de delinquentes”, informaron los medios de comunicación del país azteca. En realidad, el desfasaje espacio temporal permeabilizado por los embates de la escritura doméstica tropical, produjo una ruptura en la lineación de los estadios del tiempo, como consecuencia de ese desgarramiento literario futurista, los actores reales verdaderos de la novela *Ciudad Espectral* o fueron abducidos por el lenguaje o ingresaron en un período de trance gramatical.

REPARTO

Fernando Funes como Vladímir Maiakovski

Mauricio Ferro como Bill Murray

Renato *el Pucho* Reinoso como Walter Matthau

Andrea Pérez Cristaldo como Bárbara Steele

Romina Garibaldi como Charlyn *Chan* Marshall (Cat Power)

Matilda Reinoso como Naomi Watts

Gonzalo Funes como Ron Perlman

Pablo Gamorra como Andrés Calamaro

Arnoldo Céspedes como Forest Whitaker

Johnny Casandra como Julian Casablancas

Karla Von-Siebenthal como Irán Castillo

Dr. Julio Cecilio Perrando como Dr. Julio Cecilio Perrando

Danielle Panabaker como Danielle Panabaker

ALFREDO GERMYS

F. FUNES

1981. Nació en Resistencia. Escritor, dramaturgo, ruidista, editor de libros, anarco peronista, papá de 3. De Boquita. Publicó las obras *Callaré como Pirrón* (2006), *Diario de un fanático de Scarlett Johansson* (2008), *Ciudad Espectral* (2011), *Rock* (c/ Guido Moussa, 2014), *Electrónica* (c/ G.M., 2015), *Sabemos quién mató a Nisman* (novelita, c/ G.M., 2015), *Literator* (2018), *Non-Fiction* (c/ Agustina Bartoli, 2018), *Mary Elizabeth SuperStar* (2019), *Donde duermen los gorilas* (2020), *Putin vencerá* (c/ G.M., 2022), *Punto Jonbar* (c/ G.M., 2022). Escribió y dirigió las obras de teatro: *Hýbris o La desmesura en la tragedia postraumática pop* (2016), *Hypertrofiadores o El Tiempo en la ciencia ficción* (con Ariel Sobko, 2017), *Callaré como Pirrón* (2018), *El funeral de León* (c/ Lucas Ameri, 2019), *Synodus Horrenda* (2022), *Memento Mori* (c/ textos de Luba Malun, 2022). Forma parte del colectivo Literatura Tropical junto a su compañera Laura Aguirre, y Agustina Bártoli, José González (Jota Darq) y Guido Moussa, impulsa proyectos editoriales, sonoros, perfo-dramáticos y otras alquimias literarias del más allá y del más acá. www.literaturatropical.com.

